

#3 autora más leída de Kindle Unlimited Brasil

MARI SALES


Un Hijo
para el CEO
GRIEGO
#3 autora más leída de Kindle Unlimited Brasil
MARI SALES

Un Hijo para el CEO GRIEGO

#3 autora más leída de Kindle Unlimited Brasil

MARI SALES

1ª. Edición

2025

Copyright © Mari Sales

Todos los derechos reservados.

Creado en Brasil.

Edición Digital: Criativa TI

Esta es una obra de ficción. Su único propósito es entretener al público. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos descritos son producto de la imaginación de la autora. Cualquier parecido con nombres, fechas y sucesos reales es pura coincidencia.

Todos los derechos reservados. Quedan prohibidos el almacenamiento y/o la reproducción de cualquier parte de esta obra, a través de cualquier medio —tangible o intangible—, sin el consentimiento por escrito de la autora.

Creado en Brasil. La violación de los derechos de autor es un delito tipificado en la Ley n.° 9.610/98 y castigado por el artículo 184 del Código Penal.

índice

Dedicatoria

Sinopse

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Epilogo
Agradecimientos
Sobre la Autora
Otras Obras

Dedicatoria

Para todos aquellos que tuvieron el valor de cambiar lo seguro por lo incierto, para alcanzar su sueño, y se toparon con lo inesperado. Solo los valientes cambian.

Sinops is

A Damian Antoniou le quedaba poco tiempo. El CEO necesitaba un hijo para legarle su fortuna y fue en busca de la mujer perfecta y compatible para engendrar a su heredero.

Natalia tomó una difícil decisión y pidió el divorcio tras intentos fallidos de quedarse embarazada. Deseaba ser madre, pero su reloj biológico no estaba a su favor y eligió empezar de nuevo.

Lo que Natalia no imaginaba era que la realización de su sueño llegaría tan rápido y en forma de propuesta insólita. El CEO griego quería un bebé y tenía que ser con ella.

Debería haber sido solo una negociación, sin sentimientos, pero el amor tenía el poder de sorprender hasta a aquel que no creía en segundas oportunidades.

Natália



Prólogo

Natalia

Era la decisión más difícil de mi vida. Poner fin a una relación de quince años con un hombre maravilloso, que compartió momentos increíbles conmigo y me proporcionó tanto amor, resultaba devastador, pero necesario.

Me di un plazo de un año, porque ya llevaba los últimos cuatro años intentando cambiar, al mismo tiempo que lo estimulaba a acompañarme. Él estaba cómodo con la rutina amigable, con el ritmo desacelerado, con la calma, mientras yo deseaba más, vivir cada vez más intensamente.

Algunas amigas con las que hablé del tema me decían que era una crisis de identidad, que no podía romper un matrimonio con un hombre tan increíble como mi marido.

Yo tenía muchos amigos, y dentro de mi casa me gustaría tener un compañero, un amante que al menos intentara conquistarme. Me esforcé en el gimnasio, cambié mi alimentación y desfilaba con lencería bonita, pero la televisión, el fútbol y las series le resultaban más interesantes.

Ambos éramos demasiado buenos como para seguir juntos y hundirnos en ese marasmo de la incompletitud. Merecíamos a alguien que despertara algo más que confianza y cariño, sino también deseo, ganas de vivir intensamente.

Sentados en el sofá de casa, en lados opuestos, yo encaraba al hombre que ocupó el espacio de amor de mi vida y que hoy, era solo mi amigo. Con los hombros cansados, los brazos apoyados en los muslos y la mirada perdida, yo sabía que no iba a discutir, y mucho menos a intentar disuadirme. Víctor buscaba una solución para un ciclo que se había cerrado y que solo él no quería ver.

—¿Todo esto es por el bebé? ¿Por no haber tenido un hijo? —Me sorprendió con aquel comentario, porque sí, el hecho de ser incompatibles para

generar una vida también pesó en mi decisión. Intenté ignorar la señal que me dio la naturaleza, durante cinco años intentamos quedarnos embarazados, fui a médicos, tomé muchas medicinas, le imploré a Dios, pero nada cambió.

De hecho, la intimidad había disminuido en lugar de aumentar, para que la estadística estuviera de nuestro lado.

—No te voy a mentir, Víctor, también esto. Sabes cuánto me gustaría tener un hijo, y mi tiempo se está acabando, o mejor dicho, estoy al límite a ojos de la medicina.

—Adoptemos —decidió, volviendo a encararme, con esperanza.

—No quiero... quiero decir, no puedo. Hablé con mi terapeuta sobre el tema...

—¿Él te ha dicho que hagas esto? —Se giró más hacia mí, con una postura más rígida—. Desde que empezaste a ir a ese terapeuta has cambiado.

—¡Y tú no! —Me alisaba la frente, frustrada—. Estoy intentando decirte eso, Víctor, yo he cambiado y ya no somos compatibles.

—¿Cómo que no? ¿Es que no me quieres? —Se arrastró cerca y me cogió la mano, yo quería retirarme, su toque ya no se sentía de la misma manera que antes—. Lo vamos a superar. Haré lo que quieras, iré a otros médicos, te daré el hijo que quieres.

—Ya hemos ido a todos, necesitas ir al gimnasio, cambiar la alimentación, tener hábitos más saludables.

—Haré lo que quieras, es algo insignificante comparado con el amor que siento por ti.

—No es solo eso. —Me levanté, para tener distancia y no caer en la tentación de cambiar de opinión, por culpa de lo conocido y confortable. Necesitaba lo desconocido, en busca de lo que todavía me faltaba—. Llevo cinco años hablando de bebés, visitando médicos, buscando ese sueño, pero estoy sola. Tú aceptaste el

diagnóstico y te conformaste, y yo no lo gestioné de la misma manera.

—El problema no es solo mío. —Él también se levantó, encarandome indignado—. Mi polla es débil, pero tus óvulos tampoco son lo suficientemente buenos.

—No voy a entrar en esta discusión contigo, que solo resultará en resentimiento y empañará todo lo que tuvimos, lo que construimos. —Le sujeté el rostro, con el corazón roto. Tenía que decir mi verdad, aunque eso fuera injusto—. No veo un futuro a tu lado.

—No digas eso.

—Te quiero, Víctor. Pero... no es suficiente.

—Sí, lo es. Mi amor es grande por los dos. Créeme, Natalia, voy a cambiar. Construí mi vida por ti, haré este sacrificio más.

—No quiero que te anules, o cambies para complacer mis caprichos. Eres demasiado increíble para estar en mi sombra.

—Me quedaré a tus pies si es necesario, con tal de que no te vayas.

Intentó acercarse para besar mis labios y cerré los ojos, repudiando el contacto, pero sin alejarme. Estaba destruyendo nuestra relación, tomando una decisión difícil, y algunas batallas tendrían que perderse para alcanzar mi objetivo.

Intentó abrirme la boca, darme un beso con lengua, y ni siquiera recordaba la última vez que había pasado. Era demasiado, me mantuve congelada, sin reacción.

—Necesitas tiempo, te lo voy a dar. —Víctor dio un paso atrás y se limpió una lágrima que le caía. Verlo así me afectó y

empecé a llorar—. Sabes que haría lo que fuera por complacerte, si fuera posible, conseguiría otra polla, solo para satisfacerte.

—No es por eso —sollozó. —Eres perfecto a tu manera.

—Entonces, ¿por qué me estás rechazando? —preguntó con más énfasis.

—Porque se ha terminado. La mujer con la que te casaste ya no existe.

—Voy a pedirle explicaciones a esa terapeuta de mierda a la que vas. Esto solo puede ser cosa suya.

—Pensar que soy una persona manipulable, que mis deseos no son reales, solo confirma mi decisión. —Me puse las manos en el corazón—. Quiero vivir mi vida, cumplir mis sueños.

—¿Y yo no lo hago? —Abrió los brazos—. Coche, piso, viajes... ¿qué más quieres de mí? ¿Por qué un hijo es tan importante?

—Por eso tenemos que terminar, porque no lo entiendes, ni lo aceptas.

—¿Quieres conocer a otros tíos? ¿Follar con otros? Hazlo a tu manera, no me importa, pero vuelve conmigo.

—¡Para! —grité, desgarrada por su sumisión. Era abnegado hasta ese punto, y yo no quería estar al lado de alguien que sacrificaría sus propios sueños por los míos. Con aquella conversación, por fin me estaba dando cuenta de que ya no lo amaba de forma romántica, sino fraternal. No había vuelta atrás—. Si quieres vivir una vida tranquila y sedentaria, es tu derecho. Hay muchas otras personas que están en esa sintonía. ¡No cambies por mí, sino porque tú quieras!

—Te quiero a mi lado. No me casé para separarme, juramos ante el cura, ante el juez, que sería para siempre.

Negué con la cabeza y esta vez, cuando se acercó, me alejé. Sin contacto, sin someterme a caricias que ya no eran bienvenidas. La ruptura estaba siendo difícil para mí, pero un futuro a su lado era peor.

Lo intenté todo. El tiempo pasó y yo necesitaba retomar el control de mi vida, aunque la culpa fuera mi única compañía.

—Voy a hacer una maleta y dormiré en un hotel.

—No vas a salir de este piso. Lo haré yo.

—¡Para! —gruñí, irritada porque me estaba haciendo sentir peor de lo que ya estaba. Lo encaré con tanta ferocidad, que él bajó la cabeza

limpiándose el rostro bañado en lágrimas. —Quiero separarme, es justo que me vaya.

—Necesitas tiempo y te lo voy a dar. Quédate.

—¡Quiero el divorcio! —grité, tirando los brazos al aire—. Estoy decidida, no voy a cambiar de opinión. No seas agradable conmigo, ya no somos marido mujer.

—Así es como lucho por nuestro amor. A diferencia de ti, yo sigo siendo el mismo, paciente y apasionado. —Intentó sonreír, pero le salió triste.

Él se dio la vuelta, fue al dormitorio y yo di pasos apresurados hacia la terraza. Solté todas las lágrimas que se contenían dentro de mí. El viento en mi rostro fue el único abrazo de consuelo que tuve, cuando él dijo sus últimas palabras y salió del

piso. Si se llevaba una mochila o una maleta, no quería saberlo, aquel lugar ya no era mi hogar.

Aquel ciclo se había cerrado y yo no tenía tiempo que perder, uno nuevo tenía que empezar.

Natália



Capítulo 1

Natalia

Miré por el espejo retrovisor interior del coche y sonreí para mí misma, nunca había estado tan bien como en esos últimos días. La culpa por haber puesto fin a un matrimonio de quince años seguía siendo mi compañía, los mensajes de Víctor me incomodaban, pero no me detenían, ni me robaban el foco en mí misma.

Por muy mal que pudiera parecer a ojos de otras personas, era lo mejor que me había pasado.

¿Cuánto tiempo hacía que no me maquillaba y me vestía para mí? No quería seducir a nadie, solo estar bien conmigo misma, mirarme al espejo y sentirme orgullosa por la dieta hecha, el gimnasio mantenido y la apariencia que no se correspondía con la edad que tenía.

Salí del coche, activé la alarma y me ajusté el bolso en el hombro. Hoy sería una gran noche, y estaba lista para recibir todo lo que merecía. Las luces del aparcamiento daban un aire de bohemia al lugar. Trabajar como agente inmobiliaria era mi pasión y, aquella semana, me ocuparía de una promoción de lujo, que se vendería sobre plano.

Normalmente, no participaba en este tipo de negocios, evitaba todas las recepciones, porque atraían a mucha gente joven y muchos flirteos; los solteros se lo pasaban en grande. En ese momento, me sentía como una de ellos y quería experimentar aquel ambiente, que me daría no solo dinero, sino también diversión.

Caminé con confianza hasta la entrada; la sandalia de tacón medio y la falda de lino eran nuevas. Había sido liberador comprarme ropa nueva porque me apetecía, sin preocuparme por las cuentas de casa o la opinión de mi marido. Aunque él nunca me había controlado, siempre discutíamos sobre lo que íbamos a comprar.

Usar mi dinero a mi manera. Sin culpa, porque sí.

La recepcionista del catering comprobó mi nombre en la lista y me dio una acreditación. Me la ajusté en el cuello de mi blusa, miré el gran salón de recepción y me preparé para cerrar muchos negocios.

Encontré a una agente inmobiliaria conocida y me acerqué a su círculo de conversación. Contratistas, curiosos y amigos; cada risa, cada intercambio, era diferente y emocionante. La sensación de ligereza, de no estar atada, me generó culpa, porque Víctor nunca me retuvo, yo había tomado decisiones equivocadas en nombre de mi relación. Para complacerle, para ser una esposa comprometida con la familia que soñaba y que nunca se materializó.

Me comportaba como si necesitase la aprobación de alguien. Quizás la mía, que nunca llegaba, hasta la toma de decisión difícil.

Una mano me tocó el hombro, saludé a un antiguo cliente y a su esposa. Me despedí de las personas con las que hablaba antes, para acercarme a esa posible venta. Socializar y vender, lo hacía con maestría, estaba en mi sitio.

—¿Queréis ver el piso piloto? Voy a comprobar si está libre —comenté en medio de nuestra interacción.

Habían conseguido un ascenso en el trabajo y querían una nueva propiedad. Encontrarme fue una señal, porque tuvieron una buena experiencia conmigo en el pasado; seguro que cerrarían el trato, yo solo necesitaba hacer mi parte.

Hablé con el chico que estaba en la entrada del piso piloto, me dijo que solo había un cliente visitándolo, y que era posible que hasta tres estuvieran al mismo tiempo. Pasé por la mesa de aperitivos, comí un canapé con forma de barquito, un trago de agua saborizada y volví con mis clientes.

Con aquella comisión, conseguiría cambiar de coche y dejarle el mío a Víctor, como parte de nuestro acuerdo de

separación. Ya había hablado con un abogado, nuestro divorcio estaba en curso, por más que él deseara reconquistarme.

La hoguera de nuestro amor estaba apagada, húmeda, con mucha arena; ningún fuego volvería a arder ahí. Insistir en algo que no tenía futuro me estaba dando rabia, en lugar de ablandar mi ego. Víctor era increíble, un hombre que sabía amar y respetar a una mujer.

Fui feliz, yo cambié y quería más.

No ser feliz solo en la convivencia, eso lo hacía sin problemas, sino en la intensidad de la pasión, en la construcción de una familia solo mía, hijos, compromisos escolares, noches sin dormir alterando mi rutina. Viví demasiado tiempo para mí, para el trabajo; era hora de algo inmaterial, que valiera el sacrificio.

¿Cómo haría eso sin un marido? ¿En qué hombre confiaría ciegamente para iniciar una familia?

Un pinchazo de dolor de cabeza surgió mientras presentaba el piso piloto a la pareja. Entramos en el salón decorado; el nombre de la arquitecta estaba en un portarretratos encima del mueble de televisión y la señalé. Úrsula Gasparini era una compañera de trabajo que hacía felices a muchos clientes con su pasión por la profesión.

—El acceso a la terraza principal se puede hacer de dos maneras, por el salón y la cocina. —Corrí la cortina y abrí la puerta, recibiendo la brisa nocturna con un olor peculiar y fuerte. El aire acondicionado con perfume era mucho mejor. —Las pantallas de protección son opcionales, es decir, no tenéis que preocuparos por

eso; ya podéis asegurar el inmueble de forma completa, para cubrir vuestras necesidades.

Era un piso piloto en la planta baja, el edificio aún estaba por construir. Salí a la terraza, busqué el origen del olor y descubrí que venía de un hombre de traje y su puro. Puse mala cara, esperando que reconociera mi presencia, pero él siguió apoyado en la barandilla de cristal, mirando hacia un lado.

No pude percibir nada de su perfil, solo que era alto y tenía brazos grandes. Alguien sedentario que destruía su propia salud y quería que todos hicieran lo mismo, al tener que inhalar el humo.

Iba a quejarme al recepcionista sobre el cliente fumador desconsiderado.

—Bueno, la vista será mucho mejor desde el piso que elijáis —bromeé, los dos se rieron y tiré de mis clientes hacia dentro, cerrando la puerta para bloquear el olor a puro.

Dios mío, ¿quién elegía destrozarse el pulmón en una época como esta?

Fuimos a la cocina, la lavandería, el pasillo que daba acceso a las tres suites, el aseo de cortesía y salimos.

—¿Natalia? —El recepcionista me impidió acompañar a la pareja. Lo encaré confusa—. Necesito que me acompañe. ¿Podría, señora?

—Ve tranquila, Murilo y yo necesitamos hablar sobre el futuro. —La esposa me dio vía libre con un gesto de la mano, me despedí con besos en la mejilla.

—Mi teléfono sigue siendo el mismo, cualquier cosa, solo tenéis que llamarme. —Me giré hacia el empleado del piso piloto y

me puse seria—. ¿Qué pasa? —Señalé hacia la puerta—. ¿Has visto que hay un fumador ahí dentro, solo? Va a ahuyentar a todo el mundo con ese olor.

—Es el señor Antoniou. —El recepcionista abrió los ojos como platos, asustado, y su reacción no me ayudó a comprender lo importante que era el hombre—. Me pidió que fuera hasta la zona de la terraza cuando terminara la visita guiada.

—¿Por qué? ¿Es algún cliente especial? —Cambié el pensamiento a ventas; alguien que fumara puros seguro que era excéntrico y tenía dinero para comprar un piso como ese al contado.

—El dueño.

¿De qué? Quería preguntar, pero el chico me miraba como si yo fuera la tía que reenvía mensajes de buenos días por el móvil. Fruncí el ceño, intrigada por aquella conversación y opté por resolver mis dudas con el tal señor Antoniou. En otros tiempos, no atendería la petición de un hombre en un evento, a solas, pero nada me impedía ya cerrar negocios

Me rodeaba de creencias, disminuida en un cuadrado que no me pertenecía. La culpa era solo mía

Entré de nuevo en el piso piloto, pasé por el salón, fui hasta la cocina y abrí la puerta de la terraza, para verlo desde otro ángulo en lugar del mismo que la otra vez.

Me congelé al percibirlo frente a mí, grande, imponente, ocupando todo el espacio de la puerta. No solo su presencia era marcada, sino también su rostro, las líneas de expresión alrededor de los ojos, la barba de tres días en la mejilla. Su pelo bien peinado, con algunas canas, le daba un aire de encanto y sus ojos, por más

que fueran oscuros, dejaban ver un círculo claro alrededor; era guapo.

¿Cuándo había sido la última vez que admiré a un hombre? De esas que no se permite mirar a nadie porque está comprometida, olvidé cómo era la sensación de sentirse atraída por la apariencia de un hombre.

La brisa nocturna pasó, el olor del puro me dio de lleno en la nariz e hice una mueca de asco. Sus cejas se alzaron, dio un paso a un lado y extendió el brazo, cordialmente.

—Hola, Natalia. Gracias por tu tiempo.

—Mucho gusto, señor Antoniou. ¿En qué puedo ayudarle?

—Necesito que abras tu mente, tengo una propuesta un tanto... diferente.

—Créame, este es el momento adecuado para hablar sobre acuerdos insólitos. ¿Qué es?

—Necesito que me des un hijo.

Natália



Capítulo 2

Natalia

—Está usted loco. ¿Qué clase de propuesta es esa?

—Una verdadera.

—¿En qué mundo? ¿Ficción?

—Vida real.

Levantó la mano para tocarme, di un paso hacia atrás e interrumpió la aproximación. Se giró hacia la barandilla de cristal de la terraza, sacó otro puro de dentro de la chaqueta y lo encendió con un mechero elegante.

La larga calada no debería ser atractiva. El daño que aquello causaba solía causarme repulsión, pero no en ese momento. Demostraba nerviosismo, estaba frágil ante mis ojos.

¿Por qué un hombre haría una propuesta a una extraña?

Movida por la curiosidad, me acerqué a la barandilla, pero manteniendo una distancia segura.

—¿Está enfermo?

—Acepte la oferta y podemos hablar sobre el asunto.

—No se puede mantener el misterio con algo tan peculiar.

—La curiosidad ayuda a mantener el interés. —Él no me encaró, fumaba su puro con el semblante de quien no debe nada a nadie—. No necesita responder inmediatamente. Piense un poco en el asunto, tengo toda la noche.

—Encuentre una esposa y forme una familia convencional.

—En mi caso, no es posible. —Me encaró.

—¿Por qué no?

—¿Va a aceptar mi propuesta?

—¿Completamente a oscuras? No. ¿Por qué yo, de entre todas las mujeres de esta ciudad, del mundo?

—¿No ve lo especial que es?

—Conozco mis cualidades y defectos. La cuestión no es esa.

—Natalia...

—Tendrá que darme algo, señor Antoniou. Soy agente inmobiliaria, evalúo muchos riesgos y beneficios, no está tratando con una persona fácil o ingenua. Dejé de actuar impulsivamente hace muchos años.

Soltó una risa, giró el rostro para dar una calada al puro y soltó el humo al aire. Cuando volvió a encararme, tenía un brillo diferente en su mirada.

Sus facciones indicaban que revivía un recuerdo, fruncí el ceño, incómoda.

—Usted no se acuerda.

—¿De qué?

—Tenía diez años, estaba con sobrepeso, cuando una niña valiente impidió que otros me hicieran bullying, en el club Parque Aguas Claras.

Estaba a punto de replicar, puse una cara de repudio ante aquel recuerdo que no parecía mío, hasta que analicé mejor los rasgos del hombre, su nariz, su porte físico, su mirada...

¡Dios mío!

Di un paso a un lado, me puse las manos en la boca en estado de shock y el hombre simplemente me encaró, sereno. No podía ser, éramos muy jóvenes, yo nunca le di una segunda vuelta a aquel episodio en el club, donde mi madre hacía chapuzas en la cocina.

Jugué mucho en aquel parque, en el columpio y en el trepa-trepa. Caramba, qué nombre tan horrible para un juguete trayéndolo a los días de hoy, pero era verdad, yo había ahuyentado a los hijos mimados de los ricos, que le hicieron bullying al niño que no tenía el mismo tamaño de cuerpo que los demás.

Después de que ahuyenté a los chicos estirados, amenazando con contárselo a los padres y armar un escándalo, porque yo conocía al dueño del club, Damian y yo.

pasamos la tarde juntos, jugando y riendo, como si fuéramos mejores amigos.

Fue la primera y única vez que lo vi en el club. No había sido un día lo suficientemente memorable como para que yo mantuviera aquel recuerdo vivo, pero la conexión que compartimos era lo bastante fuerte como para resurgir cual fénix.

Envejecer le sentó bien. Damian, sin duda, superó el problema y las dificultades con su apariencia.

Me acerqué, intrigada por todo aquello. La nostalgia me invadió y, en lugar de defenderme emocionalmente, me permití soñar.

—¿Usted se acuerda de mí? ¿Cómo me encontró?

—Es una larga historia que involucra asuntos confidenciales.

—No es posible que haya pensado en mí durante tanto tiempo.

—Eso me convertiría en un joven obsesionado, en lugar de en el gran empresario. —Dio una calada y miró a lo lejos, apoyando los antebrazos en el muro bajo—. Fue una grata coincidencia, pero eso no disminuye lo importante que fue aquel día para mí.

—Sea más específico.

—Le daré todos los detalles si acepta mi oferta.

—¿Entiende que no está vendiendo un terreno o haciendo una propuesta de empleo? Estamos hablando de un hijo, de una vida. Necesito más. Esta charla de reencuentro con alguien de la infancia es muy perturbadora.

—Tan argumentativa y coherente. No ha cambiado mucho.

Me dedicó una sonrisa contenida, analizando mi rostro con cuidado. En lugar de recibirlo como un cumplido, me sentí ofendida, dado que me estaba separando de mi marido porque me sentía diferente a todo lo que fui en algún momento

—Usted no me conoce lo suficiente para afirmar eso.

—Conocí su esencia. Fue la primera chica que me pareció genial, yo no tenía amigos, nadie quería estar cerca del gordito que no entendía chistes. De hecho, fue usted la primera persona de mi edad con la que jugué de verdad.

—Yo tenía ocho. Mi valentía me granjeó muchas enemistades que me moldearon para ser más amable, menos combativa en la vida adulta. —Di un paso más cerca y también me apoyé en el muro bajo, sintiéndome un tanto conmovida por sus palabras. Su tono tranquilo, en medio de una revelación tan íntima, hizo que bajara la guardia—. ¿Por qué necesita un hijo? ¿Está enfermo?

—Usted quería una explicación, se la he dado. Nadie sabe cómo fue mi infancia, solo usted y mi amigo médico, que me conectó con usted.

—¿Quién?

—Doctor Nathaniel Chagas

—¿Por qué necesita a un especialista en reproducción asistida? —Abrí la boca shock—. ¿Mi médico le habló a usted de mí? —La sensación de traición fue como un jarro de agua fría en el momento. Mi última consulta había sido hacía seis meses, necesitaba volver y buscar nuevos caminos para tener un hijo.

—No, accedí a su ordenador y miré más de lo necesario.

—Ha cometido un delito, ¡ha violado el secreto médico-paciente! —lo acusé, él dio una calada a su puro y me lo ofreció, arrogante—. Eso está muy mal.

—También perjudico mi pulmón con esto en lugar de perjudicar mi hígado con alguna bebida alcohólica, o alguna medicina, para aplacar mi nerviosismo. Puede juzgarme, soy adulto y asumo las consecuencias de las elecciones que hago, porque no quiero complacer a otros, sino satisfacer mis necesidades. ¿O es usted tan perfecta y filántropa que no transgrede ninguna regla y todos la aman?

Su declaración fue como una provocación, le quité el puro de la mano y lo admiré entre mis dedos. Yo me había emborrachado varias veces en mi juventud, infringí leyes de tráfico y falté a algunas clases. En el momento en que estaba viviendo, mantenía una alimentación saludable y ejercicio físico, me estaba sintiendo la reina de las reglas y las buenas costumbres, pero yo tenía una vena rebelde, que salió a divertirse en el momento en que sintió el olor del puro.

—Dado que el tema del hijo nos estaba llevando al choque, opté por bajar mis armas y colaborar.

—Nunca he fumado —confesé, en voz baja—. Saber que es malo es suficiente para no experimentar nunca. Ni siquiera sé cómo se hace.

—Es un honor ser una pésima influencia para usted.

—¿Y cree que con eso voy a ganar aplausos?

—Experimentar y adicción están en el mismo camino, pero son diferentes. Puedo mostrarte otras maneras de saltarse las

reglas, sin preocuparse por la opinión ajena.

Odiaba lo mucho que tenía razón. Me puse el puro en la boca y deduje lo que había que hacer. Tosí, se lo devolví al hombre a mi lado y él me acarició la espalda para ayudarme con la reacción, causando un torbellino de sensaciones en mi cuerpo.

¿Por qué había fumado? ¿Cómo quería mantener mi cuerpo sano si me ponía en situaciones peligrosas como aquella?

—Acepte mi petición, dame un hijo, Natalia.

—¿Qué gano si le doy un hijo? —conseguí preguntar, cuando su mano se alejó de mi espalda.

—Tendrá una recompensa, pero se discutirá después de que el contrato esté firmado.

—Entonces, esto es un negocio para usted.

—En cierto modo. —Respiró hondo y giró el rostro para soltar el humo—. Todo se formalizará debidamente, para darle seguridad y mantener el secreto de este acuerdo.

—¿No le asusta que lleve su insólita petición a la prensa y gane dinero? Una exclusiva periodística sobre un multimillonario como usted debe generar seis cifras.

—No hará eso. —Terminó el puro y lo tiró a la zona exterior, al jardín. Sonrió cuando me encaró y se dio cuenta de que tenía en la punta de la lengua reprenderle por tirar la basura de esa manera —. Es usted demasiado "correcta".

—No confíe en su juicio, ni en lo que sus ojos pueden ver. Estoy tomando muchas decisiones difíciles últimamente.

—Confío en mi intuición.

—¿Y qué dice sobre mí?

—Que es la mujer adecuada para darme un heredero fuerte y sano.

Natália



Capítulo 3

Natalia

No podía aceptar.

Engendrar el hijo de un desconocido era demasiado para mí.

Necesitaba encontrar argumentos para rechazarlo.

Tenía que abrir la boca y enumerar todos los motivos contrarios a aquella propuesta desatinada.

Pero, entonces... ¿por qué estaba sopesando la posibilidad de aceptar?

Crucé los brazos y apoyé la cadera en el muro bajo, solté lo primero que me vino a la mente:

—Estoy casada —era una media verdad, lo suficiente para ver hasta qué punto estaba dispuesto a llegar con aquella petición, además de intentar minar la confianza inquebrantable que el hombre parecía tener—. Aceptar su propuesta sería... extraño.

—Hablaré con su marido, le explicaré que no tiene nada que ver con el romance o el amor, será impersonal, una reproducción asistida.

—No funciona tan sencillo. Están las pruebas, el vínculo afectivo...

—Yo vivo en otro país, no podré estar presente en todo momento, ni antes ni después del nacimiento.

—¿Para qué quiere un hijo si no va a ser un padre presente?

—Tendrá a su marido, ustedes compensarán mi ausencia. —Se encogió de hombros y buscó algo dentro de la chaqueta—. Mierda, se acabó.

—¿Iba a fumar otro?

—Sí.

Se puso las manos en el bolsillo del pantalón y me encaró. Era tentador discursar sobre los perjuicios del tabaco, pero ya habíamos pasado por ahí. La presencia de aquel hombre me hizo abandonar cualquier voluntad de replicar; ser su aliada era la elección ideal. Un frigorífico, alto y ancho, la personificación de la protección, si sus brazos me rodeasen.

—¿Qué me dice, Natalia?

—¿De verdad va a seguir con esa historia de que le dé un hijo?

—Puedo llamar a mi abogado para que le explique los términos y lo haga más seguro para usted.

—Quiere que yo sea solo la incubadora. Este tipo de acuerdo no va a funcionar conmigo. Además, mi edad no es ideal para este tipo de procedimiento, tener un hijo no es tan fácil y rápido como les sucede a muchas mujeres.

—Está en perfectas condiciones, vi su historial y analicé todas las probabilidades.

—Esto está muy mal.

Me tapé el rostro con las manos y me giré. Estaba exagerando mi incomodidad porque quería saber más sobre la motivación de aquel hombre. La cercanía de la muerte no debería ser motivación suficiente para querer un hijo; había algo oscuro en medio de todo esto.

¿O me equivocaba?

—Usted no tenía derecho a invadir mi privacidad. ¿Cómo sabía que yo era la misma niña del parque?

—Por su nombre, edad y el relato sobre la cirugía de la nariz; era lo mismo que usted me había contado en el pasado. Aunque no supiera su apellido, vislumbré a la niña detrás de la mirada de la foto adjunta a su expediente.

—Me está empezando a preocupar su obsesión por mi persona.

—Como le dije, es algo que me marcó, pero que no perduró tanto tiempo. Rescaté la memoria cuando leí su expediente. ¿Una coincidencia, o nunca le ha pasado a usted?

—De acuerdo, digamos que me creo todo esto.

—¿Eso es un sí?

—¿Usted sabe de mis intentos por quedarme embarazada? ¿Que mi edad dificulta el éxito del procedimiento?

—Su marido tiene problemas, no usted.

—No se atreva a echarle la culpa a él —lo reprendí, con el semblante irritado. Víctor no merecía que lo pusiera como villano, siendo yo quien había terminado nuestro matrimonio—. Es una incompatibilidad, de ambos.

—Principio de diabetes, hipertensión y grasa en el hígado. Él se mantuvo en el mismo nivel desde el inicio del tratamiento, a diferencia de usted, que mejoró sus índices, tiene todos los análisis impecables.

—Está bromeando conmigo, Damian. —Negué con la cabeza, dándome cuenta de algo aún más grave—. Siempre supo que yo estaba casada, leyó todo mi historial, conoce mi vida. ¿Qué quiere de mí?

—Algo que su marido no puede darle: un hijo.

—No haga eso, esta conversación no es sobre Víctor. Mi marido... —Bajé la cabeza, derrotada—. Quiero decir, ex... —Yo no tenía derecho a usarlo como escudo, tendría que librar mis propias batallas a solas—. Me estoy divorciando.

—¡Ah! Eso no lo sabía. —Percibí el tono animado en aquella declaración.

—Lo que no hace que todo sea más fácil. Su propuesta no es lo mismo que comprar un inmueble sobre plano, en una ubicación inusual.

—Usted dijo al inicio que estaba en el momento adecuado para escuchar propuestas insólitas.

—Pues me equivoqué.

—Comprendo.

Puso la mano cerca de mí, en el muro bajo de cristal y no dijo nada más. ¿Iba a desistir? Yo estaba ansiosa; el silencio era gasolina para el fuego de la discusión que había dentro de mí. Busqué respuestas en su mirada para evitar caer en su conversación llena de astucia y manipulación, pero me ahogué en intensidad, mi sueño se mezcló con la propuesta insólita.

¿Y si aceptaba?

—Hay otros beneficios si está de acuerdo.

—¿Cuáles?

—Sea la madre de mi hijo, engendre a este niño y nunca más se preocupe por nada en su vida.

—Imposible, ya que usted es hombre, rico, influyente y podrá quitármelo en cualquier momento. Estamos hablando de una vida.

—Lo sé, y por ser algo tan grandioso, la elegí a usted.

Levantó la mano y me tocó el brazo, se dio cuenta de que no lo rechacé, entonces lo acarició. Odiaba interpretar aquella aproximación como un flirteo, yo quería involucrarme con hombres menos complicados después de estar quince años con Víctor. Pero si lo despaché por ser demasiado pacífico, no había otra opción que el caos para mí.

—Usted no es Dios para garantizar que podemos tener un bebé.

—Somos compatibles.

—¿Cómo puede estar tan seguro? ¿Su intuición? Aunque exista un cálculo y pruebas químicas, biológicas, todavía hay algo que nadie tiene el poder de controlar, que es nuestra mente, las emociones, el misterio de la espiritualidad. Usted no lo sabe, pero yo conozco a muchas mujeres que intentaron quedarse embarazadas y no lo consiguieron, estando más sanas que yo.

—Del mismo modo que hay otras que no tienen esa dificultad. Relájese, no se trata de excepciones o reglas. Usted y yo, podemos tener un hijo.

—¿Por qué? ¿Qué más le expuso mi médico para que le dejara tan seguro?

—Él no sabe lo que hice, asumiré las consecuencias cuando vayamos a visitarle, para la primera consulta para iniciar el proceso de fecundación in vitro.

—Ya está haciendo planes. ¿Cuándo? —Levanté la ceja, indignada—. Es usted muy arrogante y desconsiderado, Damian Antoniou. Ni siquiera le he dado una respuesta y ya está contando conmigo.

—Parece aterrador, pero se acostumbrará. Será beneficioso para los dos, se lo garantizo.

—¿Cree que su dinero puede comprar un hijo?

—Si le digo que sí, ¿la vida de ese bebé tendrá menos valor?

—Está siendo irracional, Damian.

—El procedimiento es caro, en cierto modo, está pagando para que sea posible generar una vida. ¿Cuál es el problema?

—La falta de respuestas.

—¿Qué más quiere saber?

—¿Por qué quiere un hijo conmigo?

—El apoyo que recibirá cuando acepte la propuesta es más importante que el motivo.

—¿Está enfermo? ¿No confía en las personas? ¿Quiere esconder un secreto?

—Este es el momento en el que llamo al abogado.

—Basta.

Di dos pasos hacia atrás y me dirigí a la puerta que daba acceso a la cocina. El misterio que rodeaba aquel asunto me irritó; estaba perdiendo el tiempo con aquel millonario excéntrico.

—Natalia...

—Busque a otra persona para su propuesta desatinada.

—Si no acepta, entonces es el final. No hay otra opción.

—¿Cómo que no? Hay muchas mujeres en el mundo que estarían dispuestas a engendrar el hijo de un multimillonario. Hágales pruebas de compatibilidad, invada el sistema del médico y sea feliz.

—Ninguna de ellas es usted.

—Conozco mi lugar.

—Entonces, acepte. Asegure su futuro, realice su sueño, tenga estabilidad financiera.

—No necesito su dinero.

—Su independencia es admirable, será una madre estupenda.

—Pare.

—Confiada, determinada y valiente, es la elección correcta para engendrar a mi hijo.

—Podría ser niña.

—Que sean tres, la cantidad no importa, usted puede elegir.

—Mi vida no es negociable.

—No la estoy comprando.

—Es solo un alquiler de mi útero. Se está centrando en la definición de las palabras y olvidando que la realidad es más compleja y subjetiva.

—Puede pensarlo, analizar los pros y los contras.

—La única evaluación que tengo al respecto es que usted necesita dejar de buscar genetistas, ginecólogos y pedir cita con un psiquiatra.

Salí arrastrando todas mis emociones a flor de piel, como si fuese un volcán a punto de entrar en erupción. Pasé por la cocina del piso piloto, el salón y el hall con los clientes de la promoción. No me despedí de nadie, las ganas dellorar estaban ganando la batalla dentro de mí, porque no tendría a nadie que me consolara o me defendiera cuando volviera a casa.

Aquel hombre arrogante, prepotente, insensible, me arrojó una granada sin pasador en el regazo, como si fuera fácil de manipular. Realizar mi sueño de la maternidad no tenía nada de

sencillo. Damian no lo sabía, pero no tenía derecho a tratar aquello con tanta superficialidad.

Fui hasta el aparcamiento en una marcha constante, me sentía en un campo de batalla. Entré en el coche y di un portazo, en un intento de desahogarme. No fue suficiente.

Encendí la música al mismo tiempo que arranqué. Subí el volumen, maniobré el vehículo y conduje hasta mi piso, entre lágrimas y enfado.

Daughtry, Lzzy Hale - Separate Ways

Parte de mí repudiaba cualquier pensamiento sobre el asunto; aquel hombre leyó mi historial y estaba jugando con mis sentimientos. Otra parte, la misma que había aceptado el puro e intentado fumar, veía una oportunidad, estaba dispuesta a negociar para que yo pudiera tener mi familia, al fin y al cabo, mi tiempo se estaba acabando y nunca más podría engendrar un bebé.

Entre conocer un nuevo amor y decidir tener un hijo, mi sistema reproductor puede, simplemente, dejar de funcionar.

Somos compatibles . ¿Quién era él para saber eso?

Si había invadido el ordenador de mi médico, no dudaría de que hubiera encontrado mi material genético y hubiera hecho el análisis que minó el amor que sentía por mi exmarido.

La esperanza brilló en medio de mi sufrimiento y temí por mis pensamientos incoherentes.

¿Qué debería hacer? A solas, no había nadie para juzgarme o impedirme firmar un contrato sin leer todas las cláusulas.

¡Por Dios! Estaba tentada a aceptar aquella petición.



Capítulo 4

Damian Antoniou

Necesitaba algo que me mantuviera controlado, que no fuese alcohol. Ver a Natalia Laje salir de aquel piso piloto me dejó un paso más cerca de la muerte, de la que hacía mucho tiempo que había renunciado a escapar.

Ella no había vuelto a mi vida para desaparecer de esa manera. Pasé años siendo escéptico para no reconocer una señal Divina, de que mi futuro pudiera ser diferente. Al menos, un poco.

—¿Señor Antoniou? —La voz del abogado vino acompañada de su presencia, entrando en el salón del piso piloto. Me giré, fingí

tranquilidad y me apoyé en el muro bajo de cristal para mirar la nada—. ¿Qué tal ha ido?

—Necesitaré un nuevo enfoque.

—¿Quiere algún cambio en el contrato? ¿Exigió otros valores? ¿Dudó de su situación?

—Un poco de cada cosa.

—O sea, que fue un desastre.

Soltó una risa baja y se acercó. Odiaba la calma de aquel hombre, que tenía la vida resuelta, con esposa e hijos, conexiones importantes, además de salud y dinero. Lidiar con mi situación era divertido para quien no tenía que preocuparse por el futuro. A pesar de no tener un vínculo emocional, Giuliano Camargo se estaba convirtiendo en algo parecido a un amigo.

—¿Le reconoció?

—Al principio, ni siquiera como empresario.

—Hum...

—Después de que le conté sobre nuestro encuentro en la infancia, sí.

—¿Le explicó su situación?

—Más o menos.

—¿Qué le dijo exactamente para que saliera corriendo, con esa mirada de decepción?

—No quería herirla. —Respiré hondo y giré el rostro hacia él —. ¿Tiene un cigarro?

—Ya me parecía a mí que olía a tabaco. —Negó con la cabeza—. No tengo nada y usted debería elegir un chicle para

mascar. En su situación...

—Usted fue contratado como consultor jurídico, no médico.

—Y como su abogado, sería importante que me contara cómo fue la conversación, para que yo busque nuevas estrategias para atender su necesidad. Puedo hablar con ella si es necesario, o buscar a otra.

—Tiene que ser Natalia Laje. Es la única en la que confío, es la madre que quiero para mi hijo.

—¿Le habló de esa manera a ella?

—Sí. —Respiré hondo otra vez y desvié la mirada, yo sabía que había sido demasiado impersonal para un asunto tan delicado—. Se me acaba el tiempo, necesito volver a Grecia y finalizar algunos proyectos antes de que mi momento llegue.

—No servirá de nada huir. Si aún quiere intentarlo, hay otras formas de resolver esta situación.

—Renuncié a la esperanza, esa lucha está perdida. El foco ahora es Natalia y mi hijo. —Me pasé la mano por el pelo y suspiré, sintiendo en mi cuerpo que los minutos estaban contados, que los días pasaban, que el fin se acercaba—. ¿En qué otra promoción está interesada ella?

—¿Hasta cuándo va a seguir promoviendo esos encuentros casuales? Hable claro, Damian Antoniou. A nadie le gusta ser manipulado, no importa si es hombre o mujer, joven o maduro. Sea sincero.

—Yo no creo en milagros.

—Pero puede encontrar consuelo al final.

—Mi honor me impide apelar al sentimentalismo. Pena.

—¿Pero sí está bien que sea por dinero?

—Sí. Porque solo acepta dinero para algo tan importante si implica algo más. Sé que para Natalia, el bebé será especial. —Hice una mueca, recordando nuestra conversación—. Necesito avisar al médico, tal vez compartí más de lo necesario sobre dónde la encontré.

—Yo resuelvo eso con Nathaniel Chagas. Él previó que algo así podría suceder. —Giuliano me dio una palmadita suave en la espalda—. En serio, hable claro.

—No. —Me giré, encarándolo con arrogancia—. Descubra en qué otra promoción o inmueble está interesada, lo intentaré de nuevo, haré la propuesta aún más irresistible.

—¿Va a construir otro edificio de lujo en la ciudad?

—Si es necesario, sí. Pero no tengo tiempo, prefiero que encuentre algo que ya esté en marcha. —Hinché el pecho para fortalecer mi decisión, cuando vi que él iba a resistirse—. Si no es capaz de hacer el trabajo, avíseme y buscaré a otro.

—Para quien lidió con un suegro como el mío, nada es imposible. Me encargo del asunto. Le daré las coordenadas mañana por la mañana. —El hombre sonrió, con el control de la situación; yo había encontrado un manipulador a mi altura—. Su impaciencia es un soplo de aire fresco.

—Su tranquilidad es útil para satisfacer mis necesidades. —Le di una palmada en el brazo, cerca del hombro, y pasé junto a él —. Muy bien. Me voy, espero la información.

—Buen descanso y tómese un té para dormir, es más saludable.

—Eso ya no es relevante para mí.

La sala tenía clientes y vendedores, pasé junto a ellos sin saludar. Pocos sabían que yo era el hombre detrás de la empresa, porque

yo tenía un representante en España que lidiaba de maravilla con los negocios.

Llegué al hall, sabía que tendría que hablar con algunos socios, no podía ser tan irresponsable. Aunque dentro de unos meses, ninguna de las conversaciones mantenidas servirían para cambiar mi destino, eran importantes para perpetuar un legado familiar.

Era importante para el hijo que necesitaba traer al mundo, antes de que todo acabara para mí.

Saludé a los hombres que se acercaban a mí por interés. Algunos genuinos, otros solo por el estatus; en ese momento, solo podía pensar en Natalia.

Ella era hermosa, confiada y se estaba divorciando. Yo sabía que estaba casada, y que tuviera dificultades para quedarse embarazada con su marido me resultaba conveniente para mi propuesta. Mi intención no era separar a la pareja, sino dar una familia decente a mi hijo, protegerlo de un futuro sin esperanza como el mío.

Entonces, me dijo que estaba soltera y surgieron todos los pensamientos que no deberían existir. ¿De qué servía vivir una última aventura, al precio de la tristeza de otra persona? No podía

ser, necesitaba permanecer impersonal, para no luchar contra lo inevitable, tenía que aceptar el ciclo de la vida.

La muerte.

Mis días estaban contados.

Miré mi reloj, puse una excusa cualquiera sobre un compromiso muy temprano al día siguiente y salí de allí. Pasé por la recepción, fui hasta el aparcamiento y entré en el coche al mismo tiempo que mi guardaespaldas. Silencioso y obediente, Elías Roque era mi sombra cuando yo venía a España. Los demás días, vivía para su familia, era instructor de artes marciales en un gimnasio del barrio donde vivía, un hombre centrado que se cansó de discutir conmigo sobre estar al mando; yo prefería conducir a ser pasajero.

Quizás, solo quería torturarme con el acto de conducir, corriendo un riesgo mayor de acabar con mi vida.

—¿Está usted bien, señor? —preguntó, analizando mi perfil mientras maniobraba—. Algo le ha perturbado y el olor a tabaco acentúa su nerviosismo.

—¿Tiene un cigarro? Claro que no, usted es el rey de la vida saludable. Tendré que esperar a llegar al hotel.

—Si no quiere hablar, está bien. Solo necesito saber si tengo que estar más atento, si existe alguna amenaza fuera de lo normal.

—Nada de qué preocuparse. Incluso, vaya a dormir con su familia y vuelva mañana a la hora del almuerzo. Yo no voy a salir del hotel.

—No necesito un día libre.

—Pero yo sí. —Aceleré más de lo normal e hice maniobras exageradas; la cercanía de la muerte me volvía imprudente. Elías

puso la mano en el salpicadero del coche y me controlé, no necesitaba llevar a nadie conmigo a una zanja. No necesitaba más en mi rendición de cuentas post mortem—. Estoy esperando que salga una información del abogado. Voy a aprovechar para hacer algunas reuniones en línea por la mañana.

—¿Puedo ser útil en alguna otra cosa? ¿Necesita ayuda el doctor Giuliano?

—Él tiene sus propios métodos para conseguir la información, no se mezcle con él, puede ser peligroso. —Exhalé el aire con lentitud, aquel abogado no era convencional y no necesitaba comprometer a mi guardaespaldas en mis asuntos, por más que estuviera siendo bien pagado—. Vaya a descansar.

—No lo necesito.

—Pero yo le obligo.

—Reciba las gracias de mi mujer, entonces, ella estará feliz.

—¿Y sus hijos?

—Ellos se las apañan. Después de treinta días fuera, mi único interés es mi mujer.

Lo miré de reojo y admiré su amor no solo por la esposa, sino por la familia. Elías Roque tenía la suerte de poseer un patrimonio inconmensurable como aquel. Algo que yo ya tuve, cuando fui hijo; mis padres estaban vivos, mis primos me daban alegrías.

Con cuarenta y dos años, éxito profesional y una sentencia de muerte, la soledad era mi única compañía. No tenía planes de formar una familia, hasta que la mía fue diezmada y yo era el último. El peso de ser el que pondría fin a los Antoniou me hizo tomar

muchas decisiones insólitas, como tener un hijo con una mujer cuyo ADN era compatible y generaría una vida perfecta.

La música sonó en el coche, silencié las reflexiones que me causaban angustia y conduje en silencio; aquella noche sería larga y de insomnio.

Daughtry – Antidote

Natália



Capítulo 5
Natalia

Me desperté decidida a pelearme con el médico, o a poner una denuncia al colegio oficial, pero un encargo a primera hora de la mañana me desestabilizó. Un enorme ramo de flores rojas me estaba esperando en la portería. Dentro de la tarjeta, un texto simple, impactante, que me irritó profundamente, lo suficiente como para que me olvidara de los conflictos más recientes.

"Su presencia es lo suficientemente marcada como para que la eche de menos en un abrir y cerrar de ojos. Pasé demasiado

tiempo planeando este momento. Finalmente, le daré lo que se merece, solo necesito una oportunidad. Soy paciente y apasionado.”

Deduje que era Víctor, debido a las palabras que usó para identificarse; eran las mismas que utilizó en nuestra discusión, cuando pedí el divorcio. Paciente y apasionado. Sumiso.

Él no tenía derecho a mandarme flores, cuando pasamos tanto tiempo juntos y no me había regalado nada de esa forma. Ni siquiera en nuestro aniversario de boda; él siempre decía que juntaba dinero para nuestros viajes de vacaciones. Era algo a lo que yo me había amoldado a él, prefería valorar el día con pequeños detalles que acumular en un momento que representaba más el descanso el uno del otro que la valoración de mi presencia.

A pesar de saber de su promesa de intentar reconquistarme en nombre del amor que construimos durante años, yo estaba firme con el divorcio, con mis planes para el futuro, mi nuevo comienzo.

Yo ya había tomado la decisión difícil, no daría marcha atrás.

Opté por ir más temprano al gimnasio, descargar mi furia con carrera y levantamiento de pesas. Volví a casa, tomé una ducha fría y me fui a mi primer compromiso del día, mostrar tres inmuebles a un cliente pesado, exigente y al que le encantaba sacar mil y un defectos. Tendría que esforzarme el doble para no decir alguna tontería y perder la venta, que estaba garantizada, si no me dejaba afectar. Esto significaba que tendría menos tiempo para pensar en las cosas que no podía controlar.

Mientras trabajaba, me había olvidado de las flores, del encuentro de la noche anterior, y de la petición absurda sobre tener

un hijo. Mi sueño por la maternidad aún estaba vivo y latía en mi interior, principalmente cuando veía a una embarazada, un bebé o una familia, pero el ajetreo del día a día desviaba mi foco.

Era de esta forma que yo sobrevivía en los últimos años y estaba determinada a cambiar.

Era media tarde cuando paré para almorzar. Elegí un restaurante donde los empresarios solían ir, al que hacía tiempo que no iba, por sentirme culpable por tener una comida lujosa sin mi marido. Nunca más me privaría de vivir algo por lo que el otro pudiera pensar o por dar una buena impresión.

El Restaurante San Marino era ideal para hacer contactos, estaba en la terraza de un edificio comercial. Varias veces había conseguido encontrar un nuevo cliente, algo que necesitaba en el momento. Conocía a uno de los dueños y al gerente, por haberles ayudado a encontrar aquel inmueble donde estaban operando y prosperando.

Estacioné el coche en el subsuelo del edificio, fui hasta el ascensor y apreté el botón del ático. El Restaurante San Marino estaba en varias ciudades y una de las características de aquel establecimiento era estar ubicado en uno de los puntos más altos de la ciudad.

Subí sola hasta la última planta, prescindí de la recepcionista y fui hasta la larga barra. Por estar sola y querer socializar, sería más fácil en aquel lugar que en una mesa.

Me senté en el taburete alto, a dos asientos de distancia de un hombre vestido de traje. Estaba de lado, probablemente mirando la gran televisión que exhibía un videoclip musical. Su espalda

estaba girada hacia mí y algo familiar me animó; quizás lo conociera y podría hacer un contacto.

Intentaba no dejar mi lado vendedora activo en todas las ocasiones, pero era imposible; yo vivía para negociar inmuebles y cualquier otra cosa que la gente quisiera. Era común que yo facilitara ventas de coches, electrónicos y otros productos exclusivos.

—La carta, por favor —pedí al barman cuando me miró.

El hombre a mi lado se giró bruscamente, y contuve la respiración cuando lo reconocí: era Damian Antoniou. Él también demostró sorpresa; las cejas levantadas y la boca abierta indicaban que no fue un encuentro a propósito, como el día anterior.

Con mucha claridad, era posible ver sus ojos claros, el pelo bien peinado con tonos grises y rubios acentuando su edad madura, la barba que crecía le daba un encanto. El chico inseguro y retraído se había transformado en un hombre tan hermoso, que me causaba vergüenza admirarle durante demasiado tiempo. Debería tener mi edad, seguro que iba al gimnasio o practicaba algún deporte, debido a que el traje estaba tirante en algunos puntos, donde tenía músculos.

—Aquí tiene, señora. —El empleado del restaurante llamó mi atención con la carta en un libro de cuero. Lo cogí, forzando la sonrisa e intentando ignorar a quien estaba a mi lado—. ¿Algo de beber?

—Un agua con gas, hielo y limón exprimido, por favor.

—Hola, Natalia. —Él me encaró, pero yo seguía concentrada en la carta, decidiendo si me iba o no—. ¿Está todo bien?

—Sí —respondí, secamente. Me mordí la lengua, porque debería haberme mantenido callada, si no deseaba continuar la conversación del otro día.

—Yo...

Percibí, por mi visión periférica, que Damian salió de su asiento y otro hombre llegó. Se saludaron con un apretón de manos, después una palmada en la espalda, amigable. Volvió a sentarse, en ese momento, acompañado de alguien y comprobando que no tenía nada planeado; el universo conspiró para que nos encontráramos, a pesar de nuestros compromisos personales.

Giré el rostro de forma discreta y mi corazón dio un salto emocionado, al percibir que Dante Vasconcelos estaba allí, en el mismo restaurante. Yo lo conocía, porque había trabajado en su equipo en el Hotel Reynalds, pero nunca tuve contacto directo con él.

Hace poco tiempo, supe que abrió su propio negocio, estaba construyendo hoteles, edificios residenciales y otras promociones que yo podría vender. Estaba en mi lista infinita de cosas por hacer, pero siempre quedaba relegado, porque el ajetreo del día a día me dominaba.

De la misma forma que el sueño de tener un hijo fue pospuesto.

La percepción de que fui engullida por el trabajo y estaba dejando de lado cosas valiosas me emocionó. Volví a prestar atención a la carta, pedí mi risotto de parma al barman que trajo mi bebida y me perdí en el autojuicio.

Yo solo estaba cosechando lo que sembré. Ansiaba tener un matrimonio feliz, dinero abundante, prestigio, éxito profesional, y me quedé ciega para tantas otras cosas que deseaba. Faltaba poco para conseguir comprar otro coche y llevar un divorcio tranquilo, pero si no salía, conocía gente nueva, tenía una vida más allá de lo profesional, nunca conseguiría ser madre.

Nunca encontraría mi realización personal, por muy increíble que me sintiera después de recibir una generosa comisión.

—¿Natalia? —Damian llamó cauteloso. Me di cuenta de que miraba hipnotizada la pared y no escuché el resto de cosas que dijo.

Parpadeé varias veces antes de encararlo, completamente perdida sobre qué decirle al hombre que había hecho la propuesta que cambiaría todo en mi vida.

Que, de una manera torcida, resolvía un fallo grave en mi trayectoria.

¿Estaría la propuesta aún en pie?

¡Dios mío, qué decía ese pensamiento sobre mí!

—¡Natalia! —Dante salió del taburete y se acercó a mí, con la mano extendida para un saludo formal. El hombre era serio, imponente y tan guapo como el otro, que parecía tocarme, de lo intenso que era su escrutinio sobre mí—. Trabajamos juntos en el Hotel Reynalds, ¿verdad? Estaba usted en el equipo de Marta, que cerró acuerdos con otros hoteles más pequeños, del interior.

—¿Se acuerda de mí?

—Tengo buena memoria. Es una cualidad y un tormento, a veces.

Tragué saliva, trastornada porque tenía delante la oportunidad de mis sueños, pero que iba a rechazar, incluso antes de que empezara. Salté del taburete, lo saludé con educación al mismo tiempo que negaba con la cabeza.

—Damian me estaba diciendo que usted es agente inmobiliaria, una de las mejores en el sector. Necesitamos hablar e incluirla en este proyecto. ¿Su teléfono sigue siendo el mismo?

—Sí, pero...

—¡Genial! Tengo una propuesta que hacerle, vamos a concertar una reunión.

—No.

—¿Qué?

—No quiero. Tengo que irme.

Me giré para irme, anduve la mitad del camino para salir y recordé que no había comido, ni pagado la cuenta. Miré por encima del hombro, Damian hablaba con el barman, el chico asentía con la cabeza y retiró mis cosas de la barra, mientras Dante volvía a su asiento.

¿Iba a pagar mi cuenta? No me importaba, estaba confusa, revuelta por todos aquellos pensamientos, necesitaba volver a casa y esconderme para no pasar vergüenza una vez más.

Necesitaba rehacer mi lista infinita de actividades y priorizar lo que realmente importaba, por encima del trabajo que se estaba mezclando con mi vida personal.

Natália



Capítulo 6

Natalia

Tumbada en mi sofá, comiendo palomitas y viendo mi serie de confort, ignoraba las notificaciones de mi móvil. Me había desconectado del mundo, había tocado fondo y me había sumergido en la miseria que yo misma había creado.

Haber desechado una gran oportunidad, en nombre de mi realización personal, me afectó de muchas maneras. Hizo que me acordara de mi madre, que vivió la vida cuidando de sus hijos, como ama de casa, haciendo chapuzas de cocinera para complementar los ingresos, sin nada fijo, mientras mi padre salía a trabajar y nos

dejaba de lado. Crecí con la idea de que solo sería respetada si yo hacía lo mismo que mi padre.

No sabía nada, el pasado no era blanco y negro, mi percepción sobre los hechos estaba cambiando, porque en ese momento, el trabajo no lo era todo en mi vida. De hecho, yo ya había conquistado lo que el dinero podía comprar, faltaba lo que estaba por encima de él, superior a todo.

Llené mi mano de palomitas, me las llevé a la boca y mastiqué sin sentir el sabor. Cambié la alimentación, no tenían sal, ni mantequilla, ni siquiera percibía el maíz; era solo una sensación de vacío en mi lengua.

Mi móvil sonó, desistí de ignorarlo y miré la pantalla, estirando mi cuerpo para verlo en el suelo. Número desconocido y posible spam, no me molestaría en bloquear uno más. Rechacé la llamada, lo desbloqueé y lo levanté, para abrir la aplicación de mensajería y ver el desastre que hice con mi día.

Muchos mensajes, de colegas, clientes y... un desconocido muy sospechoso. Por lo poco que aparecía del texto, sabía que era Damian Antoniou.

Damian>> Hola, aquí es Damian Antoniou. Me tomé la libertad de coger su número con Dante Vasconcelos, ya que él lo tenía en sus contactos. ¿Está todo bien? Salió del restaurante un poco enfadada.

Damian>> Me quedé preocupado, simplemente. Cuando pueda, deme noticias.

Apreté el botón de llamada de voz, sin pensármelo dos veces. Me puse el aparato en la oreja y encaré el techo, para nada en específico.

—Hola —contestó, tranquilo.

—Sí, estoy bien. Todavía no me puedo creer que nos encontráramos en el San Marino. ¿Otra coincidencia?

—Se lo juro, de verdad que no lo sabía.

—¿De la misma manera que encontró mi expediente en el ordenador de mi médico?

—Parece absurdo, pero sí, también. —Respiró hondo—. Yo buscaba a alguien que deseara tener un hijo, que fuera compatible conmigo y pudiera aceptar mi propuesta movida por el deseo de la maternidad.

—Entonces, tiene otras opciones. ¿Ya contactó con todas?

—Solo con usted, Natalia. No busco a ninguna otra, una vez que la reencontré.

—¿Su infancia fue tan mala como para que aquel día se volviera tan importante? El bullying deja marcas, lo sé, pero hoy es usted rico, guapo, tiene el mundo a sus pies. —Levanté la mano para señalarlo, como si estuviera a mi lado.

—El mundo menos usted. —Soltó una risa tranquila—. ¿Está pensando en mi propuesta?

—¿Será por medio de FIV? ¿Fecundación in vitro?

—Sí, pero.. **.**

—Es más coherente, ya que no nos conocemos. Hasta hace unas semanas, yo estaba casada. No estoy lista para tener una

relación de nuevo, y menos con alguien que está dispuesto a formalizarlo todo en un contrato.

—Al oírla hablar, parece tan distante de la realidad.

—Por supuesto que sí. Sabe usted que el procedimiento puede no funcionar. Que es caro e implica muchas cosas.

—Por eso hice las pruebas antes de hablar con usted. No perturbaría su vida si no estuviera seguro de que usted es la adecuada.

—No soy perfecta. Y también dejé de defender a extraños, no soy la misma de aquella edad.

—Está bien para mí. ¿Va a aceptar? —El tono de esperanza hizo que mi cuerpo se erizara y me senté en el sofá antes de responder:

—¿Por qué necesita un hijo?

—Por el momento, solo puedo decir que es necesario un heredero Antoniou. Soy el último de la familia y los parientes lejanos no me interesan.

—¿Quiere dejar la herencia a su hijo? —Puse la mano en mi corazón, impactada—. ¿Para mí?

—Durante la gestación, usted tendrá acceso a una cuenta que le dará recursos suficientes para no esforzarse en el trabajo. Después, los depósitos continuarán sucediendo, para que mi hijo reciba todo el cuidado y la presencia que usted quiera ofrecer.

—Es decir, seré bien pagada para darle un heredero. —Cerré los ojos y solté un resoplido lleno de ironía—. No tiene sentido, Damian. ¿Por qué escoger a una mujer como yo? Sabe que existen

otras probabilidades a tener en cuenta para tener un hijo, puesto que tengo cuarenta años.

—Sus análisis muestran que todo está normal. No tome como regla el prejuicio de la sociedad, usted está bien y saludable.

—Lo sé, pero no es suficiente. Llevo intentando quedarme embarazada cinco años, ¿por qué con usted será diferente?

—Mis recursos van más allá de lo que usted y su marido exploraron.

—Ex. —Respiré hondo y miré el cuadro con nuestras fotos, que todavía no he quitado de la sala—. Él va a volverse loco. Mis padres ni siquiera saben que me separé, estoy esperando que salga el divorcio.

—¿Necesita ayuda? ¿Está dificultando algo? Yo tengo al mejor abogado de la región a mi lado.

—No será necesario, mantendremos la conversación solo entre usted y yo.

—Muy bien, pero sepa que puede contar conmigo. A partir del momento en que usted acepte tener a mi hijo, tendrá acceso a mi equipo.

—¿Se está muriendo? ¿Enfermo? —Negué con la cabeza—. Usted fumaba cuando nos vimos, está en modo destrucción.

—Nervioso es la palabra correcta. Prefiero usar algo que no afecte mi juicio, como el alcohol o una droga ilícita.

—Los parches de nicotina ayudan.

—Nada será suficiente.

—Pero está buscando un hijo.

—Para que él lo haga mejor que yo.

—¿Cómo, si usted no estará presente?

—Sé que su madre dará lo mejor de sí para que eso suceda, sola o al lado de alguien que ella considere digno.

—¿Eso quiere decir que usted no formará parte de la vida del bebé?

—¿Podemos vernos mañana? Yo traeré el contrato y a mi abogado, para despejar todas sus dudas.

—Damian, ¿qué le está pasando? —Mi corazón se encogió al pensar en él con una enfermedad terminal—. Si tiene algo, puede afectar a los espermatozoides. Tendremos un bebé...

—Perfecto y saludable. Pero, si surge alguna otra condición, ya he encontrado un equipo médico para acompañarlo, profesionales que le darán apoyo.

—Para usted todo es fácil de resolver.

—Créame, Natalia, lo es. Solo que no es posible resolver la muerte, todo lo demás, lo arreglo. Lo aprendí de la peor manera.

Yo estaba segura de que tenía alguna enfermedad terminal, que perdió la esperanza y deseaba tener un bebé para entregar su fortuna. Yo sería la tutora, me encargaría de aquella gran empresa, hasta que mi hijo creciera y decidiera qué hacer.

Parecía que estaba caminando sobre un muro alto, mis pies y manos hormiguearon, el estómago sintió un sobresalto similar al de una montaña rusa. Tener un hijo y no necesitar trabajar era un escenario demasiado perfecto para mí.

—¿No irá a ningún análisis? ¿No intentará robar la custodia, peleará conmigo para elegir un nombre?

—Yo no seré un obstáculo, sino el que abrirá caminos. Mantendré la distancia suficiente para que usted haga todo a su manera, siempre que use mi material genético. Si es necesario, firmo el documento donde renuncio a su custodia, pero mantengo la herencia.

—¿Qué le diré al médico? ¿A la gente?

—El bebé es suyo, nadie necesita saber sobre el padre, más aún porque yo estaré en Grecia en los próximos días.

—Nunca he ido a Grecia, ni a otro país —divagué.

—Venga conmigo.

—¿Qué?

—Usted es autónoma, puede permitirse treinta días de vacaciones o más. También puede hacer el procedimiento allí, y luego volver. Yo tengo acceso a los mejores médicos, conocerá varios lugares, le proporcionaré días inolvidables.

—¿Está intentando seducirme?

—Si esa fuera mi intención, sería más fácil. Estaríamos gimiendo en este momento, no conversando.

—¡Arrogante! —Puse los ojos en blanco, pero sonreí ante su respuesta—. Las frases de ligue no funcionan conmigo.

—Ya me di cuenta, con usted, ir directo y ser objetivo es la opción correcta.

—Ni tanto. La última vez, me fui antes de que termináramos la conversación.

—Pero estamos hablando de nuevo.

—Coincidencia del destino.

—Sincronicidad. Será un placer tener su compañía estos días, aunque solo sea para cenar juntos en casa, al final de mi día ajetreado, mientras usted explora la ciudad, haciendo paseos para visitar las construcciones históricas. Venga conmigo.

—No tengo pasaporte.

—Todo se resolverá. ¿Podemos vernos mañana?

—Todavía no he aceptado su propuesta. Pero nos veremos y hablaremos un poco más. Cafetería Ross, en el centro, a las nueve de la mañana.

—Por mí, está bien. Gracias, Natalia.

—No me dé las gracias todavía.

Por más que yo estuviera siendo cautelosa, lo sabía y Damian ya se había dado cuenta. Yo aceptaría la propuesta y pensaría en las consecuencias solo después de tener un resultado positivo en las manos.

Natália



Capítulo 7
Natalia

No dormí bien; la migraña a causa del exceso de pensamientos y la privación de sueño casi me impidieron ir al gimnasio aquella mañana. La gente que iba por la mañana era más silenciosa, pero también la que parecía tener la vida resuelta. ¿Esconderían también sus dudas y problemas mientras hacían ejercicio físico?

Tomé mucha agua, elegí la cinta de correr más distante e intenté sofocar la ansiedad con los auriculares.

¿De verdad iba a aceptar tener el hijo de un desconocido?

¿Por qué su dinero, su posición social, me daban consuelo en lugar de asustarme?

Si algo salía mal, estaría en otro país, sola, sin recursos ni apoyo. Pero, analizando mi situación, no tenía a nadie, ni siquiera amigas con las que desahogarme y pedir una opinión sincera, o apoyo moral.

Beyond Disdain, Selene Calder - Everything We Gave

Mientras caminaba y escuchaba música de ritmo impactante, busqué en mis contactos a alguien que pudiera sacarme del pozo. Normalmente, me desahogaba con Víctor, él siempre fue mi hombro amigo, la persona en la que más confiaba. No podía darle esperanza al hombre, que había enviado un regalo más, el cual me negué a recoger en la portería.

Aquella batalla era solitaria y me dejaba afectada, activaba todas mis inseguridades y me dejaba necesitada, hasta el punto de no importarme la opinión ajena sobre criar un hijo sin la presencia del padre.

Yo no sería la primera madre soltera, ni la última, pero sin duda era la única que aceptó aquella situación por libre y espontánea voluntad.

Encontré el contacto de mi antigua psicóloga. Dejé de hablar con ella porque estaba en el ajetreo de médicos, ventas, reuniones para hacer networking. Ella era increíble y no me presionó a continuar con el seguimiento, pero dejó claro que mi rutina, en algún momento, me haría explotar.

No cuidé de mis emociones como le había prometido, me había prometido a mí misma. Dejé que la rutina ofuscara mis sueños y maquillara el camino que yo recorría, ninguno me llevaba adonde deseaba desde el fondo de mi corazón.

Con la mayor cara dura que tenía, osé abrir su contacto y apreté el botón de llamada. La música dejó de sonar en mis auriculares y dio espacio al tono de la llamada telefónica. Lo máximo que podría pasar era no ser atendida o ser rechazada, o sea, parte de la cosecha de mis acciones.

—¿Diga? —Juliana Reynalds contestó, insegura.

—Hola, doctora. Soy Natalia, fui su paciente hace algunos años. Quizás, tres.

—Casi cuatro. Juro que no los cuento. —Soltó una risa tranquila—. Vaya, qué sorpresa. ¿Está usted bien?

—Sí. Quiero decir, más o menos.

—¿Qué fue? Mi memoria está horrible y mi ordenador lejos, pero si no me equivoco, usted estaba intentando quedarse embarazada. ¿Cierto?

—Eso es. Dejé el seguimiento terapéutico porque estaba emocionada con los nuevos proyectos y acuerdos de trabajo.

—No necesita justificarse ante mí, está todo bien. ¿Qué es lo que está "más o menos", que la hizo llamarme?

—No sabía a quién llamar, pedí el divorcio, recibí una propuesta... necesito desahogarme, un consejo. ¿Está disponible?

—Si no le molesta el grito de los niños, está bien. Tengo tres guerreros y una sala hecha de lava. —Ella se rió a carcajadas, dijo algo en otro idioma y luego volvió—. Continúe, la estoy escuchando.

—Prometo que le pagaré y no le robaré mucho tiempo.

—Gracias por la consideración, pero tranquila. Usted necesita una amiga, no una psicóloga.

—Usted no existe, Juliana.

—Comience por el divorcio, Natalia. ¿No consiguió quedarse embarazada?

—No, y fue uno de los motivos para terminar mi matrimonio. —Miré de un lado a otro en el gimnasio, no quería tener público mientras me desahogaba. Paré la cinta de correr, cogí el móvil, mi mochila y salí dando saltitos, en dirección al aparcamiento—. Víctor es maravilloso, un hombre increíble y que merece a alguien que lo haga feliz en lugar de cobrarle algo que él no podía darme. Éramos incompatibles, nunca tendríamos una familia.

—Ustedes ya eran una familia, es usted la que no aceptaba que fuese de esa manera. —Si su intención era darme una bofetada verbal, lo consiguió y me dejó callada. Juliana soltó un pequeño grito, oí voz de niño y mi corazón se encogió, yo también quería aquello—. Es tan bueno salir de la posición de psicóloga y ser solo la amiga que te lanza verdades sin filtro a la cara. Si es demasiado, avise.

—Tiene usted razón —dije secamente, saliendo del gimnasio y llegando al aparcamiento—. Yo tomé la difícil decisión de liberar su vida.

—Y la suya. Su versión de hombre perfecto no es solo ser fiel y buena persona, sino que le dé hijos.

—Sí, principalmente por mí, no voy a maquillar la realidad.

—Está bien, Natalia, eso no la convierte en una persona egoísta o cruel. No se preocupe por la opinión de los demás, ni siquiera de aquellos que pagan sus cuentas, porque con las consecuencias de sus elecciones solo usted tendrá que lidiar. ¿Cuántos años tiene usted?

—Cuarenta. Estoy de acuerdo con usted, pero...

—Siempre hay un "pero". ¡Luna, baje de ahí ahora mismo! Down! Now!

—Creo que ese regaño no era para mí.

—Subir al sofá, está bien, ¿pero al estante? Límites. Pero, no me desvíe la atención, foco en usted. Su divorcio parece bien esclarecido.

—Recibí una propuesta para generar un bebé. Así, como lo estoy diciendo, como si fuera un acuerdo de trabajo o un contrato de colaboración.

—Vaya, qué osado. —Oí su respiración profunda de fondo, aproveché para abrir mi coche, sentarme en el asiento del conductor y dejar la puerta abierta—. ¿Quién fue el atrevido? ¿Ya lo conocía, es un desconocido?

—¡Es alguien de mi infancia, cuando yo tenía ocho años! Pasé una tarde jugando con él, en el club donde mi madre ayudaba en la cocina. Algo tan... remoto. Nunca me habría acordado de aquel día, si el hombre no lo hubiera mencionado.

—Oh, cielos, ahora entiendo por qué me llamó. —La risa tenía un poco de gracia e ironía—. Esto es tan característico de unos pacientes peculiares que tuve. Vamos, Natalia, deme el nombre que le diré si es una locura o una trampa.

—¡Ah! —Me golpeé la mano en la frente y me sentí avergonzada—. Seguro que usted lo conoce, es un gran empresario, usted tiene el apellido Reynalds, como los hoteles.

—¿Será? ¿Cuál es el nombre?

—Damian Antoniou. Creo que tiene algo en Grecia.

—Hum. Solo un minuto. ¡Apolo, por el amor de Dios, va a lastimar al niño! *Stop, right now* !

—¿Está hablando en inglés?

—Sí, actualmente vivo en Estados Unidos. A veces, mi cerebro se buguea y salen los dos idiomas a la vez. Vale, a ver si entiendo, Antoniou le hizo una propuesta para que usted geste un hijo suyo. ¿Pero usted no tiene dificultades?

—Con mi ex, por ser incompatibles. Damian dijo que hizo las pruebas con nuestro material genético; es posible que tengamos un bebé.

—¿Y cómo va a ser? ¿Se van a casar? Matrimonio por contrato, muy típico de esos multimillonarios.

—No, ni siquiera lo conozco, solo hablé dos veces actualmente sobre esta propuesta: tener un hijo. Su confianza en el asunto me afectó, hasta el punto de... ¿seré una loca por aceptar? No tendremos que acostarnos, haremos la fecundación in vitro.

—Usted sabe que no es solo un procedimiento, sino un tratamiento en varias etapas. Tendrá que tomar hormonas, quizás inyecciones y... el dinero que él tiene no se sobrepone a la realidad, que no es ciencia exacta. Y esa es la parte fácil de manejar, lo difícil será cuando ese bebé sea gestado, cuando el vínculo eterno no

pueda deshacerse y usted libre una batalla interna sobre lo que es correcto y el deseo feroz de una madre de proteger a su hijo.

—Usted tiene toda la razón. —Cerré los ojos y puse una de las manos en el volante, para sostenerme. Yo estaba necesitando aquel tirón de orejas, la dosis de realidad para que huyera lejos—. Me estoy volviendo loca, Juliana. Si consideré aceptar, fue por inmadurez y carencia. Mi divorcio todavía está reciente, tener cuarenta años me hizo repensar tantas cosas. Me cansé de complacer a los demás, necesito pensar solo en mí.

—Exactamente eso, Natalia. No escuche ni a mí ni a su conciencia, sino a su corazón. Quedarse embarazada de un hombre que apenas conoce es lo que más sucede en nuestra sociedad, la diferencia en su caso es que usted lo está eligiendo, planificado, en lugar de ser inesperado.

—No estoy entendiendo, doctora. ¿Me está incentivando o me lo está impidiendo?

—Le estoy entregando el control de la elección a usted misma, Natalia. Todo en esta vida tiene pros y contras, cualquier decisión que tome, tendrá el lado bueno y el lado malo. No existe la opción correcta, esa es la idealización infantil sobre ser una buena persona, la creencia limitante transmitida de generación en generación, con la intención de impedirle que piense en sí misma.

—¿Cómo así?

—Acepte tener un bebé con Damian Antoniou y asuma las consecuencias. Rechace esta propuesta y asuma las consecuencias. Ambas opciones la llevan por un camino desconocido. Solo queda saber cuál está usted dispuesta a seguir. ¿Cuál de ellas le gustaría

contarse a sí misma cuando todo pase? Porque la vida es pasajera y sí, todo pasa. Pero no es motivo para que tome decisiones imprudentes, solo para que no pierda una oportunidad por lo que los demás vayan a pensar. —Ella exhaló con fuerza—. Vaya, ni yo sabía que necesitaba escuchar esas palabras. Gracias por la provocación, Natalia.

—¿Qué haría usted?

—No haga eso. —Ella se rió.

—En serio, necesito escuchar más.

—Le está preguntando eso a alguien que firmó un contrato de matrimonio, para fingir ser solo una prometida, mientras estaba embarazada de ese mismo hombre, que no quería involucrar sentimientos. Yo no soy un parámetro; tuve suerte de que Cameron Reynalds fuera quien es, tan increíble y maravilloso como solo él.

—Damian Antoniou podría ser así también. A pesar de que no pretendo involucrarme, yo solo quería tener un hijo, ser madre.

—Todo puede suceder. La cuestión es, ¿va a pagar el precio?

Recibí aquella pregunta como una provocación, alguien que dudaba de mi capacidad de correr riesgos, de volar lejos. Si, para realizar mi sueño, necesitaba salir de la zona de confort, era lo que haría.

—Ya pasé demasiado tiempo siendo cautelosa, navegando en aguas tranquilas. Sé cómo funciona lo tibio, la rutina perfecta, quiero intentar lo insólito.

Natália



Capítulo 8

Natalia

Entré en la Cafetería Ross, dos hombres se levantaron en una mesa del fondo. Aquella era una franquicia maravillosa, que combinaba bebidas, comidas y un espacio innovador para la lectura. Tenía algunos libros físicos, pero el diferencial eran los lectores digitales, que daban acceso a miles de libros en varios idiomas.

Encaré a Damian Antoniou y fue imposible no sonreír, aunque fuese una respuesta automática de mi cuerpo a su presencia. A su lado había un hombre con traje y corbata, más bajo,

pero no menos atractivo. Me estaba gustando darme cuenta de la belleza, admirar a las personas, por sentirme libre.

Pasé por las mesas, por la gente y extendí la mano para un saludo formal cuando me acerqué a los dos.

—Ustedes llegaron temprano. —La palma de Damian en la mía me afectaba y yo no podía seguir mis emociones, necesitaba todo mi lado racional para no caer en una trampa—. Hola.

—Buenos días, Natalia. Él es Giuliano Camargo, mi abogado aquí en España.

—Mucho gusto —el hombre me saludó formalmente, más breve y menos impactante que el otro—. Estoy aquí para despejar sus dudas y leer el contrato junto con ustedes.

—No es necesario, puedo hacerlo sola. —Tiré de la silla, puse el asa de mi bolso en el respaldo y me senté. Los dos me acompañaron, estaban frente a mí. El nerviosismo me invadió cuando miré de uno a otro, con las manos unidas encima de la mesa —. ¿Ya han pedido algo de comer?

—No, la estábamos esperando. —Damian levantó la mano y rápidamente el camarero se acercó.

—Hay que pedir en la barra. —Me anticipé a la orientación del empleado.

—No se preocupe, él nos hará una gentileza. —La mano del griego tocó la mía de forma cariñosa. —¿Qué va a querer? ¿O necesita la carta?

—Café solo y un pan de queso integral. —Respiré hondo y miré al chico simpático que nos atendía—. Yo no sabía que ustedes hacían atención diferenciada para los clientes.

—No la hacemos, pero el jefe lo mandó. —El joven escribió en un papel improvisado y el frío impactó en mi piel, a causa de que la mano de Damian se alejara de la mía.

—El dueño ya fue cliente mío. —Giuliano hizo su pedido, parecido al mío—. Yo fui quien pidió este apoyo, para no interrumpir nuestra conversación.

—Muy bueno tener influencia. —Escondí mis manos y las dejé sobre mi regazo; estaba nerviosa. Me centré en el abogado, encararlo era más fácil que a Damian—. Entonces, ¿cómo es posible formalizar una propuesta que involucra un bebé y padres que no tienen una relación?

—Todo es susceptible de hacerse a través de un contrato. La cuestión son las consecuencias del incumplimiento, por ambas partes. Lo que se pierde o se deja de ganar.

—Dinero.

—Está incluido, pero no es la única recompensa.

—¿Y si hago mi parte y aun así no sigue como lo acordado? ¿Cómo exigir el cumplimiento del acuerdo?

—¿Qué cree que puede salir mal, Natalia? —Damian inclinó la cabeza y consiguió mi atención—. No pretendo hacerle daño ni perjudicarla. Incluso lo que no esté estipulado en el contrato, si usted lo pide, lo haré.

—Mi mayor preocupación es tener que pelear con usted en los tribunales por la custodia del bebé. —Disminuí mi tono, para no llamar la atención—. O tener que hacer mucha terapia para administrar un padre que se entromete en la vida de la

mi familia, porque entendí que usted no quiere estar presente, está dispuesto a entregar una herencia, pero eso puede cambiar.

—No va a cambiar.

—¿Quién puede garantizarlo? —Levanté la mano por encima de la mesa y apunté con la palma al abogado—. Ni siquiera él puede.

—Sí, yo puedo, porque no hay discusión cuando una de las partes no existe.

—¿Es eso? —Me incliné hacia adelante—. ¿Usted está enfermo, va a morir y quiere dejar un heredero?

—No queda nadie de mi familia viva, solo parientes lejanos que tienen menos conexión que nosotros dos, que acabamos de reencontrarnos.

—¿Qué tiene? —Respiré hondo, conmovida por la historia no contada.

—No sienta pena por alguien que desea un hijo de forma egoísta.

—Yo veo más de lo que a usted le gustaría estar mostrando.

Me recosté en la silla, nuestro pedido llegó y aproveché para comer; no me había alimentado después del gimnasio. El abogado cruzó una mirada discreta con Damian, él negó con la cabeza y fingí que no percibí la conversación silenciosa entre los dos.

—Si usted lo considera necesario, podemos hacer un documento de custodia integral del bebé para usted. Eso no la exime de los deberes, la cuenta con los valores sugeridos mensualmente

continuará siendo válida. —El abogado tomó un sorbo de su café, mirándome.

—Yo no tengo interés en formar un vínculo con el bebé —soltó Damian, forzando seriedad.

—Si usted cree que eso depende de su voluntad, entonces no es tan inteligente como imaginé. ¿Quién está detrás de su éxito? —Levanté la barbilla, desafiándolo.

—Un muerto no exige una segunda oportunidad.

—¿Quién es el médico desconsiderado que controla su tiempo de vida? No importa lo que usted tenga, todavía es posible encontrar una alternativa.

—Entrégale la copia del contrato, por favor —Damian le pidió al abogado, que dejó de comer, se inclinó, cogió la carpeta que estaba en el suelo y sacó las hojas grapadas—. Sé que no soy digno de su confianza, pero hablo en serio cuando digo que atenderé todas sus exigencias, aunque no esté en el papel.

—Nadie es tan bueno. —Cogí el contrato y vi mis datos personales en negrita en el papel impreso. ¿Cómo lo consiguió? Lo encaré confusa, hasta que la verdad se aclaró en mi mente—. Usted me investigó, mucho más allá del expediente médico. Toda mi vida.

—Así es, lo hice, de hecho. —El abogado guardó el maletín en el suelo nuevamente—. Nada invasivo, solo lo que está disponible en internet o en servidores no tan seguros, nada de escuchas ni cámaras indiscretas. A mi esposa le gusta decir que yo traspaso límites con principios.

—¿Qué descubrió sobre mí, doctor Giuliano? —Crucé los brazos, irritada, mientras él se llevaba el último trozo de pan de

queso a la boca y sonreía, masticándolo tranquilamente—. ¿Que soy confiable o ingenua?

—La elección correcta. —Damian tocó el brazo del abogado —. Es suficiente. Gracias por su servicio, yo sigo a partir de aquí.

—Tiene mi teléfono en el papel con membrete en el contrato, puede llamarme y despejar cualquier duda. —Giuliano se levantó, estrechó la mano de Damian, después la mía, formalmente —. Con permiso.

El abogado se alejó, dejándonos a solas, no solo con nuestras dudas, sino con todas nuestras emociones en conflicto.

—No quería molestarla. —Su acento se acentuó más, abrí los ojos sorprendida, porque no parecía extranjero—. La investigación más profunda sobre su vida no interfirió en mi decisión. Yo la elegí a usted por aquel día, en nuestra infancia.

Había tantas cosas que rebatir, mucha irritación que desahogar, pero como hacía con un cliente difícil que encontraba mil y un defectos en los inmuebles que le mostraba, opté por cambiar el enfoque. Salir del conflicto principal y conocerlo por completo, más allá de nuestra necesidad de cerrar un negocio.

En el arte de las relaciones humanas, quien retrocedía primero veía mejor. Yo no necesitaba tomar decisiones en ese momento, podía aprovechar y conocer un poco más sobre el multimillonario que deseaba un hijo, porque estaba a punto de morir, según sus creencias.

—Usted es griego, ¿verdad?

—¿Tiene alguna duda más sobre el contrato?

—Sí, esa pregunta forma parte, como todas las demás. —Forcé la sonrisa, pero las ganas eran de replicar con ironía—. Me gustaría saber un poco más sobre el futuro padre de mi hijo, por mucho que no quiera un vínculo emocional conmigo. ¿O eso es demasiado para usted?

—Todo lo que quiera saber. —Se humedeció los labios—. Nací en Atenas, mi madre es brasileña, mi padre es griego. —Tomó un sorbo de su café y me encaró, con toda la intensidad de un posible interés romántico. ¿O sería sexual? Llevaba tanto tiempo sin flirtear, nunca fui alguien que besara a todo el mundo en la discoteca, todo era nuevo para mí, siendo soltera—. Pasé gran parte de mi vida entre los dos países, aprendiendo ambos idiomas, estudiando en dos escuelas diferentes por año.

—¿Tiene un diploma en Brasil y otro en Grecia? —Me sorprendí ante el tamaño esfuerzo que fue para un joven tener que estudiar por dos.

—Eso es. Las faltas de una escuela a otra se compensaban entre sí, siempre que mis exámenes tuvieran más de un ochenta por ciento de aprovechamiento.

—¿Fue así con la universidad?

—Un poco más complejo, porque me gradué en administración en los dos países, más economía en Brasil y relaciones públicas en Europa. No cuento la formación a distancia de ingeniería civil, porque no cogí el diploma, ya que el profesor se negó a aceptar mi TCC.

—¿Qué pasó?

—Él creyó que yo tenía demasiado conocimiento, además de recursos financieros. Yo estaba al frente de Antoniou Promociones sin la ayuda de mi padre y simplemente desistí de pelear por algo que no haría diferencia en mi vida.

—Es decir, trabajar con usted debe ser horrible, porque sabe de todo. O sabe dónde buscar la información.

—Soy exigente con quien está a mi lado, eso es un hecho. —Intentó esconder una sonrisa vanidosa, pero el brillo en la mirada fue imposible—. No sería diferente con la madre de mi hijo.

—Usted es atento y, aunque no lo admita, es romántico. ¿Por qué nunca se casó? ¿No tiene su propia familia? —Mordí mi pan de queso integral, él llamó al empleado de la cafetería y pidió muffins para nosotros, además de reponer nuestro café.

—A pesar de tanta dedicación a los estudios y a la empresa familiar, fui un joven rebelde, tengo algunos errores irreparables en mi historia. Ser solitario siempre fue la elección correcta, hasta hoy.

Natália



Capítulo 9

Natalia

Damian no tenía la intención de hacerme reír, su seriedad demostraba un poco de arrepentimiento por haberme contado sobre su último involucramiento amoroso. Estuvo un mes con la mujer, a la que conoció en una cena de negocios. Un año después, ella reapareció en su vida con un bebé y exigió una pensión.

Después de amenazas e involucrar a abogados, se descubrió que nunca existió embarazo y que el hijo era un muñeco.

Me tapé la boca con la mano para sofocar una carcajada. Imaginé el reportaje sensacionalista en la televisión: "CEO griego

sufre estafa con bebé reborn". Sería trágico si no hubiera confesado que era mujeriego. Era solitario en su vida personal, pero no perdía una oportunidad de fiesta en sus viajes de trabajo.

Me estaba encantando conocer a aquel hombre, no solo por vivir en un mundo diferente al mío, sino también por las semejanzas, por la pasión por el trabajo y por los logros profesionales, que lo convirtieron en un desastre con las relaciones.

—Después de eso, me di cuenta de que me estaba haciendo viejo para encuentros casuales —intentó justificarse, tomando un sorbo de café—. En los últimos siete años, he sido menos activo con las mujeres y me he centrado en los entrenamientos físicos, que me dan el placer y la sencillez que necesito.

—¿Fue eso o el diagnóstico de su enfermedad misteriosa? —Me acomodé en la silla—. ¿Es genética? ¿Tengo que preocuparme de que mi... nuestro hijo tenga lo mismo?

—Existen análisis para evitar cualquier enfermedad genética, nada malo será pasado al bebé. —Él tragó saliva—. Puede llamarlo solo suyo.

—¿No le incomoda ser solo un donante?

—¿Volvemos al tema serio? —Puso el codo en la mesa y apoyó la barbilla en la mano, suavizando el semblante—. ¿Va a firmar el contrato? ¿Vendrá conmigo a Grecia la semana que viene?

—Todavía no lo he decidido. Necesito hacer algunas cuentas.

—Si el problema es el dinero, lo compensaré. No solo con los costes del viaje, sino con las comisiones que ganaría si cerrara negocios.

—Tengo inmuebles por encima del millón en mi radar. ¿Está seguro de que valdrá el gasto?

—Con usted, siempre fue una inversión. —Él sonrió y se recostó en la silla, mirando de un lado a otro—. Voy a tramitar su pasaporte, usted me pasa el importe y la cuenta para hacer el pago.

—Solo estaba bromeando, tengo mis reservas.

—Usted no se va de vacaciones, sino para un procedimiento de fertilización.

—Que podría hacerse en mi ciudad, con mi médico, pero estoy interesada en todo lo que usted está dispuesto a ofrecer.

—Suelo ser prudente y económico, pero usted me anima a hacerlo diferente.

—No hay necesidad de cambiar por mi causa. Los pasajes y el alojamiento son suficientes para mí. ¿Me quedaré en su casa?

—Sí. —Sacó el móvil del bolsillo interior de su chaqueta—. Mi guardaespaldas quedará a su disposición, para traducción, paseos y la visita al médico.

—¿Usted no irá conmigo?

—Prefiero que ningún vínculo emocional sea creado entre nosotros. Para facilitar la ruptura.

—¿Para mí o para usted? —Crucé los brazos, inflando el pecho—. Terminé una relación de más de diez años con un hombre maravilloso, con el que todo iba bien.

—Si realmente estuviera todo bien, no habrían roto.

—Exactamente esa es la cuestión, tenemos muchos motivos para no construir algo. —Descrucé los brazos y suspiré—. Pero

tendrá sentido para el bebé que tenga la presencia de los dos.

—Usted tendrá que ser suficiente. Quizás, ese bebé le ayude a cambiar de opinión sobre su exmarido y vuelvan a estar juntos. —Él levantó el dedo índice y me impidió replicar—. Cuénteme sobre eso, su separación.

—No hay nada que contar, no volveré con Víctor. Cada día que paso lejos de él, me doy cuenta de que somos mejores amigos, no compañeros.

—¿El secreto de la relación duradera no es ese?

—De cierta forma, sí. No peleábamos, siempre lo decidíamos todo juntos, no teníamos secretos ni sueños individuales. Él se restringía para complacerme, y yo hacía lo mismo. De la misma forma que yo no exigía cambios por su parte y él no se entrometía en mis elecciones individuales. Él veía su fútbol, tomaba su cerveza, dejaba la toalla encima de la cama; de la misma forma que yo iba al gimnasio, compraba mi comida saludable y me quedaba hasta más tarde trabajando, sin que tuviera hora para volver a casa.

—Estoy intentando encontrar el problema en todo eso.

—Yo no dependía de él, ni él de mí. Es verdad cuando dicen que el amor no es suficiente, es necesario ser esencial, útil. ¡Nuestra autonomía y comprensión se volvió tóxica, hasta el punto de no tener más intimidad, porque éramos demasiado resolutivos!

—¿Cuántos años tenía él? Porque el hombre no se queda sin...

—A veces, sí se queda, lo resuelve con la mano, viendo vídeos. Las mujeres lo hacen con más frecuencia, pero también

existen hombres que se anulan en pro de algo mayor, que para mí, se había acabado. Yo no podría hacer eso conmigo, ni con él.

—¿Aún lo ama?

—Fue una de las decisiones más difíciles de mi vida y no me arrepiento.

—No me respondió.

—Sí, amo a Víctor, pero no como marido, sino como alguien que formó parte de mi historia, que me proporcionó muchos recuerdos increíbles. No me arrepiento de nada, ni siento que perdí el tiempo a su lado. Quiero decir... los últimos años sí, por eso rompí.

—¿Sería diferente si hubieran tenido hijos?

—Fue por no tenerlos por lo que acabé con todo. Yo quiero una segunda oportunidad, tener algo más por lo que levantarme por la mañana, además de vender inmuebles, realizar los sueños de otros. Estoy dispuesta a hacer lo que normalmente no haría, incluso aceptar la propuesta insólita de un loco multimillonario. —Tomé el último sorbo de mi café, ya frío.

—Será una buena historia que contarle a su hijo. O podrá inventar otra, usted tiene el poder sobre todo.

—Se equivoca.

—Esta será la oportunidad de escoger al padre ideal, o de tener solo un amante. El dinero que se le entregará y los rendimientos de mis empresas le darán poder suficiente para...

—¿Jugar a ser Dios? —Abrí mucho los ojos, agarrándome fuerte al borde de la mesa—. Usted escogió a la madre de su hijo; yo escogeré al hombre que lo reemplazará. ¿Qué hará si vuelvo con

Víctor? ¿Lo investigó también? ¿Cuántas verdades le falta aún por contarme?

—Le conté más de lo que había planeado. —Se pasó las manos por el pelo, nervioso—. Ni siquiera mi guardaespaldas sabía algunas de ellas y él es una de las pocas personas en las que confío.

—¿Tiene usted un guardaespaldas? Usted es una figura pública, hay poca información en internet, yo investigué. ¿Por qué?

—Aun así, hice algunos enemigos. Si alguien me secuestra, ninguno de mis socios pagará el rescate; necesito prevenir. —Bromeó y fingió sonreír—. No gaste energía en eso, usted no será blanco de nada, ni el bebé. Giuliano Camargo es lo suficientemente influyente para mantenerla segura. Podrá continuar anónima o revelar su vínculo con Antoniou Promociones cuando yo muera. Hágalo a su manera.

—¿Qué tiene usted?

—Yo me encargo de eso, usted no necesita preocuparse. Esa es una parte de mi vida en la que no quiero involucrarla. No necesitará tomar ninguna decisión difícil, todo será ligero y tranquilo para usted y el bebé.

—Es decir, va a morir solo, creyendo que a nadie le importa. —Suspiré, resignada. Yo no tenía tanta intimidad para darle un sermón a aquel hombre, que no tenía el control de cómo se sentían las personas. ¡Por Dios, yo ya me importaba por él, por ser el padre de mi bebé! —¿Cuándo sucederá eso?

—Pronto... en cualquier momento. —Respiró hondo y miró más allá de mí—. Necesito un puro. —Se levantó—. Voy a pagar nuestra cuenta.

—Espere. —Lo sujeté por la muñeca, y él me encaró desde arriba—. Tiene tanto dinero, está claro que tiene certeza del diagnóstico. Pero... ¿no hay una décima opinión?

—No hay forma de cambiar mi futuro. Pero será diferente con usted y para el bebé.

—¿Ya ha escogido cómo quiere pasar sus últimos días? ¿Qué le gustaría hacer antes de morir?

Damian me sorprendió, cogiendo mi mano, envolviendo mis dedos y se inclinó hacia adelante para besarme el dorso. Se demoró con los labios en mi piel, activando todas mis terminaciones nerviosas.

—Ya estoy haciendo todo lo que quiero. Gracias.

Se alejó, sin percibir que dejó parte de su corazón en mis manos. Tener un hijo era su último deseo antes de morir.



Capítulo 10

Damian Antoniou

Me quité la camiseta, la arrojé a un lado y moví los brazos, encarando a mi oponente. Mi guardaespaldas estaba tranquilo y preparado para mi ataque, mientras yo sudaba y mis músculos gritaban por haberse esforzado demasiado.

—Puede venir —provocó, levantando los guantes de entrenamiento.

Intenté acertar un puñetazo en la cara, otro en el pecho, en el vientre, pero el hombre se defendía o esquivaba. Arriesgué una patada y supe que la caída vendría; él entrenaba Jiu-jitsu y

fácilmente sujetó mi tobillo, después dio una zancadilla al pie que me sostenía, haciendo que cayera al suelo.

Insulté en griego, Elías se carcajeó.

—De esta manera no quedará nada entero para volver a Grecia. —Extendió la mano para ayudarme a levantar, la rechacé y me levanté solo, contrariado—. ¿Qué le parece hacer un poco de cinta?

—Necesito un poco más de esfuerzo que eso. —Puse las manos en la cintura y miré alrededor. El gimnasio que mi guardaespaldas cuidaba era simple, organizado y acogedor. Me gustaba visitarlo al menos una vez cuando estaba en el país, porque me hacía sentir normal, como si no existiera una sentencia de muerte.

—Que sea la máquina de remo. Cuatro series de cincuenta. ¿Usted puede con eso? —Recibí una palmada fuerte en la espalda, asentí con la cabeza y cogí mi camiseta del suelo del tatami de lona antes de acompañarlo hasta el equipamiento.

Codo con codo, él tiró de la cuerda despacio, mientras yo lo hice con fuerza y velocidad; muchas cosas me incomodaban y estaba desahogándome con ejercicio físico.

—¿Va a contar lo que le incomoda o tendré que molerlo en el tatami de nuevo? Recuerde que necesito saber lo que pasa en su vida para poder protegerlo adecuadamente. —Elías no insistía, esto quería decir que mi comportamiento estaba anormal y él se preocupaba por mí.

—Cuando vuelva a Grecia, usted será designado para cuidar de otra persona aquí en la ciudad. —Jadeé, tirando del remo con

toda mi fuerza de voluntad.

—¿Quién?

—Alguien importante. Le daré detalles cuando sea el momento.

—¿Y cuando usted esté en Brasil?

—Yo no volveré más.

—¿No? ¿Por qué?

—Usted puede rechazar el trabajo, pero espero que no. Solo confío en usted.

—¿Es una mujer? —Él se rió y paró los movimientos para encararme—. Claro que sí, siempre lo es. Finalmente va a sentar cabeza.

—Algo parecido.

—Está bien.

—Será a tiempo parcial y a distancia, no necesita estar lejos de su familia. El sueldo sigue siendo el mismo, con ajustes anuales.

—Si ella va a estar aquí y usted en Grecia, eso quiere decir que no hay una relación. Pero aun así, tiene una conexión con su vida.

—Por eso trabaja conmigo, deduce correctamente. ¿Entonces?

—Cuente conmigo, pero necesitaré un poco más que mis suposiciones.

—Ella podrá contárselo todo cuando vuelva de viaje. —Solté el remo y respiré hondo, perdiendo la noción de la cuenta.

—Ella va con usted, pero volverá sola. Usted complica cosas sencillas, Damian.

—Créame, es lo más sencillo que he conseguido. —Solté una risa e intenté recuperar el aliento, pero solo con pensar en aquella mujer, tenía un fuerte deseo de luchar contra mi destino. Si Natalia me había marcado tanto, ¿por qué no la busqué antes? Grabé su nombre, su rostro, nuestro momento... y la reencontré cuando no sería posible disfrutar con plenitud.

—Eso es lo que pasa por seguir fumando, no aguanta cinco minutos de ejercicio, y mucho menos en la cama.

—Vete a la mierda. —Me levanté, riendo—. ¿Vamos a cenar? ¿El Bar Rústico abre hoy?

—Sí, pero es noche de rock. Estará abarrotado.

—Por mí, está bien. ¿Vamos ahora? Hace tiempo que no como una brocheta. —Me puse la camiseta y me pasé la mano por la frente para limpiar un poco el sudor—. Voy a darme una ducha y a cambiarme de ropa, le veo en el coche.

—De acuerdo.

Fui hasta la esquina donde dejé mi mochila, saqué el móvil y encontré un mensaje que me hizo sonreír. Yo no debería estar animado, ni pensar en besar aquella boca atrevida, tocar su cuerpo lleno de curvas, oír sus gemidos... Pero yo era un hombre en el corredor de la muerte, en busca de apreciar la última comida.

Negué con la cabeza, porque Natalia no merecía mi peor versión. Sería estrictamente profesional y objetivo. Un hijo, mi heredero y nada más.

Natalia>> Entiendo, el mínimo contacto posible. Envíe el enlace y espero información sobre el pasaporte. Si lo prefiere, hablo directamente con el doctor Giuliano.

Damian>> Me excedí en la cafetería. Sé que se enfadó antes. Intenté ser un caballero, pero pareció una invitación a mi cama.

Natalia>> No lo creí. Y si lo fuera, sepa que mi respuesta es no. Las aventuras y los casos de una noche no combinan conmigo. Además, mi foco es otro, por eso estamos firmando un contrato. Usted dejó claro que no quiere tener nada que ver conmigo, ni con nuestro futuro hijo.

Damian>> Usted se merece a alguien mejor que yo, esa es la distancia que quiero mantener.

Natalia>> Estoy de acuerdo, pero para darme un hijo, usted cumple los requisitos. Somos compatibles solo para la biología, no para la sociedad.

Me sentí el peor hombre del mundo, dando esa impresión a Natalia. Me mordí el labio, a punto de teclear la respuesta, el número de ella apareció en mi pantalla, como llamada. Contesté rápidamente:

—Lo siento —ni siquiera saludé.

—¡Dios mío! —Ella se rió a carcajadas, el ruido de fondo indicaba que estaba fuera—. Estoy sonando tan amargada, Damian. No es nada de eso, culpo al gin tonic que me quitó el filtro.

—El alcohol nos da el valor para decir lo que la razón nos impide.

—O para hacer algo imprudente, de lo que me arrepentiría cuando estuviera sobria —sonó seductora.

—Esto no va a funcionar. —Mi humor se agrió—. No me llame más. Si necesita algo, hable con Giuliano Camargo, a él le están pagando para lidiar con este asunto.

—¿Sabe qué? ¡Váyase a la mierda, Damian Antoniou! Usted no tiene un corazón, sino una piedra de jabón en su lugar. Debería haber asumido el bebé reborn como suyo, porque es lo más cerca que conseguirá estar de tener un hijo. Olvide lo que dije, borre mi número, desaparezca de mi vida, no firmaré ni una mierda.

Me quedé en shock y no respondí, ella colgó la llamada y mi sangre hirvió en las venas, por muchos motivos. Miré la pantalla del móvil, percibí la aproximación de Elías y me quedé en silencio, intentando entender lo que había pasado, cómo pude ser tan idiota.

—¿Problemas en el paraíso? —Mi guardaespaldas no tenía miedo de provocarme. Aturdido, entré en modo líder bombero, para apagar incendios.

—Rastree el número de Natalia. Está borracha, irritada y necesito arreglar las cosas entre nosotros.

—¿Quién es Natalia?

—La mujer a la que usted mantendrá segura en mi ausencia. —Le entregué el móvil—. Yo voy a ducharme, cuando vuelva, quiero tener su ubicación en el GPS.

—Sí, jefe.

Anduve a pasos largos en dirección al baño, respirando hondo, con sangre en los ojos y determinado a mostrarle a aquella mujer que no se jugaba con el temperamento de un griego.

Natália



Capítulo 11

Natalia

Yo era débil para las bebidas y no debería estar bebiendo fuera de casa. Sabía de las consecuencias, que tendría que llamar a un conductor de aplicación para irme y después, volver a buscar mi automóvil abandonado. Algo que nunca hice en mi adolescencia y juventud, pero que hacía aquel día, porque estaría realizando el sueño de la maternidad de la manera más insólita del mundo.

Un contrato, fecundación in vitro, una gestación y posparto sin la presencia de un padre. Sería madre soltera por elección, sin relaciones amorosas para mi futuro, solo trabajo e hijo.

Levanté las manos, sacudí la cabeza y bailé entre desconocidos. La música sonaba alta, no conseguía oír mis pensamientos, pero sentía la rabia, la desesperación, el miedo al futuro.

Soul's Crys - Beyond the Line

La llamada a Damian estaba borrosa en mi mente, sabía que había insultado al CEO griego, pero me disculparía al día siguiente, culpando al alcohol en mi sangre. Sería también una prueba, si de verdad era especial, o me había escogido porque actuaba demasiado comprensiva.

Moví las caderas sin vergüenza, giré e intercambié miradas con muchas personas que claramente eran más jóvenes que yo. Entre ellos, no importaba la edad, ni mis elecciones, éramos iguales.

Continué bailando, pensando en Damian Antoniou, hasta que él se materializó frente a mí. O era alguien muy parecido, lo vi de lejos, sin el traje y el cabello alineado, los brazos estaban expuestos y mostraban un bíceps más grande de lo que yo había imaginado.

El hombre avanzó entre las personas bailando, su mirada era feroz, acusatoria, atizando la rebeldía que yo siempre sofocaba. Él se detuvo frente a mí, yo continué bailando y aún lo provoqué, dándome la vuelta de espaldas y bailando, fingiendo que no me importaba su presencia.

—¿Usted está bien? —habló alto, cerca de mi oído.

Con las manos hacia arriba, sujeté su cabeza y acerqué nuestros cuerpos. Yo no sabía cómo seducir, pero seguro que era buena observadora y me acordaba de algunas películas que vi. Mi trasero se frotó en su pelvis y tenía la certeza de que moriría de vergüenza al día siguiente, pero no ahora.

Sus manos fueron a mi cintura, cauteloso. Me moví con más presión, me froté como una invitación para que traspasáramos límites, él estaba cada vez más duro.

Cerré los ojos y sentí el deseo, la anticipación, aquel cosquilleo en el estómago que había olvidado cómo era. Por más segura que fuera y bien resuelta, en el fondo, sentía que había un problema conmigo, psicológico u hormonal. Yo no creía en los análisis, pero hinchaba el pecho para decir que estaba bien.

Una mentira que estaba siendo destruida con aquel baile, porque yo no estaba estropeada. Realmente, necesitaba otro compañero, más emoción en mi vida, no una rutina tranquila en la que me había metido.

Me giré de frente hacia Damian, envolví mis brazos en su cuello y sonreí a su fisonomía tensa. Él no quería involucrarse, porque sabía que yo podría volverme necesitada, dependiente de su afecto.

—No se preocupe, nunca mendigaré su atención. Quiero decir... —Solté una carcajada, apretándolo contra mi cuerpo y ganando un abrazo de él. Damian estaba caliente, su olor era único y no tenía perfume de por medio. Volví a bailar, a frotarme y a sentir todas las reacciones de nuestros cuerpos—. Tal vez le pida un favor solo hoy, pero solo porque estoy borracha.

—Hasta hace algunos minutos, me mandó a la mierda.

—Bueno, cambié de opinión, quizás fuera mejor... ir a la mierda. —Escondí mi rostro y lo apreté más, riendo de aquel horrible ligue. Sentí su pecho vibrar y él me acompañó en el vaivén, de un lado para el otro—. Había olvidado lo mucho que el alcohol me quitaba el filtro.

—Y con deseo. —Sus manos se deslizaron por mi espalda, una se quedó en mi cuello, manteniendo mi cabeza muy cerca de la suya, y la otra fue a la parte lumbar, con los dedos abiertos, casi tocando mi trasero—. Usted se merece a alguien mejor que yo, nunca lo olvide.

—Lo sé, pero de la misma forma que usted desea fumar, sabiendo cuánto perjudica su cuerpo, a mí me gustaría una dosis de sexo con la versión adulta de mi primer flechazo.

—Usted no se enamoró de mí, ni siquiera se acordaba.

—En aquella época, yo no sabía lo que era aquel sentimiento, el corazón acelerado y la satisfacción por lo básico. Sí, lo olvidé, tuve otros amores, escogí a un hombre increíble para compartir quince años de mi vida. Entonces, usted vuelve a mi vida y, en lugar de pedirme en matrimonio, solo quiere un hijo. —Cerré la mano y golpeé su hombro—. Le odio.

—Prefiero su desprecio a la declaración de amor. No suelte ese sentimiento. —La mano que estaba en mi nuca fue a mi rostro y aparté mi cabeza para encararlo—. Vamos, voy a llevarla a su casa.

—Todavía no he terminado. —Salí de su abrazo y volví a bailar—. Váyase.

—No. —Su brazo rodeó mi cintura, intentó girarme de frente, y yo lo empujé—. Natalia, usted está alterada.

—Sí, estoy borracha y con ganas de acostarme con alguien. —Sujeté su camiseta a la altura del corazón y no me importó que el hombre fuera una montaña de tan grande. Yo nunca lo intimidaría, pero no importaba, porque la intención no era esa—. Si no es con usted, será con mi ex. Quizás recobre el juicio y vuelva con el único hombre que me complacía de todas las maneras.

—¿Él se acostaba con usted en ese estado?

—Eran los mejores sexos, duraba la noche entera, varias veces. Acuerdo entre adultos, yo confiaba en él. —Sujeté su barbilla, con el pulgar a un lado y los dedos al otro, y acerqué nuestras bocas —. Creo que es por eso que quiere hacer un procedimiento en lugar de la forma tradicional. ¿Tiene problemas para que se le ponga de pie?

La sonrisa pícara que él exhibió me dejó aún más animada. Damian aceptó mi provocación, envolvió su musculoso brazo a mi alrededor y se movió, frotándose descaradamente, mostrando que no había ningún defecto en su anatomía.

Una mano apretó mi nuca, sujetó mi cabeza y cerré los ojos, creyendo que sería besada, pero recibí un mordisco en el cuello, otro en el lóbulo de la oreja y la respiración de él en mi oreja me hizo gemir.

—Usted es peligrosa alcoholizada. —Lamió mi cuello, abrí los ojos e intenté girar mi rostro para besarlo, él huyó del contacto—. Siga provocando, suéltese. Yo cuido de usted.

Se movió de un lado para el otro, conforme al ritmo de la música. Me giró de espaldas, con las manos en mi cintura, y nos meció, unas veces acelerado, otras más calmadas. Bailamos, intercambiamos miradas, exploré su cuerpo... tanto como él el mío. Bueno, yo fui osada hasta el punto de poner la mano en su ingle y sentirlo sobre el pantalón, pero Damian se mantuvo en mi cintura, en la cadera, los muslos y un poco debajo del ombligo.

Perdí la noción del tiempo, algunos recuerdos del baile se perdieron, pero la sensación de placer, de osadía, quedó grabada. Abrazada a Damian, salimos de la discoteca, mientras yo me colgaba de su cuello y besaba su mejilla, en busca de su boca.

—¿Señor? —La voz rígida de un hombre no me impidió seguir pasando vergüenza, implorando atención—. ¿Necesita ayuda?

—No la toque —ordenó Damian y su postura de mando me dejó todavía más envuelta—. Natalia, ¿dónde está su móvil? Voy a poner la dirección en el GPS y la llevaré a salvo.

—¿Promete acostarse conmigo toda la noche? —Conseguí quedarme frente a él, con los brazos en su cuello. Por ser alto, conseguía impedirme unir nuestros labios, manteniendo el rostro erguido—. ¡Míreme! —exigí.

—Su móvil.

—¡Váyase a la mierda! —Lo solté, puse la mano en mi trasero, cogí el móvil y fui a buscar el contacto de mi ex. —No lo necesito a usted. Víctor vendrá a por mí y hará lo que yo quiera.

—¡Ni pensarlo! —Me quitó el móvil de la mano y dio la vuelta a un coche, yo corrí tras él—. Elías, ¿qué hago? ¡Está borracha!

—Creo que es mejor que ella se quede con usted, en el hotel. Yo conduzco.

Me apresuré a interponerme entre el coche y Damian. Puse las manos detrás, hice mi mejor cara de necesitada y él sonrió, manteniendo la distancia con el brazo extendido y la mano en el techo del coche.

—Yo no quiero odiarlo, pero usted está haciendo que eso sea imposible. —Hice un puchero—. Tengo algunas habilidades especiales, no se va a arrepentir.

—Créame, yo también me odio. —Damian puso su cuerpo contra el mío para impedirme saltar encima de él—. Usted me lo agradecerá después.

—Solo un beso, entonces. ¿Tiene usted idea de que ni siquiera recuerdo la última vez que di un beso de lengua demorado? Que si voy a contar con los dedos, creo que la última vez que me acosté con alguien fue hace más de seis meses?

—Su ex puede ser bueno en muchas cosas, pero falló miserablemente en mirarla a usted, como hombre. Qué bueno que se deshizo de él.

Consiguió girarnos, abrió la puerta trasera del coche y entró, yo junto a él, y dejé mi cabeza en su regazo. Con la mano en su ingle y la cabeza en su dirección, mis manos estaban en el aire en señal de rendición.

—¡Natalia!

—No voy a chuparle, sabiendo el riesgo de no tener retribución. Solo estoy cansada. —Di un largo bostezo y me giré

hacia el otro lado, cerrando los ojos—. Me voy a arrepentir mucho de todo esto cuando esté sobria.

—Al hotel, yo cuido de ella —ordenó Damian, acarició mi pelo y mis hombros—. Tardé demasiado en encontrarla.

Con un largo suspiro, me acomodé en el asiento, hice de la rodilla de Damian mi almohada y me entregué al sueño profundo.

Natália



Capítulo 12

Natalia

El dolor de cabeza que me despertó tenía todo que ver con la cantidad de gin tonic que tomé la noche en que decidí firmar el contrato para tener el hijo de un multimillonario y heredar su fortuna, porque él estaba a punto de morir.

Me removí en la cama, mi cuerpo dolía, las sábanas eran extrañas y el olor a café era diferente al que tenía en casa.

Parpadeé varias veces para intentar ver, por haber poca luz, y encontré a un hombre de traje, tomando café en una gran taza, de pie y apoyado en la pared, mirándome.

Damian Antoniou estaba en mi habitación. No, aquí no era mi casa. Los recuerdos del día anterior, de la noche y de la borrachera que agarré vinieron como una avalancha de vergüenza. Gemí y rodé en la cama para quedarme de espaldas, preocupada y molesta conmigo.

—¡Dios mío! Ayer... No diga que...

—No pasó nada de lo que se arrepienta, Natalia. Esté tranquila. —Su voz ronca y seria, de quien no durmió bien, no me animó.

—Pero yo hice algo. —Cubrí mi cuerpo de pies a cabeza—. ¿Por qué tomé licor como si fuera una adolescente, en mitad de la semana? Mi cabeza va a explotar —gimoteé, apretando mi frente contra la almohada perfumada.

—Tome una ducha, tiene desayuno y medicina, si lo prefiere. Yo voy a hacer una reunión online en la otra sala, tómese el tiempo que sea necesario.

—Pero...

Oí el ruido de la puerta, quité la colcha de encima de mí y busqué a Damian a mi alrededor, él se había ido. Abrí brazos y piernas, encaré el techo y dejé mi autojuicio para otro momento, necesitaba recuperar mi dignidad antes de irme.

Ni quería saber lo que había hecho la noche anterior, seguro que dije muchas tonterías.

Salí de la cama, encontré mi bolso encima de la silla de la mesa de dos plazas, con un desayuno abundante encima. Llené una taza de café, busqué mi móvil y miré las notificaciones, nada urgente.

Tomé un sorbo del líquido oloroso, descarté la medicina para curar la resaca y fui al baño, que más parecía una habitación. Volví a mirar hacia atrás, estaba en un hotel de lujo, con derecho a cuadros extravagantes como decoración.

Cerré la puerta del baño, me quedé desnuda y encontré un albornoz suave para usar después. Entré bajo la ducha y dudé al abrirla. ¿Por qué estaba tan cómoda con aquel hombre? Él sería el padre de mi hijo, no tenía sentido mantener distancia física o emocional. Entendía que para Damian era difícil apegarse a algo o alguien al final de la vida, pero era mejor haber vivido intensamente que huir de las mejores sensaciones por el miedo a la ruptura.

Dejé que el agua lavara mi cuerpo, mi vergüenza y masajeé mi frente, para huir de la resaca. Tendría que beber mucha agua y café para que la sensación de haber sido atropellada desapareciera.

Salí de la ducha cuando me sentí un poco mejor y la migraña se había disipado. Me puse el albornoz blanco lujoso y usé el secador de pelo para quitar el exceso de agua. Me encaré en el espejo, sin reconocer a la mujer que estaba allí, tan despreocupada, irresponsable hasta el punto de ponerse vulnerable en un ambiente que no controlaba.

—Para con eso —me reprendí en voz alta, porque antiguos miedos, creencias limitantes y muchas otras cosas que había vencido en mi vida como mujer, estaban volviendo. Lo que la gente pensaría de mí me hizo poner los ojos en blanco—. Nadie paga mis cuentas, al diablo con lo que vayan a decir de mí. Pasé de esa fase hace mucho tiempo y no volveré a ella por un desliz.

Me peiné el cabello con los dedos, me ajusté el albornoz, cogí mi ropa cuidadosamente doblada encima del mostrador al lado del lavabo y salí del baño. La habitación seguía igual, sin sorpresas y segura. Damian no invadiría mi espacio, y por lo poco que recordaba de la noche, yo no lo besé.

Dejé lo que tenía en las manos encima de la cama, fui hasta la puerta de la habitación y la abrí lentamente. Palabras desconocidas sonaron; por la rendija que formé, admiré a Damian de espaldas, andando de un lado para el otro, hablando en inglés y señalando el notebook, que estaba en la mesa frente a él. Aquello era una sala de estar, el hombre no alquiló una habitación de hotel cualquiera, sino un flat.

Me apoyé en el marco de la puerta, crucé los brazos y suspiré, sintiendo el deseo del alcohol todavía haciendo efecto. Él era grande, hablaba otro idioma y tenía el dominio de la situación. No importaba si él solo quería un hijo, que en el contrato estuviera definido que solo el bebé y la herencia importaban, despreciando cualquier involucramiento sentimental. Incluso, tenía la indicación de una profesional para cuidar de la salud mental, en caso de que yo necesitara ayuda especializada para lidiar con el contrato de forma objetiva y racional.

Aun así, por algunos segundos, me permití admirar al hombre, como si fuera alguien que estaría para siempre en mi vida. Imposible no compararlo con mi ex. Yo no lo veía trabajar, perdí la admiración por sus acciones, cuando él prefirió dejar la reparación de un grifo para después, y ni se tomó la molestia de llamar a un fontanero. Irritada, yo misma lo resolví.

Eran pequeñas cosas que marcaban toda la diferencia al final del día. Yo no me sentía atraída solo por la apariencia, o los gestos románticos, sino por la postura de estar en control en cosas sencillas, como una reunión online.

— *That's fine, thanks. I got to go* . —Se quitó los auriculares, los puso encima del teclado del notebook y se giró. Solo le tomó un segundo dejar la sorpresa a un lado y evaluarme de la cabeza a los pies. Fijó su mirada en la mía y respiró hondo, poniendo las manos en los bolsillos del pantalón de vestir—. ¿Está mejor?

—Sí. —Sentí mi rostro calentarse, yo estaba avergonzada de muchas cosas, al mismo tiempo que motivada para actuar con imprudencia una vez más. Yo no quería implorar, no necesitaba rebajarme, sola conseguiría darme placer, pero había empezado aquel camino y quería concluirlo con al menos un beso. —Gracias por cuidar de mí.

—Está bien. —Él dio un paso más cerca y retrocedió, bajando la cabeza—. Espero que su amenaza de no continuar con el acuerdo haya sido solo por el calor del momento.

—Lo fue. Lo siento por todas las tonterías que dije, no las recuerdo todas, pero me conozco, sé que hablo demasiado.

—Sí, mucho más.

—¿Le gustó alguna? —Puse las manos en la cintura y el escote del albornoz aumentó. Miré en la misma dirección que él me encaraba, sonreí y levanté una ceja, atrevida—. ¿Quiere escuchar otras, esta vez, sobria?

—Estamos entrando en un terreno peligroso, Natalia. La privacidad de una habitación de hotel y su desnudez debajo del

albornoz están afectando mi juicio.

—¿No le gusta lo que ve?

—Estoy preocupado por lo que deseo. —Puso la mano en la corbata y se detuvo en el pecho, mirando a la pared—. Por lo que siento y no merezco.

—Ya entendí que usted no quiere involucrar emociones en nuestro acuerdo. Por mí, está bien, podemos tener algo casual, sé que usted también quiere. No voy a enamorarme, yo vine solo por el bebé.

—No es tan simple así. —Él anduvo por la sala y se quedó lo más distante de mí—. Mi guardaespaldas puede llevarla hasta su coche o ir a buscarlo para usted, como prefiera.

—Caramba, me había olvidado de la sensación de ser rechazada. Sí, me voy. —Solté una risa incómoda y entré de nuevo en la habitación para recuperar mi dignidad.

Me incliné en la cama para coger mi ropa y fui empujada con suavidad para acostarme boca abajo en el colchón. Damian estaba detrás de mí, presionando su cadera contra la mía, mostrando que no había ningún rechazo sucediendo.

Mis brazos se quedaron blandos, mis piernas temblaron, él me estaba dominando y mi cerebro se derritió. Ya no pensaba con racionalidad, solo tenía sentimientos y un deseo tremendo dominándome.

—El problema no es que usted se enamore de mí, ni que yo quiera joderla toda la noche para que olvide a todos los hombres que pasaron por su vida y solo piense en mí. Yo no puedo quererla, Natalia, ni usted a mí. No se puede.

—¡Damian! —Cerré los ojos y sentí su respiración en mi cuello—. ¿Cuál es el problema? —susurré, levantando mi trasero.

—No puedo tener esperanza, porque la muerte me encontrará de todos modos. —Su boca encontró mi cuello y mordió. Dio un impulso de cadera contra mi trasero y ambos gemimos—. Ah, Nat...

—Solo un beso, por favor —imploré.

—Así me rompe en mil pedazos.

Él se apartó, gemí frustrada, girando el cuerpo, él terminó de dejarme boca arriba, a medida que abrazaba mis muslos por fuera y me tiraba hacia el borde de la cama. Arrodillado entre mis piernas, su lengua encontró mi clítoris y su boca me besó, de la forma más íntima e intensa que yo podría imaginar.

Me contorsioné, su mano fue a mi vientre e intentó mantenerme quieta. Gemí fuerte, él succionaba, lamía y mordisqueaba mi ingle, causando un fervor interno que me llevó a muchos lugares antes de llegar al clímax. Sujeté su cabello cuando estaba cerca, lo encaré con la misma pasión que él me daba y eyaculé, echando la cabeza hacia atrás, frotándome en su rostro, descarada, completamente descontrolada, hasta el punto de que todo mi cuerpo tembló, relajado, satisfecho como si fuera la primera vez.

De esa manera, hacía mucho tiempo que no me sentía.

Mis piernas fueron soltadas, Damian se levantó, apoyó las manos al lado de mi cabeza y me admiró, con la boca embarrada, con la mirada de quien era un gran amante y tenía mucho más que ofrecer.

Toqué su rostro, él cerró los ojos y suspiró, la culpa pesó entre nosotros, y yo ni siquiera sabía el motivo.

—Tardé demasiado en encontrarla —sonó melancólico.

—Damian...

—Quédese el tiempo que necesite, yo tengo que irme, a resolver los documentos de nuestro viaje. —Él se agachó, besó mi clavícula que quedó expuesta por mis movimientos y dejó que el aire de su nariz acariciara mi piel—. Usted fue magnífica, Natalia.

Sin que yo tuviera el derecho de pedirle que se quedara, lo observé salir de la habitación, oí la puerta del flat cerrarse y miré hacia la nada, sintiendo euforia y depresión al mismo tiempo y sin conseguir reaccionar.

Natália



Capítulo 13

Natalia

Paré el coche en el aparcamiento de mi edificio y suspiré, cerrando los ojos y dejando que la música fluyera. Debería estar criticándome por ser tan impulsiva, pero había una calma en mi pecho, un cosquilleo en el estómago de anticipación tan agradable, que despertó una parte mía que se durmió a causa de la rutina y la responsabilidad.

Neytan - Welcome to my Mind

Negué con la cabeza y salí del coche, recordando que Damian Antoniou tenía fecha de caducidad. Estaba enfermo e iba a morir, algo que contradecía lo bien que parecía, lo saludable. Incluso con poco tiempo, yo sufriría con su partida, pero no lo suficiente como para impedirme vivir algo diferente con él.

Tendríamos un hijo. Tener buenos recuerdos sobre el padre, desde mi perspectiva, formaba parte del paquete, aunque no estuviera estipulado en el contrato. No necesitaba de juramentos de amor o promesas románticas, solo un poco de intimidad, antes de que los medicamentos, la expectativa y mi ansiedad dominaran.

Fui hasta el ascensor y cogí el móvil del bolso, porque una notificación sonó. Ni siquiera contemplé el fallo en la FIV, la confianza de Damian era suficiente para mí.

—¡No lo creo! ¿De nuevo? —me quejé, llamando al ascensor. Él ya estaba en la planta baja, apreté la planta baja y fui hasta la portería, indignada, pisando fuerte en el suelo.

Otro regalo de mi exmarido en la portería. Él necesitaba guardar dinero para pagar al abogado y disfrutar de una discoteca, en lugar de comprarme cosas.

—Hola, señor Manoel. ¡Buenos días! —saludé al portero, que cogió dos bolsas de empresas caras de chocolates y joyas—. Ni se dé la molestia, puede quedarse ahí.

—Buenos días, doña Natalia. Pero...

—Yo firmo el protocolo de retirada para que no estorbe la documentación de ustedes, pero no quiero nada.

—Hay una tarjeta. —El hombre la llevó junto con el libro de protocolo. Cogí el bolígrafo, firmé en los dos lugares indicados y

comprobé la tarjeta blanca con letra bonita, seguramente de la dependienta, no de mi ex—. ¿Tiene un admirador no deseado?

—Me separé. —Fui más dura de lo que me gustaría, le devolví todo a él, que demostró vergüenza—. Haga lo que quiera con eso o tírelo, yo no lo quiero. Y si viene otro regalo, rechácelo, por favor.

—Está bien. —El hombre se quedó aturdido, pero no me contradijo.

Volví a la recepción del edificio, encontré el contacto de mi abogado y esperé a llegar a mi apartamento para enchufar el aparato y llamar al abogado del divorcio.

Como me había duchado y estaba relajada, porque tomé mucha agua antes de irme de la lujosa habitación de hotel de Antoniou, me senté en el suelo al lado del enchufe y me preparé para presionar al abogado.

—Hola, doña Natalia. Estaba a punto de llamarla —Murilo Antunes me saludó con serenidad—. Tendremos que encontrar un nuevo enfoque para realizar la separación.

—¿Qué tramó Víctor ahora?

—Él no quiere separarse, claro. No quiere dividir los inmuebles, ni los coches. Dijo que prefiere esperar a la venta de ambos para manejar solo dinero.

—¡No lo creo! —Puse los dedos en mi frente y suspiré—. Voy a tomar fotos y poner el apartamento a la venta ahora. Conozco un garaje, me ayudará a vender rápidamente.

—Es preciso tener la documentación del tasador, si es posible, de tres lugares, antes de vender, para que él no alegue

precio por debajo del mercado.

—Yo pago la diferencia que él considere injusta, que sea 70 por ciento para él, 30 para mí, necesito cerrar este ciclo de una vez.

—Percibo que algo sucedió. ¿Quiere compartirlo?

—Mi ex me está mandando regalos, algo que él solo hizo al inicio de nuestra relación, ¡y mira tú! Aun sabiendo que me gustan las flores, nunca me dio y acepté su forma de ser, porque él tenía muchas otras cualidades. ¡Ahora que se acabó, me está enviando hasta joyas! —Solté una risa nerviosa, había exagerado en el tono—. Lo siento, Murilo, no quiero desquitarme con usted.

—Está bien, tiene usted razón. Yo conversé solo una vez con Víctor, él parecía un hombre triste, no terco. Puedo añadir ese acoso en el proceso para acelerar algunas cosas.

—Por favor, no use nada de eso contra él. El problema fui yo, quien terminó con todo, aun amándolo. Pero era poco para lo mucho que merecíamos. —Miré al techo y sonreí, acordándome de Damian encima de mí, diciendo que tardó demasiado. —Sé que usted no tiene nada que ver con esto, doctor, pero es cruel y real, el amor no es suficiente.

—Yo pienso diferente. —Él soltó una risa—. Pero no voy a discrepar de usted, la separación está muy reciente y usted todavía no encontró a otra persona.

—¿Cómo piensa usted?

—Soy muy bueno argumentando y puedo hacer que usted vuelva con su ex.

—No hay vuelta atrás. —Suspiré.

—¿Está segura de que quiere oírme hablar sobre sentimientos?

—Un abogado con corazón, su esposa tiene suerte de encontrar una pieza tan rara.

—En realidad, el suertudo soy yo, de que la profesora de ballet de mi hija se haya cruzado con el mío, profesor de Judo.

—¿Usted luchaba?

—Todavía lo hago, en uno de los proyectos sociales que apoyo, junto con Guta, mi segunda mujer.

—¿Usted también se divorció? —Doblé las piernas y envolví mi brazo alrededor, curiosa por saber de la vida de mi abogado. Como él trabajaba en otra ciudad y el internet facilitaba la comunicación, yo era objetiva en todas nuestras conversaciones.

—Sí. La primera se fue porque se sentía atrapada, quería algo más. Teníamos una hija, a la que crié solo por algunos años, hasta que Guta apareció y mi ex volvió. Yo estaba dispuesto a hacer lo que era mejor para mi niña, a abdicar del amor para darle una familia normal a aquella que era la más importante.

—¿Qué hizo usted?

—Guta lo hizo, ella cuida de su hijastra como si fuera su propia hija y hasta permite que la madre forme parte, sin grandes dramas. —Se rió, apasionado—. Le conté todo esto para decirle que el amor solo no es suficiente, cuando no es amor. El cariño, el afecto, el cuidado son importantes, pero cuando es amor, es completo, resolutivo. El amor tiene segundas oportunidades, el amor encuentra solución en el caos, el amor se completa por dentro, no busca fuera.

—Vaya, Murilo. —Contuve el llanto, sus palabras me conmovieron profundamente—. Qué bonito. Yo creo que... estoy de acuerdo. Con Víctor, yo me limitaba, dejaba de hacer o no me quejaba de hábitos que no me gustaban, porque yo respetaba sus voluntades para que las mías fueran escuchadas también. Pero eso nos distanció, el diálogo se perdió en medio de cordialidades.

—Si usted realmente lo amase, con la fuerza del amor saludable y maduro, le diría cómo se siente sin tener miedo de herir sus sentimientos.

—Entonces, él haría de todo para complacerme y no lo haría por sí mismo. Estaba cansada de esa sumisión.

—¿Y usted preferiría que él la refutase y no cambiase?

—¡No! Quiero decir... —Abrí mucho los ojos, dándome cuenta de que no había solución en aquella problemática, yo realmente no amaba a Víctor—. ¡Dios mío, doctor Murilo! ¡Usted es bueno! Si viene un valor extra en la factura, lo pagaré con gusto.

—Considérese una inversión, Natalia. Espero que usted nos visite en algún momento y comparta su conocimiento, o un día de trabajo voluntario, con el CAJA.

—¡Qué astuto, tocando mi corazón de esa manera!

—Todavía soy abogado, no confíe ciegamente en nosotros. —Él hizo una pausa, mientras yo me reía—. Daré seguimiento al divorcio a su manera, Natalia. Si alguna venta ocurre en los próximos días, avíseme, que hago la alteración en el documento.

—Gracias, doctor Murilo. Hasta luego.

Terminé la llamada, pero seguí sentada en el suelo, acordándome de sus palabras, pensando en Damian y en lo

dispuesta que estaba a hacer para estar cerca de él. Claro que el poco tiempo de convivencia facilitaba soñar e idealizar un futuro prometedor, pero había un botón desbloqueado en mí, cuando el asunto era Damian Antoniou. Yo no me preocupaba por su opinión, estaba segura de hablar, hacer y pedir, sin importarme cómo reaccionaría.

Me levanté de un salto, alcé los brazos, hice un estiramiento y, en lugar de empezar a trabajar, me puse ropa de gimnasio y fui hasta la zona común para hacer ejercicios físicos de mi condominio. Tenía mucha adrenalina para mover en mi sangre, para impedirme llamar a un cierto CEO griego.

Viajaríamos juntos, no necesitaba anticipar lo que sería inevitable que sucediera al dividir el mismo espacio por muchas horas.

Natália



Capítulo 14
Natalia

Días después...

Hice una última comprobación en mi bolso, los análisis y los informes médicos ocupaban la mayor parte. Puse la mano en mi corazón, sintiéndolo palpitar fuerte, mi sueño se haría realidad. Damian se esforzó mucho para que no nos encontráramos personalmente en los últimos días. Intercambiamos mensajes, llamadas formales, me esforcé lo suficiente para no demostrar euforia.

Actué como si estuviera tratando con un cliente molesto. Exageré la reacción en momentos puntuales, solo para mostrar que no era sincero, sino necesario. No sé si convencí a Damian, él siempre fue pulcro y directo, su forma mandona me fascinaba, porque yo no tenía ninguna gana de obedecer. Yo no era su empleada, sino la futura madre de su hijo.

Él tramitó el pasaporte en tiempo récord, fui a la entrevista en un horario de encaje, después firmé el contrato digitalmente y se abrió una cuenta de inversión a mi nombre, que aún no consulté, porque yo sabía que afectaría mis emociones cuando viera el valor indecente.

Derivé a todos mis clientes entre mis compañeros de trabajo, la excusa fue que iba a tomar tres meses de vacaciones para resolver asuntos personales. Algunos aceptaron el divorcio como excusa, pero quien me conocía, sabía que ese no era motivo suficiente para parar de trabajar en algo que amaba.

Ajusté el bolso debajo del brazo, cogí el asa de la maleta grande y la arrastré por la sala, en dirección a la puerta. Cuando la abrí, la sonrisa que tenía se borró, al ver a Víctor con la mano levantada, a punto de llamar a la puerta.

—¿Qué está haciendo aquí? —cuestioné, sorprendida.

—¿A dónde va con esas maletas? —Bajó el brazo y frunció el ceño, desconfiado—. Pensé que usted estaba vendiendo el apartamento.

—Lo estoy, mi amigo corredor se encargará de todo. —Forcé mi paso hacia afuera y cerré la puerta, porque Damian ya estaba en

la portería esperándome—. El portero no me interfonó que usted estaba entrando.

—Ese apartamento todavía es mío.

—Pero yo estoy viviendo en él, como si fuera inquilina. Límites, Víctor. Si quiere quedarse aquí, avíseme, que yo me iré a otro lugar.

—¿Qué lugar?

—Problema mío, ¿no? —Apreté el botón del ascensor y respiré hondo para no empezar una pelea antes de mi viaje tan importante.

—¿Avisó a alguien sobre el viaje? ¿Y si sucede algo? Usted sabe que puede llamarme, somos amigos. —Sujetó mi brazo e intentó tirar de mí para un abrazo, pero yo retrocedí—. ¿Nat?

—Gracias por todo, Víctor, pero no, me las arreglaré sola. —Entré en el ascensor cuando llegó, mi ex hizo lo mismo—. Necesitamos romper esos lazos y seguir adelante.

—¿Es eso lo que está haciendo? —Él cruzó los brazos y me evaluó, yo fingí que no me importaba y ni me di el trabajo de responderle—. Su madre me llamó.

—Claro que sí. —Puse los ojos en blanco, recordando el último mensaje que intercambié con ella, que iba a llamarla cuando estuviera más tranquila—. ¿Le contó sobre nuestra separación?

—Que estábamos dándonos un tiempo. Todas las parejas pasan por eso.

—Usted sabe que no es nuestro caso. —Lo encaré, cortante. Víctor tenía la manía de minimizar cosas graves, de huir de la

realidad. Por eso yo tardé tanto en ir detrás de un médico que se ocupa de la reproducción asistida.

—Natalia, necesitamos conversar.

—Usted necesita firmar el divorcio, dejar de mandarme regalos y encontrar una mujer que la ame como usted se merece. No necesariamente en ese orden, solo hágalo. —El ascensor llegó a la planta baja, yo salí y él me siguió. Levanté la mano con una señal universal de alto y levanté la nariz, firme—. Basta, Víctor.

—Necesito hablar con usted, decirle todo lo que no conseguí.

—No hay nada que yo pueda hacer u oír que un terapeuta o un abogado no hagan.

—Pero...

—Está invadiendo mi espacio, estorbando mi día, forzando un acercamiento. —Levanté el dedo índice, cuando vi que la réplica venía—. No manche los buenos recuerdos que tuvimos juntos.

—Usted destruyó quince años en un día. ¡Y ni siquiera me dio la oportunidad de luchar por nosotros, acabó con todo! —Abrió los brazos, molesto. Su acusación acertó de lleno en mi punto débil, porque yo conseguía ver todos nuestros buenos momentos, él no. Ser la villana de su historia dolía... pero dolía más no ser la protagonista de mi vida.

—Una razón más para que usted cierre ese ciclo y viva su vida, lejos de mí. —Me giré, alejándome de él y un sollozo me trabó.

—No, Natalia —soltó, sufriendo, afectado—. Yo la amo, no sé vivir sin usted. Mi vida se acabó.

—Usted está equivocado, es joven, un hombre especial.

—No para usted.

Me acordé de las palabras del doctor Murilo y no me giré para hablar:

—El amor trae solución, no genera angustia y sufrimiento. Lo siento mucho, Víctor. Adiós.

—Fui al médico, yo todavía puedo darle un hijo. Estoy cambiando algunos hábitos, era sobre eso de lo que quería hablar con usted.

Por más que su declaración me afectase, yo arrastré la maleta y contuve el llanto mientras bajaba del ascensor, atravesaba la zona de la planta baja, hasta la portería. Fui a la acera, encontré el coche lujoso de Damian, el guardaespaldas educado que había traído mi coche el día de la borrachera abrió el maletero y me ayudó a guardar el equipaje.

—¿Está todo bien? —cuestionó, yo negué con la cabeza, después asentí; si hablaba, iba a llorar.

Fui al asiento para sentarme. Damian estaba detrás del volante y se giró para recibirme, con una sonrisa contenida. Luego se puso serio, yo desvié la mirada y conté hasta diez, varias veces, para no deshacerme en lágrimas.

No había elección correcta en aquel momento, cualquier de ellas me generaría angustia, extrañeza y dolor.

Dejé de ver bien, porque mis ojos estaban llenos de lágrimas. El ruido de la puerta no me sacó del estado congelado en el que me encontraba, brazos fuertes me rodearon y solté el primer gemido sufrido, sincero y profundo, desde el momento en que decidí separarme de Víctor.

Me giré hacia Damian, acepté su hombro como apoyo, envolví su cuello con mis brazos y lloré, sin importarme que ya no tenía edad para actuar de esa manera, tan infantil.

Lloré, porque escogí una segunda oportunidad con otra persona en lugar de aquel que se sacrificó tanto para estar a mi lado.

Lloré, porque mi ex no era una mala persona, solo que ya no combinaba con mi mejor versión.

Lloré, porque yo quería que todos fuesen felices, que yo fuera buena, pero el precio a pagar era caro. Yo no tenía el control sobre los demás.

Lloré, porque cambié un hombre amoroso y dedicado, que mis padres admiraban profundamente, por un multimillonario que iba a morir y no quería vínculo emocional, solo un hijo.

Cambié lo cierto por lo dudoso

Rechacé la comodidad y acepté la inestabilidad de la vastedad de posibilidades que me esperaba.

KamNox - What We're Running From

Mi llanto fue suavizándose. Me di cuenta de que el coche estaba andando tiempo después, pero luego se detuvo. Mis ojos estaban cerrados y solo sentía el calor de aquel hombre, el olor marcado del griego, sus brazos prometiendo nunca dejarme caer.

Suspiré, la mano de Damian acariciaba mi pelo y sus labios besaban mi cabeza. Abrí los ojos, alisando la solapa de su traje para

esparcir la humedad que las lágrimas causaron.

—Disculpe, estropeé su ropa.

—No hay problema. —Él nos separó, limpió mis lágrimas con los pulgares—. Lo último que yo deseaba era perturbarla de esa manera. Fui egoísta, no hay salvación para mí. Vamos a cancelarlo todo, Natalia.

Lo tomé desprevenido, inclinando la cabeza y uniendo nuestros labios. Nos quedamos así, suave y cálido, hasta que su lengua encontró la mía y nos besamos como si fuera esencial, como el aire.

Me subí a su regazo, una rodilla a cada lado encima del asiento. Nos quedamos a la misma altura, sujeté su cabello con fuerza, deseo y rabia al mismo tiempo, mientras sus manos fueron a mi trasero y me acercaron aún más a su cuerpo, como si fuera posible fundirnos.

Gemimos, mordí su labio inferior, me moví, conforme él continuaba profundizando el beso, deslizando las manos por mi espalda y volviendo al trasero, apretando, necesitado.

Por más que yo fuera un desorden de emociones, aproveché que surgió una chispa de razón y elaboré cómo actuaría después de allí. Damian quería cancelarlo todo, él no podía desistir por algo que no tenía nada que ver con él. Para que el CEO griego volviera al control de la situación, yo tendría que comportarme como si fuera un momento emocional, no que mi mundo estuviera conmocionado.

Su sabor, su lengua, lo que sentía estando tan íntimamente ligada a él, mostraba que mi difícil elección estaba siendo recompensada. Era intenso, pasión y lujuria como nunca había

experimentado con solo un beso. Yo ya estaba obsesionada con su boca entre mis piernas, en aquel momento, deseaba tenerlo por todo mi cuerpo.

Quería tenerlo dentro de mí.

Yo interrumpí el beso, salí de su regazo y limpié mi rostro. Abrí mi bolso, encontré un espejo de maquillaje y usé un pañuelo de papel para limpiar el poco maquillaje que se borró, además del lápiz labial.

—¿Natalia?

—Disculpe, debe ser el SPM. —Me encogí de hombros, teatral.

Guardé todo, miré hacia fuera de la ventanilla y me di cuenta de que estábamos en el hangar. Lo encaré, controlando el llanto y la necesidad de consuelo. —Fue solo un llanto normal, tenemos un contrato que ejecutar.

—No lo fue. ¿Qué sucedió?

—Mi ex apareció, discutimos y me puse sensible. Solo necesitaba unos minutos para procesar los hechos. Soy madura y racional, no un robot. Yo sé mi lugar en todo esto. —Miré sus labios, lo seduje con la mirada y abrí la puerta del coche—. Gracias por el beso, estuvo bien. Todavía no sé cuál de los dos que me dio es mejor.

Salí del coche, con las piernas temblorosas y el corazón a punto de salírseme por la boca. ¿Qué acababa de decir? Estaba fuera de mí, ni siquiera ebria tendría el coraje de algo así.

—¿Bien? —Damian habló, saliendo por la otra puerta. Lo encaré confusa, él se arreglaba el traje y sonreía con ironía—. Bien

—repitió, incrédulo.

—Señor, ya llevé las maletas a la aeronave —el guardaespaldas habló y sonrió para mí, como si supiera más de lo que demostraba—. Buen viaje. Cuente conmigo cuando regrese, doña Natalia.

Asentí con la cabeza, dándome cuenta de que la vuelta de aquel viaje sería solitaria y diferente. Lo importante sería que en mi vientre, yo tendría un bebé y todo habría valido la pena.

Natália



Capítulo 15

Natalia

Pisar el ego masculino no era sabio por mi parte, pero mantendría a Damian lo suficientemente alejado para que yo consiguiera organizar mis pensamientos, elaborara mis emociones y lidiara con un viaje internacional, en un jet privado, del futuro padre de mi hijo, el CEO griego.

Necesitaba repetir, varias veces en mi mente, ¡porque normalicé una propuesta surrealista!

¿Podía volver atrás? No, después de haber despreciado los sentimientos de mi ex.

Sentada en un sillón sola, mirando lo que había en la ventanilla, dejé mi pensamiento volar lejos. Cuando las ganas de llorar vinieron de nuevo, cogí mis auriculares del bolso, puse mi playlist agitada y acompañé el despegue sola.

Shadow Beloved - Heaven Fell

Necesitaba acostumbrarme a aquel sentimiento. Mi futuro sería solitario y extraño, no podía enloquecer a cada momento que percibía aquella realidad. Cuando tuviera a mi hijo, tendría otras cosas en qué pensar, además del trabajo. Aunque Damian me diese la fortuna mensual que él pretendía, a mí me gustaba negociar, vender y ayudar a realizar sueños.

Las nubes y la inmensidad del infinito que era el cielo me trajeron esperanza y una pizca de tristeza. Estaba cansada de tantos altibajos, yo buscaba una vida más ligera y completa. Por lo visto, ninguna de mis elecciones, mantener mi matrimonio o tener un hijo por contrato, me traería previsibilidad.

Sentí una mano grande y firme apretar mi hombro. Gire la cabeza y quité los auriculares, al darme cuenta de que Damian me miraba con preocupación. Yo sonreí y él mantuvo la postura tensa.

—¿Quiere beber algo? ¿Comer? Pedí que los azafatos no nos incomodaran, puede ir hasta ellos en la puerta de ahí delante, o llamarlos con este botón. —Indicó en lo alto de donde yo estaba sentada—. Será un viaje largo, siéntase cómoda.

—Gracias, Damian. Creo que lo asusté en el coche. —Bajé la cabeza, avergonzada, pero no tanto—. No se preocupe por mí, me

gusta estar quieta, pensando.

—Estaré al fondo, usando la mesa para reuniones.

—Está bien.

Él me soltó, un poco reacio, y fue hasta el último sillón. Estiré mi cuerpo para observarlo coger el notebook de dentro de una carpeta, colocarlo encima de la mesa, después ponerse los auriculares. Su mirada encontró la mía y no me intimidé, sonreí en un intento de disminuir su preocupación por mí, pero él se mantuvo serio.

Movió el ratón, después tecleó algunas cosas en el teclado y se centró en la pantalla frente a él. Cuando empezó a hablar en otros idiomas, no solo inglés, volví a mi posición y respiré hondo, imaginándolo usando toda esa confianza entre cuatro paredes.

Toqué mis labios y suspiré, los dos besos habían sido increíbles. El orgasmo después de una ducha para lavar mi vergüenza solo me dejó todavía más audaz, rebelde.

Espié a Damian al fondo de la aeronave, su mirada encontró la mía brevemente y fue como si él me tocase íntimamente. En lugar de lamentarme por todo lo que no iba como yo deseaba y no tenía control de las consecuencias, yo debería sumergirme profundamente en lo desconocido, aquello sobre lo que yo tenía el dominio.

Varios minutos pasaron mientras yo creaba diversos escenarios en mi mente. Espiaba a Damian, pensaba en lo que podríamos hacer después de que su reunión acabara y todo me llevaba al sexo.

Él no se acostará conmigo, sabiendo que yo podría enamorarme o cualquier otra cosa. Dejar claro que yo conseguía

separar las cosas no funcionaría, yo ya estaba completamente involucrada.

En una de mis miradas, encontré un sillón doble que, en el frente, tenía una pequeña televisión. Salí de donde estaba, me di cuenta de que podría tumbarme lo suficiente para dormir mientras veía algo.

Espié el catálogo disponible, encontré solo películas de acción y puse los ojos en blanco ante mi ilusión de encontrar una comedia romántica. Dejé que una de las películas de 007 rodara, recliné los dos sillones y usé los auriculares disponibles en el apoyabrazos para seguir el audio.

Yo nunca había visto aquella, debía ser una de las últimas. "Sin Tiempo para Morir" acabó involucrándome tanto, a causa del agente secreto haciendo de todo para salvar a madre e hija, que al final, yo estaba llorando a mares, por el desenlace feliz y triste al mismo tiempo.

Me senté, doblando las piernas encima del asiento y limpiando las lágrimas. Sorbeé la nariz, admirada de que una película de acción pudiera causarme tanta cosa semejante a una comedia romántica.

—Natalia, ¿qué pasó? —Damian apareció a mi lado, yo me aparté de un asiento y golpeé el sillón para que él se sentara. Su tono era un intento de aliviar el ambiente, pero yo sabía que eso lo incomodaba.

De la misma forma que él intentaba complacerme, por más que no estuviera explícito, yo quería hacer lo mismo. Había tensión

en sus hombros, un cansancio en su mirada que indicaba que lidiaba con más de lo que podía soportar.

¡Por Dios, el hombre iba a morir! Y, aunque él no quisiera, yo podría proporcionarle algunos días cómodos. Sería más fácil si él dijera cuál era su enfermedad, para que yo no acelerara el proceso.

Era divertido sentirme satisfecha al complacer a un extraño, sin esperar nada a cambio, cuando estaba huyendo de hacer eso por mi ex. Quizás, el Doctor Murilo tenía razón, el amor verdadero no sentía el peso de la exigencia, era ligero en cada acción.

Aquello no podía ser amor, solo empatía y admiración por el hombre que realizaría mi sueño, a pesar de su futuro.

—Nada —respondí, sin esconder mi rostro de llanto.

—Espero que las lágrimas sean por la película. Lo que dudo, solo hay películas de acción ahí. ¿Necesita algo, Natalia?

—Relájese, Damian, sino se apegará demasiado a mi persona. Estamos dentro de un avión, a no sé cuántos miles de pies del suelo. Todo lo que me preocupaba se quedó en Brasil. Estoy en modo heredera, riendo y llorando por trivialidades.

—¿Está segura?

—¡Absoluta! ¿Usted ya vio esta? —Señalé la pantalla, relajada, y me incliné para apretar el botón de reinicio e ignorar sus dudas. Yo no había mentido, pero era solo parte de la verdad, mis preocupaciones aún existían, solo se quedaron guardadas bien en el fondo de mi mente—. Yo no sabía que 007 tenía una trama tan compleja y profunda.

—Debe ser la última, creo que no tuve la oportunidad.

—Siéntese conmigo, vamos a verla. —Golpeé de nuevo el asiento, pero él negó con la cabeza—. ¿Aún está en reunión? Qué pena, yo estaba lista para ver todas las que tiene aquí.

—¿Usted no conocía esa historia?

—Sí, vi con mi padre una u otra más antigua, no con ese rubio. —Teatralmente, me encogí de hombros, escogí la primera de aquella lista y apreté el botón para iniciar, después me acosté en el sillón que se hizo cama—. Cuando termine sus cosas, venga a hacerme compañía. En el contrato no hay nada que nos impida conversar, hacernos compañía, divertirnos juntos.

—Usted sabe a dónde puede llevarnos eso.

—No, no lo sé. —Giré el rostro en su dirección, encarando con cinismo, desafiándolo a que siguiera evitándome durante todo ese viaje—. No tenga miedo, yo solo lloro, no muerdo.

—No es... quiero decir, está bien. —Él se apartó, yo me obligué a mirar la pantalla y fingir que no estaba animada con su compañía.

Segundos después, él estaba a mi lado, reclinó el sillón para quedarse en vertical y también se puso los auriculares. Le di un pequeño golpecito en su brazo, sonriendo para provocarlo, él exhaló con fuerza y sus hombros parecían menos tensos.

Me giré de un lado para el otro, mientras veía la película. Emocionada con las escenas, yo hacía comentarios y señalaba la pantalla cada vez que creía que había algo exagerado.

En la escena en que el agente secreto sedujo a una segunda mujer, yo me burlé, porque además de ser imposible que todo

aquello sucediera, me di cuenta de que Damian se estaba divirtiendo.

—Él corre, dispara, golpea, recibe más golpes que un boxeador y ¿aún termina la noche en la cama de la mujer que tenía todo para ser su enemiga? ¿En serio?

—No es cualquier hombre, sino el 007.

—Si fuera una madre, hasta lo creería. Pero ¿un hombre? —Me senté para continuar con la provocación, él se había girado hacia mí.

—¿Está diciendo que una mujer haría creíble la escena?

—Casi. Al final, en lugar de seducir al enemigo, ella solo lo doparía y volvería a casa para dormir. —Incliné la cabeza hacia un lado y sonreí, provocadora.

—¿Ella huiría de la mejor parte de su día, tener un orgasmo?

—Seguramente, tendría un vibrador para atender ese tipo de necesidad. Menos complicaciones.

—Un análisis interesante, no lo había visto desde esa perspectiva. —Se inclinó en mi dirección, su mirada estaba mucho más animada que antes—. ¿Es eso lo que usted piensa?

—¿Sobre la mujer ser una agente secreta?

—Sobre sexo.

—¿Un vibrador o acostarse con un desconocido, corriendo el riesgo de no eyacular al final? —Levanté las manos, formando una balanza.

—Cuidado con su respuesta, porque yo tengo pruebas contundentes de que usted quedó bien satisfecha la última vez que

eyaculó. —Su mano fue hasta una de las mías e hizo peso para que mi balanza invisible se moviera. Su palma en la mía era fuego, él no necesitaría mucho para convencerme de entrar en el baño y usar la estrechez del lugar para continuar donde paramos—. Ni piense en culpar al alcohol, ya había salido de su sangre.

—Sí, yo estaba bien sobria. Aún lo estoy. —Apreté su mano y me incliné hacia adelante, había un brillo divertido en su mirada, que me incitó a continuar con las provocaciones—. Usted sabe dónde queda el clítoris, punto positivo para usted y una parte de los hombres que se tomaron el trabajo de conocer el cuerpo femenino. El gran desafío siempre será el punto G y todos los otros puntos sensibles que nunca nos contaron, necesitamos descubrirlos solas.

—¿Eso es un desafío?

—No emocionarse después de hacer el mejor sexo del mundo es el desafío. —Me puse de rodillas y usé la otra mano para sujetar firme su cabello, él jadeó asustado, pero no retrocedió—. Con usted o con un vibrador, hoy dormiré satisfecha, Damian Antoniou.

Natália



Capítulo 16

Natalia

Antes de que él reaccionara o me despidiera, me carcajeé como si fuera la cosa más graciosa del mundo, salí de mi sillón, pasé por delante de Damian y fingí que estiraba mi cuerpo en el pasillo.

—Me está encantando el viaje. ¿Usted pausa la película por mí y pide algo para comer? Cualquier cosa, solo necesito un minuto en el baño. —Me giré para ir hasta la parte delantera de la aeronave, lavar mi rostro y apagar el fuego que se había encendido con aquella conversación.

No conseguí avanzar, mi cintura fue rodeada por un brazo fuerte, Damian me giró, me sujetó la nuca y enredó mi cabello en sus dedos, dominante, en control.

Levanté la cabeza para encararlo con el mismo atrevimiento de antes, pero mis piernas se ablandaron, porque él estaba exhalando deseo, no solo por la mirada, sino por su cadera muy cerca de la mía.

—Usted no debería provocarme de esa manera. No podemos mezclar las cosas y yo estoy al límite, Natalia.

—¿Estoy haciendo algo mal? —Puse mis manos en sus antebrazos y las deslicé hasta llegar a sus hombros—. ¿Debo cambiar mi forma de ser y comportarme como una de sus empleadas? —Acerqué nuestros rostros, estábamos respirando el mismo aire—. ¿Quiere que ignore esta tensión que hay entre nosotros y busque a otra persona para resolver esto? El resultado sigue siendo el mismo, usted muere, yo seré madre soltera.

—¡Natalia!

—Usted podría estar diciendo mi nombre de esa manera mientras yo me muevo en su regazo. Pero prefiere...

Él me calló con un beso y no reconocí a la mujer descarada que había surgido en aquel momento. Su lengua me castigó, mi cerebro dejó de hacer sinapsis coherentes y mis brazos rodearon el cuello de Damian, para que nuestros cuerpos se fundieran lo suficiente y él no interrumpiera el momento.

Apreté mis dedos en su cabello, mientras sus manos se deslizaron por mi costado, se detuvieron en las caderas y las apretaron, yendo a mi trasero y haciendo lo mismo. Incliné la cabeza

de un lado para el otro, sedienta por su beso, degustando su sabor, como si fuera la primera vez que tomaba un vino.

—Natalia. —Su boca fue a mi cuello, mis manos siguieron a la solapa de su chaqueta para quitársela del cuerpo—. Usted...

—Tengo demasiada ropa y usted también. —Miré de un lado para el otro—. ¿Hay un baño ahí al fondo?

—Un dormitorio. —Se quitó su propio traje y lo dejó en uno de los asientos. Con la mano en mi muñeca, él me arrastró hasta la parte de atrás de la aeronave, el cosquilleo en el estómago por la anticipación me hizo tropezar y casi caer, si no fuera por los brazos musculosos de Damian—. ¿Usted está bien?

—No haga preguntas que no conseguiré responderle.

Pasé por delante de él, abrí la puerta y me encontré con un dormitorio pequeño, pero suficiente para lo que necesitábamos. Me quité las zapatillas, abrí mi pantalón y me lo quité, sin mirar hacia atrás.

Antes de que yo pudiera quitarme la blusa, Damian estaba detrás de mí, sin camisa, abrazando mi cintura, echando mi pelo hacia un lado y mordiendo mi cuello.

Él nos giró en dirección a la cama, caímos hacia adelante, pero no sufrí con el impacto, porque el brazo de Damian estaba extendido, amortiguando la caída. No era un colchón tan suave, era lo suficientemente duro para que nada fuera mejor que la unión de nuestros cuerpos.

En mis espaldas, él alzó mis brazos, tiró de mi blusa hacia arriba y rápidamente soltó el sujetador. Cerré los ojos y me imaginé en la escena de la película de acción, en la que el agente secreto

seducía a la mujer de la que quería vengarse. La atracción habló más alto, la pasión sobrepasó todos los límites y solo la lujuria tenía espacio, tenía fuerza para dirigirnos a un objetivo común.

Levanté el trasero cuando él se apartó, mis bragas no eran las más bonitas, siempre opté por la practicidad y la comodidad. Una dosis de inseguridad me hizo mirar por encima del hombro, él estaba quitándose el resto de la ropa, apurado. Hice una anotación mental para comprar lencería nueva, para robar la atención de aquel hombre.

¿Por qué estaba pensando en una segunda vez, siendo que la primera ni siquiera debería estar sucediendo?

Él sonrió cuando se quedó desnudo y sujetó su miembro, como un trofeo; un trofeo grande, grueso e imponente. Gateé hacia adelante, sus manos afirmaron mis tobillos, arrastraron mi cuerpo más cerca de él, dejando mis pies en el suelo. Su brazo se sumergió por debajo de mí, su mano rodeó mi seno y apretó, sabroso, posesivo.

—Natalia —susurró mientras empujaba y apartaba su miembro entre mis piernas—. Usted estaba en lo cierto. Decir su nombre, en esta posición, es mucho mejor.

—Eso, porque ni siquiera encontró el camino... ¡oh! —gemí, sintiéndolo entrar, llenar, expandiéndose y no solo deslizándose. Él mantuvo mis bragas, pero las empujó hacia un lado, solo lo suficiente para poder conectarnos íntimamente.

—¿Qué estaba diciendo? —Impulsó, yendo y viniendo, cada vez más rápido—. Oh, Natalia, esto es tan bueno.

—Sí. —Levanté la cadera, acompañando su ritmo.

—Tan rico. —Sujetó mis muñecas, alzó mis brazos y nuestros cuerpos hicieron ruido a cada impacto.

Cerré los ojos, sintiendo la presión, el ápice llegando, pero no siendo lo suficientemente fuerte para que yo llegara. A aquel ritmo, él terminaría, y yo lidiaría con mi placer sola, en el baño.

Estaba dispuesta a no volver a hacer aquello. Intenté girarme, Damian invistió aún más, jadeaba por el esfuerzo y acabé desconectándome de la lujuria. Harta de lidiar con el placer de una manera impulsiva y robótica, yo también quería encontrar el ápice, y en aquella posición, no sucedería.

—Damian, espere. —Giré el rostro, él levantó las cejas y dejó de mover la cadera contra la mía—. Yo... Cambiemos de posición.

—¿Cuál? —Sonrió con malicia, entrando y saliendo despacio —. No hay mejor manera de cumplir con el desafío que usted me dio.

—¿Qué?

Fruncí el ceño, perdida en aquella declaración, entonces me acordé del punto G. Yo sabía que formaba parte de la anatomía femenina, que muchas mujeres ponían los ojos en blanco satisfechas con un orgasmo vaginal, pero nunca había encontrado el mío. Y no sería en aquel momento que me daría el trabajo de buscar.

—Ah, Natalia...

Él se apartó, me giró de frente, me quitó las bragas con facilidad y se agachó entre mis piernas. Pensé que caería de boca, pero no, deslizó los dedos por mis labios vaginales, frotó el clítoris con suavidad y sumergió un dedo en mi canal, después dos. Arqueé

el cuerpo cuando sentí una presión placentera, desconocida, dentro de mí.

Puse las manos en mi vientre para impedir que encontraran su cabello o hicieran cualquier otra cosa que parase aquello.

—Aquí. —Damian cogió mi mano, se deslizó junto conmigo entre mis piernas y empujó mi dedo junto con el suyo, dentro de mi vagina—. ¿Siente esta parte rugosa, más sensible, aquí hacia arriba?

Puse los ojos en blanco de placer mientras él no solo me mostraba, sino que hacía que yo sintiera todo el potencial de aquel punto. Él continuó, usó la lengua para frotar mi clítoris y mordisqueó el lado de dentro de mi muslo, uno, después el otro.

—¡Damian! —Jadeé, en busca de aire, controlándome para no eyacular, en lugar de soltarme completamente.

—Por eso es mejor que usted esté de espaldas. Puede confiar en mí.

Mi miedo no era confiar, sino no ser capaz de desapegarme de aquel hombre. Sabía que existiría un cariño especial, por ser el padre de mi hijo, pero como amante, yo elevaría mi expectativa y no me acostaría con nadie más.

¿Cómo podía él saber más de mí que yo misma?

¿Cómo consiguió ver más allá, con tan poco tiempo de proximidad?

Era nuestra primera vez, pero parecía que nos conocíamos desde hacía muchos años.

Me giró boca abajo nuevamente, retomó la danza de los amantes con una mano firme en mi parte lumbar y no paró de meter, rítmico, constante, hasta que yo soltase el control, las

sensaciones y temblase. Gemí fuerte, anunciando un orgasmo poderoso, como nunca había sentido.

Apoyado con las manos al lado de mi cabeza, Damian continuó, gastando toda su fuerza mientras movía su cadera con aún más empeño, jadeando, brotando sudor en su frente, completamente hipnotizado por la sensación que sentía.

Temblo más que yo, el gemido grave reverberó por todo mi cuerpo y cuando se cansó, tomado por el clímax, acostó su cuerpo sobre el mío, sudado, exhausto.

Recibí un beso en el hombro antes de sentir el frío a causa de la ausencia del hombre detrás de mí. El silencio conversó conmigo más de lo que me gustaría, él estaba preocupado por mi reacción y no quería que mezcláramos las cosas.

Me quedé en aquella posición boca abajo conforme él se vestía. Me arrastré para que mi cuerpo entero quedase encima del colchón, él me encaró con una sonrisa de disculpa y se alisó el cabello con las manos.

—Voy a usar el baño de delante y dejar este para usted. Siéntase cómoda, yo conseguiré comida cuando esté lista. Necesitamos mantener el foco en el contrato.

—Entiendo. —Suspiré, resignada—. Aun así, necesito decir, gracias, Damian.

—Sí, yo también se lo agradezco —murmuró y se apartó, cerrando la puerta tras de sí.

Rodé en la cama, me senté lista para recomponerme y sentí, entre mis piernas, mucho más que mis fluidos. Puse la mano entre

ellas y comprobé que nuestro acto había ido más allá del impulso apasionado.

Necesitamos mantener el foco en el contrato.

La constatación de que el sexo no tenía nada que ver con la química entre nosotros activó el juicio en mi mente, que había desaparecido desde el día que pedí el divorcio.

Cuanto más creía que estaba en control de la situación, más me hundía en sueños, esperanza y sentimientos que nunca serían correspondidos.



Damian Antoniou

Capítulo 17

Damian Antoniou

Bajé la escalera de la aeronave después de Natalia y la vi siendo recibida por el guardaespaldas que la acompañaría los días que se quedaría en Grecia. Sujetando su mano como un caballero, él la conducía hasta el coche. Estaba haciendo lo que se había acordado, pero algo dentro de mí se retorció de una manera que me dio ganas de luchar, insultar y exigir que el macho se mantuviera lejos. Lo que era completamente irracional, ya que yo no tenía nada con aquella mujer, no podía, era solo un medio para un fin.

—Bienvenida a Atenas.

—Gracias. Qué bueno que usted habla portugués, porque me olvidé de estudiar el básico de griego. —Natalia se rió, suave y encantadora, haciendo que mi guardaespaldas la encarara con admiración.

¡Deje de mirarla de esa manera! Grité en mi mente, pero por fuera, yo fingía tranquilidad, ajustando el paletó.

—Conduzca —ordené, acercándome a los dos, que iban a sentarse detrás, demasiado juntos para mi gusto. Normalmente, yo asumía el volante, pero no con Natalia cerca de otros.

Ese era un pensamiento mezquino y problemático, pero no me importaba, nadie sabía lo que pasaba por mi cabeza. Aquel hombre era de confianza y mi empleado, yo mandaba, él obedecía.

Abrí la puerta del coche para que Natalia entrara primero, la sonrisa que ella distribuyó a mi guardaespaldas se transformó en sequedad, al darse cuenta de que nosotros dos nos quedaríamos juntos.

—¿Usted está bien? —pregunté, sabiendo la respuesta, sintiendo la misma confusión de sentimientos después del sexo más increíble que ya hice. Debería ser la inminencia de la muerte, todo parecía ser vivido intensamente, cuando yo debería estar desconectado de la realidad para no desear vivir. Yo no podría revertir mi sentencia. Nos sentamos lado a lado. Giorgos giró el rostro hacia atrás, me hizo un gesto en señal de respeto y sonrió a Natalia.

—Si quiere, puedo anotar los puntos turísticos más bonitos para que los visitemos durante los días que usted esté por aquí.

—Después. Por favor, encienda el sonido del coche. —Mi intención era cortar la interacción de los dos delante de mí. Yo no soportaría ver a Natalia siendo amigable con un posible amante, que ella me cambiaría por el primer hombre que surgiera. Nada podría hacerse, nosotros no teníamos un vínculo afectivo y no sería justo mantenerla atada a mí. Mi futuro no existía, yo quería demasiado a aquella mujer para no permitirle vivir su vida con plenitud. La sentí arrastrarse por el asiento y acercarse a mí. La encaré cuando el coche se movió. Yo solo pensaba en besarla de nuevo, de una manera completamente nueva y única.

—Yo estoy bien, respondiendo su pregunta anterior. Creo que usted tiene algún problema —susurró, molesta.

—¿Por qué dice eso?

—No entraré en ese juego. —Ella cruzó los brazos y se apartó, pegando el cuerpo a la puerta y admirando las bellezas de la ciudad griega.

Within Temptation - In Vain

Me di cuenta de que mi guardaespaldas estaba mirando a Natalia por el retrovisor y decidí que él no se quedaría con ella, tendría que activar aquella empresa formada solo por mujeres con nombres de estrellas.

Cogí el móvil, tecleé un mensaje a mi contacto dentro de la SAI – Seguridad y Auditoría Investigaciones, solicitando a una persona que pudiera protegerla, además de ser su guía por la ciudad, en las consultas médicas. ¡Ni pensarlo que Giorgos iba a

sujetar la mano de Natalia cuando ella recibiera la noticia sobre el embarazo!

¿Y por qué no iría yo junto a ella?

El vínculo. Yo no podría hacer eso conmigo, con ella, con nadie.

Las ganas de fumar vinieron con todo y, por lo menos de aquel veneno, yo tomaría con mucho aprecio.

Llegamos a casa oyendo la música, pero yo prefería conversar con Natalia. Salimos del coche, las maletas fueron llevadas para dentro, y di la vuelta para quedarme a su lado, mientras admiraba mi casa, cerca del mar. El sol se estaba poniendo y el cielo tenía una coloración única y hermosa, algo que yo siempre supe y admiraba, cuando era posible.

—Vaya, ¿usted vive en este paraíso? —Mantuvo los brazos cruzados, la mirada admirada derretía el hielo que yo tenía alrededor de mi corazón. No podía, yo necesitaba mantenerme profesional, o todo sería demasiado desastroso.

—Si quiere quedarse con la casa, después de que yo me vaya, será suya.

—De nuestro hijo. —Ella se giró hacia mí y respiró hondo, desviando la mirada—. ¿Todos saben que usted va a morir?

—Solo mi guardaespaldas. Pero no se preocupe por mantener el secreto, mis empleados están pagados para mantener la discreción.

—Nos acostamos sin condón. —Ella levantó la mirada y las lágrimas mancillaban su rostro—. Estoy en mi periodo fértil, usted lo hizo a propósito. —Abrí la boca para rebatir, porque me quedé en

shock con aquella información, pero la mano de ella levantada me calló. No debería haber sucedido así, yo insistía en el procedimiento de fertilización para mantener la distancia emocional—. No importa. Yo no soy inexperta, sé dónde me estoy metiendo, por más extraña que haya sido su propuesta. No juegue conmigo, no intente manipularme, porque yo no soy su empleada. Si quería intentar tener un hijo acostándose conmigo, solo tenía que haberlo dicho. La química existe, tenemos fecha de caducidad, yo sé lidiar con todo eso.

—Usted no entiende. —Sujeté su muñeca cuando ella apartó la mano y besé su palma, sin quitar mis ojos de ella—. No sucederá de nuevo.

—¿Qué? —Se rió y dio un paso hacia atrás, soltándose de mí —. Estaremos en la misma casa, es muy fácil que vayamos a la cama el uno del otro. No somos inmunes a lo que sentimos.

—Sí, pero no podemos. —Cerré los ojos y tomé fuerzas, pasando junto a ella—. Venga, voy a mostrarle su habitación y a presentarle a los empleados. Su acompañante debe llegar en dos o tres días.

—Pensé que Giorgos haría ese papel.

—No —rebatí, demasiado enérgico y delaté mis emociones. Respiré hondo y entré en casa—. Una mujer es más adecuada para acompañarle en consultas médicas y turismo.

—Usted es quien paga, usted decide. Me gustó él, si no me gusta ella, haré mis cosas sola, llamando a un taxi o un conductor de aplicación.

Intenté no rebatir, porque no había necesidad de un guardaespaldas acompañando a la mujer que nunca había sido vista conmigo. Yo tenía muchos enemigos y rivales de trabajo, ninguno de ellos obtendría la información de Natalia, ella volvería a Brasil antes de que algo preocupante surgiera.

Pasé por la gran sala, subí la escalera y entré en la habitación de invitados más distante de la mía, las maletas ya estaban encima del soporte, dentro del closet.

—¡Tiene una bañera! —Natalia miró el baño, animada.

—Use todo lo que quiera. Si necesita algo, solo...

—Adiós. —Riendo, ella puso las manos en mis hombros, me empujó hacia afuera y me envió un beso al aire antes de cerrar la puerta en mi cara.

Conmocionado, me quedé un tiempo mirando la madera, oyendo los ruidos que Natalia hacía, después la música suave que empezó a sonar. Ella debería estar en la bañera, descansando después de tantas emociones, o dándose placer pensando en mí. No sabía cuál prefería más, la cuestión era que yo estaba sobrepasando todos los límites que había impuesto a causa de mi realidad.

Mi móvil vibró, lo cogí y salí del trance, bajando la escalera y yendo a la zona exterior, en el fondo. Era mi contacto de la SAI, esperaba que no tardase tanto.

—Antoniou —contesté, cordial, y me senté en una de las sillas de jardín. El cielo estaba casi completamente oscuro y las luces del ambiente se encendieron a causa del sensor.

—Hola, señor Antoniou, aquí es Prócion. Estoy en Italia, terminando un trabajo y puedo atenderlo durante los próximos

meses, como solicitó. Puedo llegar en tres días, ¿está bien?

—Necesitaba a alguien antes. ¿No hay otra persona? El dinero no es problema.

—El tiempo que ellas tardan en llegar es el mismo que el mío. Si tiene alguna urgencia, puedo alinearme con su equipo de seguridad.

—Está bien, esperaré. —Vi a mi guardaespaldas acercándose, con esa mirada de quien lo sabía todo y me preparé para la larga conversación. A diferencia de Elías en Brasil, Giorgos me presionaba sin que yo lo notase, para que yo le contara todo—. Hasta luego. —Terminé la llamada.

—Señor, faltó repasar algunas informaciones sobre la visitante. —Usó nuestro idioma. Él se acomodó en la silla a mi lado y apoyó los antebrazos en la rodilla, después me encaró—. ¿Quién es ella?

—Aquella que heredará todo.

—¿Usted escogió a una desconocida para eso?

—Yo ya le repasé su parte y todo lo que será dividido con los empleados. No estoy entendiendo su pregunta. —Mis hombros se tensaron, yo no esperaba ser confrontado directamente por el hombre en el que confiaba.

—No es eso. —Negó con la cabeza y se rio, relajando la espalda en el respaldo de la silla—. Usted gusta de ella. Es la única mujer por la que usted ha demostrado celos, desde... ni me acuerdo.

—No tengo celos.

—¿Yo seguiré siendo su guardaespaldas? —Me encaró conteniendo la risa y negó con la cabeza, al ver que no respondí—. Fue lo que pensé.

—La necesito conmigo.

—Usted está trabajando en casa desde hace más de seis meses, el perímetro está más que protegido. ¿Cómo se enamoró tan rápidamente?

—No fue así. —Miré al cielo e intenté no hacer una petición a la estrella solitaria que vi—. Ella es alguien de mi pasado.

—¿Ustedes fueron novios en la adolescencia, cuando iba a Brasil? ¿A escondidas de sus padres?

— Fue más platónico que prohibido. — Me callé, porque no quería sentimentalizar lo que debería ser frío, racional—. Ella aceptó gestar a mi hijo, eso es todo lo que usted necesita saber. Cuídela como si fuera mía...

—Sí, SUYA, entendí. —La mano pesada y fuerte de Giorgos apretó mi hombro y él se levantó—. Yo estaba siendo solo educado, no soy una amenaza. Soy leal al señor, Damian, hasta su último aliento.

—Ella no es mía, yo no puedo atarla a un difunto.

—Cuanto más se resista, más barreras levante, más próximos se quedarán. Si quiere evitar sentimientos, lo está haciendo mal. Debería haber contratado un vientre de alquiler en los Estados Unidos.

—¿Y quién cuidaría de todo en mi ausencia, hasta que el niño fuera mayor de edad? Yo necesitaba a alguien de confianza.

—Usted está intentando controlar lo que no está en sus manos.

—Tiene razón, un muerto no palpita. —Moví los dedos, apartando al guardaespaldas—. Traiga el puro y el encendedor, están en mi oficina, en el primer cajón.

—Sí, señor.

Él se apartó, volví a mirar al cielo y pedí respuestas que ya tenía. Giorgos tenía razón, yo necesitaba actuar diferente para mantener la distancia emocional entre mí y la mujer que sería la madre de mi hijo.

Natália



Capítulo 18

Natalia

No encontré a Damian en ninguna parte cuando salí de mi habitación al otro día. Los empleados me trataron bien e intentaban comunicarse, pero yo estaba de muy mal humor, además de irritada por sentirme atrapada en aquella gran residencia.

Exploré el patio, almorcé sola en una mesa en el jardín y me sirvieron café a media tarde, mientras yo intentaba hacer funcionar la televisión, en un idioma que entendiera. Mi internet estaba horrible y no supe cómo pedir la contraseña del wi-fi, si es que existía allí.

Opté por no enviar un mensaje o llamar al anfitrión, porque temía ser ignorada. Por eso, cuando el sol se puso, cogí uno de los libros que traje para el viaje, me senté en la sala de estar, uno de los primeros cuartos después de la puerta de entrada, y esperé.

Muchos minutos, horas.

Damian Antoniou regresó del trabajo o cualquier otra cosa que estuviera haciendo en Atenas muy tarde. Yo había dormitado cuando el ruido del coche me despertó, me senté en el sofá y miré fijamente a la puerta.

Me levanté cuando él entró, acompañado del guardaespaldas, que debería ser mi guía mientras yo estuviera en aquel país desconocido. Al menos eso era lo que él había dicho, hasta que el CEO griego demostró una gran incomodidad con nuestra interacción.

—Natalia. —Él tuvo la capacidad de sentirse culpable—. ¿Qué hace despierta? ¿Sucedió algo? ¿Por qué no me llamó? —Se giró hacia el guardaespaldas y lo despidió, hablando en griego.

—Estoy bien, gracias por preguntar. Pasé el día admirando la belleza de su casa. —Crucé los brazos y me acerqué, mi mirada chorreaba sarcasmo—. ¿Cuándo quedó marcada la consulta con el médico?

—De aquí a cuatro días. —Él respiró hondo y escondió las manos en los bolsillos del pantalón—. Me acabé involucrando con algunos asuntos de la empresa y la dejé sin información, lo siento mucho. Ese tiempo fue lo mejor que conseguí, para que usted pase por las consultas médicas con más comodidad, acompañada de una mujer, en lugar de mi guardaespaldas, un hombre.

—No había pensado en eso. —Miré más allá de él, odiando y amando que haya pensado en eso, mientras yo esperaba lo peor—. Me gustaría andar por la ciudad mientras tanto, no necesito un intérprete, me las arreglo sola.

—Claro. Giorgos se quedará con usted mañana.

—¿Y usted?

—Tengo otros empleados que pueden atenderme.

—¿A dónde va? —Fruncí el ceño cuando él se quedó en silencio, me di cuenta de que estaba siendo demasiado invasiva—. A trabajar, claro —respondí por él—. ¿Ya cenó?

—Sí, regresé de un restaurante con algunos empresarios.

—Está bien. —Pasé por delante de él—. Voy a buscar algo para comer, acabé saltándome la cena y tengo hambre. Buenas noches, Damian.

Entré en la cocina gigantesca, miré todo y me congelé, sin saber por dónde empezar. De cierta forma, aquella no era mi residencia y no me sentía tan íntima, al punto de abrir armarios y comer cualquier cosa que viera.

—¿Le gusta la tortilla y el tomate? —Damian pasó por delante de mí, quitándose el paletó y doblando las mangas de la camisa.

—¿Va a preparar mi cena?

—Es lo mínimo que puedo hacer para compensar el día lejos. —Señaló el taburete alrededor de la encimera central, que tenía la estufa, sartenes colgando y otros utensilios. Su paletó estaba por ahí, y yo acabé sentándome por estar admirada con un ejecutivo como aquel queriendo agradar. Mi corazón se ablandó y cualquier

molestia que yo tenía, se fue. —Esta es una de las pocas cosas que sé hacer. Puedo añadir otras cosas, que son ligeras, pero dejarán la *strapatsada* sabrosa.

—Acepto, gracias, chef.

Puse mis antebrazos en la encimera y no quité el ojo del hombre cogiendo los ingredientes y ejecutando como si fuera un cocinero. Al darse cuenta de que era una atracción, Damian me sonrió y negó con la cabeza, avergonzado.

—No cree muchas expectativas, es muy parecida a la tortilla brasileña.

—Si alguien me pregunta, diré que es strapa... ¿cómo?

— *Strapatsada* . —Puso una sartén en el fuego y pinceló mantequilla dentro, con una espátula específica—. ¿Qué comió usted aquí?

—Parecía asado y lechuga.

— *Gyros* , probablemente, con *horiatiki salata* .

—Todo lo que usted dice. Pensé que encontraría un arroz colorido por aquí.

—El arroz a la griega es una creación brasileña. A mi madre le encantaba. —Él puso los tomates, zanahoria y brócoli picaditos de un pote de dentro de la nevera, después añadió cream cheese y huevos.

—¿Cuándo murieron sus padres?

—Fue... —Él paró de mover la espátula en la sartén, miró hacia el techo, después soltó una risa incómoda, retomando el control de la preparación de la comida—. Vaya, confieso que no

recuerdo la fecha. Me desapegué totalmente. Yo ya conducía, así que debía tener más de dieciocho.

—¿Y usted? ¿Todos saben que está enfermo?

—Mi guardaespaldas es el único que necesita saber ese detalle, y el abogado que está cuidando su contrato, allí en Brasil. —El hombre se puso serio, aquel asunto lo atormentaba—. ¿Sal?

—Puede dejarla sin, me gusta sentir el sabor natural de los alimentos. —Me incliné hacia adelante, curiosa—. ¿Por qué está haciendo esto?

—¿La cena? Solo... porque me dio la gana. Usted es mi invitada.

—Usted gusta de mí.

—De una forma estratégica.

—¿Todo para usted son negocios?

—A estas alturas de mi vida, sí.

—Usted parece normal, saludable. ¿Qué está sucediendo, Damian?

—No podemos confundir una conversación amigable con intimidad, Natalia. Yo... usted... —Él se calló, iba a retomar el discurso sobre no involucrarse, para no crear vínculo y toda esa tontería.

Damian Antoniou escogió a la persona equivocada para controlar. Yo era una vendedora excelente, conseguiría las informaciones que él retenía, no importaba el precio. Tomé coraje y levanté los brazos, como si estuviera estirando.

—Hace calor por aquí. —Me abaniqué el rostro, teatralmente —. Creo que voy a entrar en la piscina. ¿Le importa?

—No, siéntase cómoda. Mañana debe llover, pero no todo el día.

—Pensé en entrar ahora, solo estamos nosotros dos, no necesitamos ropa. —Salí del taburete y sonreí con arrogancia a su mirada desorbitada—. ¿Viene conmigo?

—Estoy haciendo su cena.

—Creo que ya terminó.

Él miró a la sartén, apagó el fuego al darse cuenta de algunas partes más asadas de lo suficiente y yo me acerqué al hombre. No lo toqué, su olor, nuestra distancia era suficiente para afectarlo.

Damian soltó la espátula y se giró hacia mí, dejé mis manos escondidas detrás de mí, para no asustarlo. Levanté la cabeza, porque él era grande y alto, de una manera que llenaba mi pecho de admiración.

—Natalia —murmuró, hipnotizado—. Si entro en la piscina con usted, haremos más que nadar. Y... no podemos.

—¿Por qué? ¿Qué le impide disfrutar de los últimos momentos de su vida, si es que usted va a morir de verdad?

—Yo no puedo tener esperanza. Ni usted. —Su mano atrevida fue a mi rostro, se deslizó a mi nuca y me tiró cerca—. No puedo desear que mi destino sea diferente. Usted no tiene el poder de cambiar lo que ya fue definido.

Esperé por un beso, por cualquier acción que nos acercara aún más. Tensión permeó aquella mirada, el toque posesivo y

nuestras respiraciones.

Antes de que yo tomase la iniciativa, Damian se anticipó besando mi frente, murmurando una despedida y saliendo de la cocina, como un bandido huyendo del castigo.

Exhalé con fuerza, derrotada, y fui en busca de un plato para comer la única o última comida hecha por el padre de mi hijo. Toqué mi vientre en algún momento de aquella noche, sin saber qué desear además de un futuro completamente inusual.

Imaginé a un niño corriendo alrededor de aquella encimera, los empleados adulando al niño, yo recibiendo un beso del CEO griego antes de que él saliera a trabajar...

¿Por qué estaba soñando con una familia tradicional si el hombre no estaba disponible? Yo caí en una trampa y, en lugar de salir de ella, me estaba enredando cada vez más.

Ni toda la madurez emocional que yo tenía era suficiente para que no cometiera un error tan grandioso, de poner mi corazón en un negocio fallido y con fecha para terminar.

Natália



Capítulo 19

Natalia

Miré por quinta vez a la joven mujer que conducía el coche en dirección a la clínica médica donde me haría los exámenes para la fertilización in vitro y su sonrisa me causó extrañeza. No solo la encontraba sospechosa, sino que estaba segura de que ella engañó a Damian Antoniou en la presentación del currículum.

Hablaba diez idiomas, tenía entrenamiento en seguridad, conducción ofensiva y contaba con apoyo, por un punto en el oído que ella dijo ser la central de su empresa. SAI – Seguridad, Auditoría

e Investigación, yo nunca había oído hablar de ellas. Hasta el sitio web disponible en internet era sospechoso.

—¿Qué más le incomodó, Natalia? —Prócion cuestionó, arrogante mientras conducía—. ¿Mi nombre, mi edad o mi confianza?

—Usted tiene menos de treinta años —comenté, por impulso —. Disculpe, estoy juzgando. —Respiré hondo, el nerviosismo por la consulta me estaba dominando, yo necesitaba centrarme—. ¿Es su primera vez aquí en Grecia?

—¿Segunda... tercera? —Ella soltó un bufido, giró el volante y se detuvo frente a un portón, era la clínica—. Según mi fiscal de trabajo, es la quinta vez. Yo no me quedo memorizando lo que es posible descubrir con una pregunta.

—¿Quién es su fiscal de trabajo?

—Capela. —La seguridad apuntó al punto en el oído y deduje que era la persona de la central, o el nombre que le daba al lugar—. Sí, llegamos. Necesito concentrarme durante los próximos minutos, no me distraiga.

—Disculpe, yo no quería incomodar.

—Oh, no es usted, Natalia, sino la cotorra que no para de hablar en mi oído, que está a muchos kilómetros de distancia.

Ella se rio, estacionó el coche y salió, ajustando su trajecito. Junté todos los sobres de los análisis que hice en Brasil, equilibré el bolso en el hombro y casi tiro todo al suelo, si no fuera por Prócion que se anticipó. Sin pedir autorización, ella cogió la mitad de lo que tenía en mis brazos y caminó a mi lado, hacia dentro de la clínica.

Pareciendo fluente, la seguridad conversó con la recepcionista, me hizo preguntas y tradujo, objetivamente. Nos sentamos en un sofá elegante en la recepción para esperar, nos quedamos poco tiempo, después entramos en el consultorio. El médico parecía un modelo por su belleza y postura.

Lo que él me agradó en la primera impresión fue inversamente proporcional en la consulta, yo tendría que hacerme todos los análisis de nuevo. Sangre e imagen, él prefería tener algo para comparar con lo que se había hecho en Brasil, por sospechar de algún error en el laboratorio.

Aquello tocaba la herida de la infertilidad, en los cinco años intentando quedarme embarazada, en sentirme estropeada, indigna de generar una vida. Creí que con otro médico sería más fácil lidiar, pero me había olvidado de que muchos preferían empezar de cero, descartando todo el proceso anterior, en un intento de acertar lo que el otro se equivocó.

Yo me había quedado triste y molesta, mientras Prócion se mantuvo cordial y pacificadora.

Tan pronto como volvimos al coche, ¡la joven mujer soltó una palabrota!

—¡Qué imbécil! —La seguridad se giró hacia mí, sin encender el coche. Por lo visto, el equilibrio anterior había sido fingido—. ¿El médico se cree el más inteligente de todos, solo porque tiene dos doctorados?

—¿Los tiene?

—Sí. —Puso los ojos en blanco y respiró hondo, sujetando el volante—. Necesito calmarme, lo sé, lo sé.

—¿Necesito hacer los análisis en ayunas?

—La mayoría de ellos, sí. ¿Quiere hacer alguno de ellos hoy?

—No. —Apoyé la cabeza en el respaldo y cerré los ojos, la presión de aquel día me estaba afectando—. ¿Podríamos explorar la ciudad o ir al centro comercial? ¿Hay eso aquí?

—Sí, sé el lugar perfecto, en el City Link.

Ella maniobró, yo aproveché para tocar el panel del coche, pero estaba todo en griego. Apreté un botón, después otro y gruñí cuando no encontré la radio. Prócion intercedió, rápidamente cambió el idioma a inglés y así, conseguí encontrar lo que yo quería.

La música me ayudaría a no llorar de soledad y desesperación. Hasta mi exmarido vino a mi mente, si no me hubiera separado, no necesitaría retraumatizarme con la dificultad de quedarme embarazada.

Con mi edad, yo no tenía que estar pensando en empezar una familia, sino en cuidar de aquella que ya había construido.

Llegamos al lugar, parecía un paseo peatonal, con tiendas, restaurantes y música en vivo. Adoptando la actitud de turista, cogí el móvil, hice fotos, Prócion me ayudó con algunos retratos y escogimos una cafetería para comer un tentempié. La joven mujer era agradable, divertida y hasta me elogiaba cuando yo me permitía sonreír.

Algo me hizo acordarme de la mitología griega y empecé a reír sola, yo debería buscar un paseo turístico histórico en lugar de la modernidad de aquel ambiente.

—Creo que su estado de ánimo cambió. —Ella constató lo obvio y asentí con la cabeza, estábamos sentadas una a cada lado

de la mesa cuadrada y pequeña.

—Gracias por la ayuda, usted es una óptima compañía.

—Registre eso, Capela. —Ella apuntó al oído y se rio—. Yo soy la más divertida.

—¿Usted trabaja hace mucho tiempo como seguridad?

—Prácticamente, toda mi vida.

—¿Prócion es su nombre de verdad? —Hice una mueca, ella no se ofendió.

—Se convirtió en de verdad. Es el nombre de una estrella, una de las más grandes. —Me miró, intensa—. ¿Puedo hacerle preguntas también?

—Claro, solo no garantizo responder todas.

—Justo. —Ella puso los ojos en blanco y nuestros pedidos llegaron. Agradeció al camarero y señaló la oreja de nuevo—. Capela dice que sabe más de usted que usted misma. Por favor, ayúdeme a probar lo contrario.

—¿Cómo así que ella sabe sobre mí?

—Eso es lo que estoy diciendo. —Tomó un trago de café—. ¿Cómo su camino se cruzó con el de Damian?

—¿Usted sabe su historia?

—Sé muchas historias, lo que me gustaría saber es por su punto de vista. —Puso los codos en la mesa y apoyó el mentón en las manos cerradas—. Cuénteme.

—La primera vez que lo vi, era una niña y lo defendí del bullying. —Negué con la cabeza, imaginando que el papel se había

invertido después de tantos años—. Confieso que ni me acordaba de él cuando lo encontré en un evento inmobiliario, en Brasil.

—Me gusta ver el ego masculino masacrado.

—Yo acababa de separarme. Fue tan sincronizado, no dudo que ella lo haya hecho a propósito.

—En ese caso, fue pura coincidencia.

—Yo acepté ser la madre de su hijo, voy a heredar sus millones y puedo volverme señora para el resto de mi vida. —Encaré los ojos de la mujer, que estaban fijos en los míos—. ¿Qué piensa de eso?

—Loca, completamente inconsciente, el presagio del caos. —Ella tomó un trago de café y mostró la amplia sonrisa—. Mis cualidades favoritas. ¿Podemos ser amigas para siempre?

—Estoy tratando un asunto serio con superficialidad. Cuando el bebé se enferme o algo me suceda, ¿quién lo va a cuidar? ¿Por qué acepté vender mi cuerpo? ¿Mi alma? —Respiré hondo y tomé mi café, para no llorar—. Para realizar un sueño, estoy sobrepasando límites y no sé si seré capaz de lidiar con las consecuencias. No lo pensé bien, solo acepté y estoy confundida.

—Usted gusta de él.

—Sí, de lo contrario, yo no aceptaría nada de esto. —Tomé otro trago de café—. ¿Lo que él tiene es grave? ¿No hay cómo revertirlo? ¿Es mucha inocencia de mi parte creer en milagros?

—Yo creo. —La mano de ella tocó la mía y la apretó—. Pero no se entregue de cuerpo y alma, no antes que él. Damian necesita un choque de realidad mayor que su certificado de defunción inminente.

—Entonces, él va a morir. Literalmente. —Bajé la cabeza cuando vi su cabeza moverse, no sabía si asintiendo o negando—. ¿Qué le contaré a mi hijo sobre su padre, si Damian no me permite crear recuerdos juntos? Él no quiere tener esperanza sobre vivir, mientras que yo desearía aprovechar cualquier minuto que fuera posible. Él se va a trabajar temprano y vuelve tarde, no lo veo hace días.

—Lo siento, Natalia.

—Al mismo tiempo que yo ni debería quejarme, porque sabía las reglas del acuerdo. —Levanté la cabeza, ella apretaba mi mano con cariño, compadecida—. Yo sabía que iba a sufrir y aun así, acepté, con la esperanza de que la situación cambiara. ¿Por qué hice exactamente lo opuesto de lo que aprendí con el fin de mi matrimonio?

—¿Quién dijo que existe razón cuando se actúa con el corazón? —Prócion cogió mi móvil encima de la mesa, apuntó en mi dirección e intenté esconderme de la foto—. Usted es linda, inteligente y profunda, Natalia. No se olvide de eso.

—Esas fotos deben haber quedado pésimas.

—¡Las mejores! Ahora, coja la taza y tómese el café sobrevalorado que el CEO griego va a pagar. Yo tengo la tarjeta corporativa, vamos a curar su tristeza con endorfinas generadas por compras.

Yo obedecí, porque la ligereza de aquel comentario era mejor que cualquier pensamiento profundo sobre mi sueño de tener

un hijo, el hombre a punto de morir y todo el misterio envuelto en esa historia.

Natália



Capítulo 20

Natalia

Me puse el protector solar en el rostro, comprobé mi reflejo en el espejo y salí de mi habitación, en dirección a la piscina. Después de algunos días paseando por Atenas, haciéndome análisis y usando la tarjeta de Damian para llamar la atención, resolví quedarme en su casa, disfrutando un poco de la zona de ocio que él tenía.

En bikini, bajé la escalera, pasé por la limpiadora y fui hasta la ducha próxima. Mojé mi cuerpo y entré en la piscina con un salto de atleta, nadando hasta el otro lado, me había olvidado de lo

liberador que era estar dentro del agua. Emocionada, fui de un lado para el otro para gastar energía, haciendo crol.

Recuperé el aliento, después continué un poco más, hasta que mis brazos y piernas estaban cansados del esfuerzo. Salí del agua, escogí una de las tumbonas y me acosté boca arriba, yo era toda del Sol.

Miré hacia abajo, acaricié mi vientre y mi corazón se aceleró, al pensar que uno de los análisis podría confirmar si aquel encuentro sexual en el avión podría haber dado fruto. Yo no había visto nada diferente en mi cuerpo, una mezcla de miedo y ansiedad me hacía pensar solo cosas superficiales.

—¿Natalia? —La voz de Damian me asustó. Giré el rostro, él se acercaba con su ropa formal y preocupación inconexa. Yo no tenía el cuerpo más admirable, pero estaba cómoda con mis curvas, por eso no me cubrí—. ¿Qué pasó?

—Hola, Damian. ¿Cómo así? —Hice una mueca y miré alrededor—. Usted dijo que yo podía usar la piscina.

—Prócion mandó un recado a Giorgos, para que yo volviera a casa. —Él puso las manos en la cintura y miró más allá de mí. Yo empecé a reír, porque no dudaba que mi nueva amiga, después de oírme desahogarme quisiera unirnos. No me quejaría, aceptaría cualquier ayuda para tener un poco más de aquel hombre. —¿Qué está sucediendo?

—Algún fallo de comunicación. Yo estoy bien. —Me levanté cuando me di cuenta de que él se iba. Sujeté su mano, él me encaró, preocupado—. Damian, quédese.

—Tengo un compromiso.

—Reagende y quédese conmigo. —Me encogí de hombros y abrí mi corazón, nadie sabría que estaba implorando—. Usted me gusta.

—Lo sé, pero tenemos un contrato.

—Sí, un acuerdo totalmente sin sentido.

—Aun así, usted concordó.

—Eso no nos impidió acostarnos en el avión.

—Algo que no puede repetirse, Natalia. No hay futuro para nosotros, solo usted y el bebé. Necesito que usted mantenga el foco en esa parte.

—Pero hoy, solo una vez más, quería saltarme las reglas. —Toqué la solapa de su paletó.

—Natalia... —Él estaba afectado, yo estaba completamente fuera de mí, al intentar seducirlo.

—Estoy a punto de cancelarlo todo y volver a Brasil. Es difícil para mí ser solo una herramienta, centrarme en la acción, sin lidiar con mis sentimientos. Sé que es difícil para usted, pero si no me da algo más allá de su frialdad, solo mi sueño de ser madre no será suficiente. Yo necesito más.

Él me lo dio.

Finalmente, reaccionó.

Comenzó por el beso, nuestros labios uniéndose, la lengua invadiendo mi boca, provocando, dominando. No me importó estar mojada, envolví mis brazos en su cuello, él me tiró más cerca y apretó mi trasero con las manos.

—Ese bikini la deja aún más sexy. —Besó mi mejilla, mordisqueó el mentón y el cuello.

Empujé su paletó del cuerpo, empecé a tirar de la corbata, él me alzó y salió andando. Antes de que me diera cuenta de lo que iba a hacer, caímos en la piscina, yo me reí fuerte mientras él me mantenía firme en sus brazos.

—Va a ser difícil quitar la ropa de esa manera. —Sujeté su rostro y admiré no solo sus ojos, sino las líneas de expresión, el cabello revuelto, la barba afeitada—. No necesitamos acostarnos, Damian. Yo solo quería un momento normal, un almuerzo, una conversación social.

—Yo no consigo quedarme cerca sin tocarla, sin acordarme de cómo me sentí dentro de usted. —Él fue hasta el borde de la piscina y me presionó contra él—. Natalia, usted fue mucho más de lo que pude desear. En la hora equivocada. En el momento equivocado.

—¿Y qué? —Entrelacé mis piernas en su cintura—. Si usted muere mañana, por lo menos tuvimos el hoy. Nadie sabe lo que nos espera después del último suspiro, intente aprovechar ahora.

— *Kýrie* [1] Antoniou? —El guardaespaldas apareció, yo giré el rostro mientras Damian gruñó, frustrado—. Disculpe, vuelvo después.

—Ponga música y pida que nadie nos incomode.

Entendí el recado y me centré en desabrochar la camisa de vestir de Damian mientras él parecía concentrado en la conversación con el guardaespaldas. Después, él se quitó la corbata con fuerza y

la tiró fuera, llegué cerca del pantalón, él tiró de la camisa hacia arriba y se quitó el cinturón.

Alisé su pecho, toqué sus músculos como si fuera la primera vez. Sentí las manos de Damian en mi espalda y la parte de arriba de mi bikini se fue, junto con la camisa de vestir empapada.

—¿Le gusta lo que ve? —él cuestionó, seductor.

Besé su cuello, pasé la lengua por el trapecio y mordisqueé el hombro. Damian empujó la cadera entre mis piernas, él ya estaba duro y yo, lo suficientemente mojada para que el agua de la piscina no estorbara lo que estaba a punto de suceder.

NickelBack - Holding on to Heaven

Volví a besarlo cuando percibí una pizca de duda en su mirada. Rápidamente, sus manos fueron a mis pechos, apretando, masajeando lo suficiente para darme aún más placer. Mis dedos necesitaron fuerza extra para deshacerme del pantalón y encontrar el calzoncillo.

Los límites ya habían sido sobrepasados, yo no estaba preocupada por nada más que grabar aquel momento en la memoria. Lo encaré cuando sus labios se apartaron de los míos, mi mano rodeó su miembro, subiendo y bajando, tirándolo más cerca.

—¿Es así como usted quiere? —él cuestionó, con un susurro, su mirada intensa desnudó mi alma—. *Agápi ton oneíron mou* [2].

—Siga hablando así y me tendrá implorando todos los días —lo provoqué.

— *Makári na min íthela na zíso mazí sou gia pánta* [3] . Pero necesito tener los pies firmes en el suelo, cosechar lo que planté.

—¿Qué dijo?

—Que el único que va a implorar soy yo.

Volvió a besarme, asumió el control, empujando la braga del bikini hacia un lado y presionando su erección entre mis piernas. Necesitó precisión y esfuerzo para penetrarme, con agua alrededor.

Apreté mis brazos y piernas alrededor de él mientras él me empujaba hacia arriba a cada embestida. Él no era fuerte solo en apariencia, conseguía un ritmo fuerte e intenso incluso con tanta resistencia.

Eché la cabeza hacia atrás y estiré los brazos en el borde de la piscina, mis pechos quedaron entre el agua y el aire. Gemí fuerte, desvergonzada, disfrutando de la música, el sol y todo lo que era posible, para que el momento fuera eternizado en mi memoria.

Damian me llevó hacia arriba y salió de la piscina, librándose del resto de la ropa. Me ajustó en el borde, entre mis piernas, él volvió a meter, envolver y conducirme al clímax.

Curvó el cuerpo para succionar un seno, después el otro, y él no paraba de mover las caderas contra mí. Con las manos firmes en mis caderas, él me tiraba contra sí, nervioso, cada vez más desesperado por ir más allá.

Él cambió nuestras posiciones, se quedó de espaldas en el suelo y me trajo hacia arriba. No perdimos la conexión, puse las rodillas en el suelo, me moví antes de subir y bajar, me remecí y busqué mi placer. Apoyé las manos en su pecho y encarándolo

fijamente, yo deseé eyacular, imploré para que él viniera conmigo, para que se conectase mucho más allá de las palabras.

La música llegó al ápice en el mismo momento que nosotros. Lo sentí pulsar, mi cuerpo tembló y mis brazos cedieron. Acabé tumbada encima de él, con el sol en mis espaldas, expuestos para que cualquiera pudiera mirar en lugar de habernos quedado entre cuatro paredes.

—Dios mío, di un espectáculo —me reprendí en voz alta, él se rio y alisó mi espalda.

—Solo para mí. Giorgos cuidó de nuestra privacidad. —Él respiró hondo—. Quizás, su almuerzo salga un poco más tarde.

—O, podemos comer juntos, en un restaurante. —Me levanté, sonriente, porque él me correspondía de la misma forma—. ¿Qué piensa?

—Que estoy jodido, Natalia. La quiero a usted. —Alzó la mano para tocar mi rostro. La sujeté mientras inclinaba la cabeza hacia un lado—. *Se thélo tóso polý* [4] .

—Yo quiero una oportunidad con usted, no solo tener un bebé. Hable conmigo, encontraremos una solución creativa.

—Yo necesito al hijo. —Él se sentó, salió de dentro de mí y me apretó en sus brazos. Intenté no alterarme, aquella declaración me llenó de miedo. ¿Y si yo no pudiera realizar el sueño de él, que también era el mío?— Usted estará bien, no se preocupe por mí. Encontrará a alguien mejor y menos complicado, usted tendrá el mundo que yo nunca podría darle, estando vivo.

—¡Damian, no!

Él me apretó, besó mi cabeza y me soltó. Salí de su regazo, él se levantó y recogió la ropa desechada. La ruptura había sido hecha, nuestro momento había llegado a su fin y yo necesitaría lidiar con mi corazón en pedazos.

Me entregó el bikini, intentó sonreír, pero no estaba feliz. Yo seguí sentada en el suelo, porque sabía que iba a desmoronarme cuando saliera de aquella posición.

—Voy a darme una ducha y me quedaré para el almuerzo. ¿Qué piensa?

—Que ya no hay ambiente para romance, usted no necesita complacerme —rebatí, secándome, ajustando el poco de tela en mi cuerpo—. Siento mucho haberle pedido algo que iba más allá de lo acordado, voy a intentar controlarme y seguir el contrato.

—Sé lo difícil que es todo esto. Usted lo entenderá después.

—Yo podría saberlo ahora, si me lo contase.

Damian se agachó, con la ropa en una de las manos y la otra en mi rostro. Tenía una mirada triste, pero tan hermosa, que mantuvo alejadas las partes destrozadas de mi corazón.

—Usted es la mujer perfecta, la madre que mi hijo merece. Gracias.

Me dio un beso corto, se levantó y fue hacia dentro de la casa. La música paró de sonar, me sentí sola y tragué el llanto cuando me levanté, necesitaba un poco de privacidad.

Prócion apareció en la puerta de la casa con una toalla y mirada preocupada, yo sonreí con falsedad, fui hasta ella, cogí lo que me ofrecía y me recogí en mi habitación, para que nadie pudiera

ver mis lágrimas. ¿Por qué cavaba el hoyo, si no le gustaba lo que había en el fondo?

Culpaba a las hormonas femeninas, ya fuera del posible embarazo o de la menstruación que bajaría cualquier día.



Damian Antoniou

Capítulo 21

Damian Antoniou

Entré en mi oficina de casa, envié un mensaje directo a Giorgos y Prócion y esperé, sentado en mi silla. Me había duchado rápidamente y vestido ropa para pasar el día en casa, aunque estuviera yendo contra todo lo que había planeado. Sentido opuesto a mi destino inevitable.

Llamaron a la puerta. Autorice la entrada y los dos se acercaron sin una pizca de resentimiento en la mirada. Ellos no deberían haberse entrometido en mi vida, incumplieron órdenes y tendrían que ser reprendidos.

—¿Por qué hizo una falsa comunicación? —cuestioné, tranquilo, a Prócion. Aproveché para hablar en mi idioma, en caso de que la discusión tomase otras proporciones y Natalia pudiera oír.

—Seguí sus órdenes, señor. Si Natalia necesitase algo que nadie pudiera atender, que le comunicase. —Con la postura erguida y la mirada firme, ella parecía una militar, pero yo sabía que había un tono de sarcasmo en aquella frase.

—Ella estaba bien.

—Seguramente lo estuvo, después de que usted apareció. —Intentó no sonreír, pero Prócion era una mujer peligrosa y estaba planeando algo.

—Usted está actuando por cuenta propia. Si sigue así, el trabajo no va a funcionar.

—Usted sabe cómo funciona la SAI. Va más allá de las necesidades superficiales. —Ella cruzó los brazos y relajó la postura, también la mirada, que me hacía sentir desnudo ante una de las pocas personas que presenciaron aquel día. —Usted debería aprovechar los últimos meses, en lugar de huir. Ustedes se gustan, tienen química, podrían...

—¿Formar una familia? ¿Crear memorias que serán manchadas cuando la verdad salga a la luz? —Cerré los ojos y me recosté en la silla, apretando los apoyos laterales e intentando no gritar, de frustración, de rabia contenida. Volví a encararla, vistiendo la máscara insensible que usé por tanto tiempo—. Haga la seguridad de Natalia, pasee por la ciudad, sea un hombro amigo, pero nunca más se ponga entre nosotros.

—¿Prefiere que ella se sienta rechazada a saber la verdad sobre sus sentimientos?

—Será peor para nosotros dos. —Me levanté, perdiendo la paciencia—. No necesito justificarme, Prócion. ¡Haga su trabajo! —Imploré con la mirada a mi hombre de confianza—. Giorgos, ayúdeme en eso.

—Puede dejarlo.

—¡Ni venga con esa charla sumisa, usted concuerda conmigo! —La seguridad puso las manos en la cintura, indignada con mi empleado.

—¿Se va a quedar en casa, Señor Antoniou?

—Por hoy, sí. Después, yo voy a... —No lo compartiría delante de aquella mujer, que iría a hacer planes para unirme a Natalia, en lugar de mantenernos a una distancia saludable. Ella aún era un mal necesario—. Dispensados.

—¿Va a qué? —Prócion intentó hablar conmigo, pero mi guardaespaldas la cogió por el brazo y prácticamente la arrastró fuera de la oficina.

Respiré hondo, abrí el cajón de mi mesa y saqué un puro de dentro. Cogí el cortador y el encendedor, salí de mi oficina y fui a la zona del fondo. Me senté en el área del jardín, había una mesa para comidas allí y encendí el instrumento de muerte lenta, que nunca me alcanzaría, porque yo moriría antes.

Di la primera calada, al mismo tiempo que Natalia surgió de la casa, con un vestido florido y sencillo. Llevaba gafas de sol, un libro en la mano y su seriedad me hizo observarla en lugar de conversar.

Se sentó a mi lado, en la silla y abrió el libro, como si fuera algo ordinario de nuestra rutina. Estaba seguro de que Prócion estaba involucrada en aquello, aquella seguridad quería ablandar mi corazón. Yo no tenía una piedra en mi pecho, yo ya estaba rendido por aquella mujer desde el momento en que vi su nombre en la ficha del médico.

Yo amé a Natalia cuando me defendió y nunca más amé a otra persona en mi vida, porque siempre fue ella. Tenía que ser ella.

Mi vida fue pautada en justicia y castigo, vida y muerte, yo nunca tuve la oportunidad de un final feliz.

Yo había terminado el puro hacía mucho tiempo y me quedé solo observando a la mujer que sería la madre de mi hijo, dueña de mis mejores memorias, la única con el poder de cambiar el destino de lo que quedó y restará de la familia Antoniou.

Mi cocinera apareció con una bandeja y dos platos servidos encima. Natalia paró de leer el libro y agradeció en griego, para mi sorpresa.

—¿Aprendiendo el idioma? —cuestioné, encantado.

—Observé a Prócion y usé el traductor del móvil. —Se encogió de hombros, cogió los cubiertos y cortó la carne—. Mañana voy a visitar las ruinas antiguas con una excursión brasileña. Me acordé de mi época de colegio, que hicimos una obra de teatro con los dioses griegos. Me encantaba la mitología, lo había olvidado.

—No podré ir.

—No quiero que vaya. —Natalia desorbitó los ojos y se rio, poniendo la mano en la boca. Su rechazo no me incomodó, al contrario, hacía que pensara en varias maneras de que ella me

incluyera, incluso si no debiera—. Disculpe, salió mal. No es una invitación, solo estoy comentando mis planes para mañana. —Ella alzó el mentón, y yo empecé a servirme la comida—. Pensé en ver la playa también.

—Hay paseos en barco muy buenos, para conocer algunas islas.

—Gracias por el consejo. —Ella sonrió y nada parecía más hermoso.

Nos quedamos en silencio, ella comía, yo también. Podría quedarme a su lado el resto de mi vida, si no estuviera en el fin de la mía.

—Usted puede comentar sus planes. Un diálogo entre personas que se conocen, que comparten una comida. ¿Ya lo experimentó?

—Sí. —Miré a la comida, después a ella, elaborando lo que iba a decir, que no mostrase demasiado mi corazón y cómo me sentía—. Tendré que viajar a España, después Tailandia y China.

—Usted debe conocer muchos países.

—Algunos, yo preferiría nunca haber ido, como Alemania. —Respiré hondo e ignoré el estómago revuelto—. Me quedaré algunas semanas fuera.

—¿Semanas?

—Sí. Prócion continuará con usted, no se preocupe.

—Claro. —El tono de sarcasmo no me pasó desapercibido. Me encaró con las gafas de sol puestas y sabía que había rabia dirigida hacia mí, aunque no pudiera ver sus ojos—. Esta es la vida de novia trofeo que siempre soñé.

—Debería probarla, usted no toma vacaciones hace mucho tiempo.

—¿Cómo lo sabe? Yo viajo todos los años.

—Cinco días no son vacaciones de verdad.

—Usted tiene toda la razón. —Ella cortó la carne con más fuerza, la conversación no iba en una dirección amigable.

—La tarjeta que le di a Prócion es para que la use, de la forma que quiera. Compre ropa, haga paseos, pase un buen rato.

—¿Su dinero puede llevarme a otros países también? Quizás Italia o París. —Ella soltó una risa desesperada mientras yo asentía con la cabeza—. O Holanda, para un turismo adulto. Es allí donde está aquella calle con personas en el escaparate, ¿no es así?

—¿Por qué usted querría acostarse con otras personas, si yo le prometí un hijo? ¿No era ese el plan? —el celos habló por mí.

—¿Por qué usted pensó que podría comprar mi cuerpo? ¿Mis sueños? —Ella se levantó, soltó los cubiertos y cogió el libro, que estaba al lado del plato encima de la mesa. Me di cuenta de que una raya mojada apareció en su mejilla y mi corazón se apretó. Yo no sabía lo que estaba diciendo, solo que yo nunca la merecí. —Necesito que usted me guste menos, para no ofenderme con ese tipo de comentario. Usted es solo un millonario arrogante que cree que el dinero puede comprarlo todo. Yo fui ingenua al aceptar, creyendo que las personas podrían cambiar. El error fue todo mío. —Ella dio un paso lejos.

—Yo le dije que no podía...

—No hay nada que explicar. ¡Buen viaje, Damian! Haré buen uso de su dinero en su ausencia.

Me callé, porque observarla volver hacia dentro de la casa era toda la tortura que yo necesitaba para castigarme, por haber experimentado el amor. Yo nunca debería haber llegado hasta aquel punto. Giuliano Camargo debería ser el único en intermediar aquella negociación, no yo.

Terminé mi comida, aunque ya no tuviera más hambre. Miré al cielo azul con pocas nubes, el árbol que promovía sombra para el momento y el viento que me tocaba, como una caricia de quien necesitaba un milagro.

Yo estaba al límite. Tenía que mantener la distancia y volver solo si fuera necesario recoger mi semen, para la fertilización in vitro. Cerré la mano con fuerza y peleé con la parte de mí que prefería acostarse todos los días con Natalia y probar que no había nada malo con ella.

Ni todo el dinero del mundo, ni el mío, era suficiente para cambiar mi destino y el de todos los que serían afectados.

Natália



Capítulo 22

Natalia

Un día triste y melancólico fue suficiente para que yo despertara determinada a asumir el control de mi vida. Hice mi maleta, me aseguré de que Damian no estuviera cerca y llamé a un conductor de aplicación para que me llevara hasta el aeropuerto.

Yo no me quedaría ni un segundo más en aquel lugar.

Mi aventura terminó, la huida de la realidad me probó que yo había hecho todo mal, que mi divorcio nunca debería haber sucedido. Cambié lo cierto por lo dudoso, el confiable bruto por el desconocido de apariencia hermosa. Actué en desacuerdo con mi

edad, yo no tenía que estar buscando nuevas aventuras y la felicidad plena, sino fortalecer todo lo que construí. No estuve tanto tiempo con mi marido para descartarlo porque no conseguimos tener un hijo. Fui mezquina, superficial y completamente inmadura.

Arrastré mi maleta hasta la entrada de la mansión de Damian y no me tomé el trabajo de despedirme de nadie. Puse los ojos en blanco internamente cuando oí pasos detrás de mí, sabía que era Prócion.

—¿A dónde va? —Ella se paró a mi lado, miró la pantalla de mi móvil, que acompañaba la llegada de mi conductor de aplicación, y cruzó los brazos—. ¿Por qué huir?

—En realidad, estoy volviendo. A la realidad.

—¿Cuál fue la tontería que dijo el griego esta vez? —Ella se burló—. Él complica lo que podría ser simple.

—No importa. —El coche apareció en la calle, reconocí el modelo y me giré para darle un abrazo a la mujer—. Muchas gracias por la compañía en estos días. Adiós.

—¿A qué se debe tanta prisa?

Yo tenía el texto listo para decirle al conductor cuando se detuviera delante de mí. En lugar de eso, Prócion asumió la delantera, ayudó al hombre a poner los equipajes en el maletero y entró conmigo en el asiento de atrás del automóvil.

Aunque no estuviera feliz, no me quejé de la compañía de la joven mujer. Ella era útil, serviría como intérprete, ya que todo era extraño en aquel país.

Hicimos el viaje hasta el aeropuerto en silencio. Tragué mis emociones y pensé en todo lo que haría al volver de mi viaje. Miré

los mensajes de mi móvil, hablar con mi marido sería una de las primeras cosas que haría.

¿Y si él hubiera encontrado a alguien?

Yo lucharía por nuestro matrimonio, como él intentó hacer conmigo, mientras yo estaba soñando despierta.

Llegamos a la parte de check-in del aeropuerto, fui detrás de una taquilla de cualquier empresa aérea, en busca de un billete para Brasil, pero Prócion se anticipó, nos condujo a una más distante, después de que leyó lo que yo escribía en el traductor del móvil.

—Usted y Damian son dos fugados —ella murmuró en portugués, antes de hablar con la empleada, en el idioma nativo.

—¿Por qué me está ayudando, si cree que estoy haciendo algo mal? —cuestioné, mientras la chica hacía la búsqueda en el ordenador. La seguridad me miraba con tranquilidad, al mismo tiempo que miraba todo alrededor.

—¿Quién soy yo para juzgar las acciones hechas por amor?

—Hay muchas cosas involucradas en esto y ninguna de ellas es amor, se lo garantizo. El amor no abandona, se construye, sobrevive a altos y bajos.

—El amor tiene muchas facetas y en todas ellas, se siente dolor. —Ella se giró hacia la empleada. Prócion habló enérgicamente con la empleada y yo las observé, porque estaba pensando en lo que ella había dicho.

Necesité un minuto, me aparté del mostrador y respiré hondo, varias veces, para no llorar. Ella estaba equivocada, el amor saludable no dolía, era fuerte y empoderaba.

Aproveché que el internet de mi móvil parecía haberse normalizado, tecleé un mensaje a mi exmarido y esperé su respuesta. Segundos después, me arrepentí y lo borré, mi corazón se aceleró de una mala manera al pensar en volver a aquella vida que había abandonado.

—Aquí, billetes comprados. —Prócion me entregó una tarjeta de embarque y sujetó otra consigo—. Tenemos tres horas antes de pasar por el escáner de rayos X. ¿Podemos tomar un café? Yo tengo hambre.

—¿Cómo así?

—No conseguí comer nada en la cocina antes de que usted saliera de la casa de Damian. —Ella cogió mi maleta de mi mano y comenzó a tirar—. Venga, hay un café sobrevalorado allí, que me encanta.

—¿Usted va a Brasil conmigo?

—Sí.

—No. —Anduve apurada para quedarme delante de ella y bloqueé su camino—. ¡Basta, yo no necesito una sombra! Usted no trabaja para mí, no soy su responsabilidad.

—Soy solo una amiga que habla varios idiomas, con una tarjeta de crédito sin límite, llevándola segura hasta su casa. —Ella forzó la sonrisa, pero luego hizo una mueca, al ver que no me movía —. ¡Mierda, yo no puedo hablar!

—¿Qué?

—No puedo dejarla ir sola, Natalia. —Cruzó los brazos y se puso seria. Negó con la cabeza y apuntó a la oreja—. Si no doy

alguna cosa para ella, alguien en el aeropuerto puede barrarme, Capela. Deje de tocar la bocina en mi oído y déjeme trabajar.

—¿Cómo así? ¿Qué está sucediendo?

—Usted está siendo seguida.

—¿Eh? —Miré de un lado para el otro, ella me sujetó el brazo y me condujo, mientras yo seguía andando, porque mi corazón comenzó a acelerarse—. ¿Un criminal o stalker? —susurré.

—Un poco de los dos. —Prócion alisó mi espalda para confortarme, pero solo empeoró el sentimiento malo que se formaba dentro de mí—. Pero no se preocupe, conmigo a su lado, nadie la va a incomodar. Y en Brasil, ellos no tienen acceso.

—¿Quién?

—Prometo contarle, tenga paciencia. —Ella apuntó a una mesa, de una cafetería y se apresuró—. Quédese ahí, voy a pedir nuestra comida.

El miedo me impidió actuar contra aquella orden. Me senté en la silla, observé alrededor a las personas andando por el aeropuerto, en busca de alguien que me vigilara.

Cualquier persona que me diera un segundo de su mirada, yo creaba teorías increíblemente alocadas y estaba a punto de enloquecer. Debería haberme dado cuenta de que tanto dinero, un pedido tan absurdo, estaba relacionado con algo que no era legal.

Prócion trajo una bandeja con cafés y pastelitos. Cogí una de las tazas, empecé a soplar, al mismo tiempo que respiraba hondo, para controlar el pánico creciente.

—Calma, Natalia, usted está creando una tormenta en un vaso de agua. —La seguridad soltó una risa forzada y alzó la taza

delante de su boca, su mirada estaba en la mía—. Usted no va a ser secuestrada o lastimada.

—¿Cómo puede estar segura? ¿Por qué estoy siendo vigilada? ¿Qué es Damian? —Cerré los ojos y respiré hondo, yo estaba cosechando el caos por no haberme quedado quieta en mi rutina perfecta y monótona—. ¿Dónde me metí?

—En nada que no sea administrable. En Brasil, nadie la tocará.

—Menos mal que estoy volviendo, entonces.

—Depende del punto de vista, porque voy a recibir un regaño del CEO griego por haberla dejado ir antes de la confirmación del embarazo.

—El contrato fue rescindido, ya no quiero formar parte de esto, ni voy a someterme a más análisis, o medicamentos para estimular la ovulación. ¡Basta! —dije la última palabra demasiado enérgica y me encogí—. Disculpe.

—Sin problema, creo que todo va a suceder de forma natural. —Ella se rio cuando me encogí aún más—. Ustedes estuvieron juntos, ¿verdad?

—Pasé cinco años acostándome con un hombre, intentando quedarme embarazada, formar una familia, ¿y va a suceder justo con otro?

—Hacer la misma cosa y esperar un resultado diferente es la definición de locura. Cuando se cambia un elemento de la ecuación... —Alzó las cejas animada, yo no estaba de humor para bromas—. Relájese, Natalia, no se tome todas las cosas tan en serio. La vida es corta para tanta tensión.

—Al contrario, la vida es lo suficientemente larga para que usted se arrepienta, todos los días, de haber dejado lo cierto por lo dudoso. Mi marido era...

—Usted se había separado antes de conocer a Damian. No hay cierto o equivocado, cuando usted no sabe lo que el futuro tiene para ofrecer.

—Yo solo quiero volver a casa. —Presioné los labios con fuerza, exhausta de aquella conversación—. Retomar mi rutina, vender inmuebles, conversar con personas, ir al gimnasio, volver a estudiar o encontrar un nuevo hobby, sin la sombra del rechazo planeando sobre mí. Sin un millonario pretencioso que se cree dueño de la verdad, queriendo comprar mi alma.

—Parece hasta un argumento de un libro de romance.

—La vida real muestra que existe otra cosa más allá del final feliz. Y yo estoy en ese limbo. —Tomé un trago del café, ya estaba frío—. ¿Usted ya se enamoró? ¿Tiene familia?

—Solo por las estrellas con las que comparto la vida. —Ella tomó un trago del café e hizo una mueca—. Vaya, voy a cambiar nuestras tazas, nadie se merece tomarlo helado. Con lo amarga que está esta conversación, ya es suficiente.

Natália



Capítulo 23

Natalia

Casi una semana que había regresado de Grecia y no sabía qué hacer con mi vida, después de haber vivido como si estuviera en un sueño. No ayudó que aún estaba sufriendo con el cambio de huso horario, durmiendo en horarios diversos y no consiguiendo trabajar normalmente.

También estaba digiriendo todo lo que Prócion no me contó cuando llegamos a mi casa. Yo había decidido cerrar aquel capítulo de mi vida, un momento de tontería y aventura. Cuanto menos

supiera, más conseguiría mantener la distancia emocional, porque el conocimiento llevaba a la preocupación.

Lo que importaba era que estaba segura, que nadie me iba a incomodar, yo podría retomar mi vida como si nunca hubiera aceptado una propuesta para gestar un hijo.

Para mí, el CEO griego ya estaba muerto y enterrado.

Eliminé el contacto de Damian Antoniou y de su abogado Giuliano Camargo, también hice lo mismo con Prócion y todo lo que me relacionaba con aquel hombre. Creé una carpeta en la nube con un correo electrónico alternativo y mandé todas las fotos que hice en el viaje para ella, de una forma que nadie pudiera acceder, ni siquiera yo.

Mi exmarido intentó hablar conmigo después del mensaje borrado, le respondí que había vuelto del viaje con gripe y que marcaría un almuerzo cuando me sintiera bien.

Me giré en la cama, toqué mi vientre y todos mis planes se vinieron abajo. Si estuviera embarazada, todo habría sido en vano y yo no podría huir de mi destino entrelazado a aquel arrogante insensible con fecha de fallecimiento programada.

Ignoré la pizca de arrepentimiento, por no haber escuchado la explicación de la mujer que tenía acceso a una información tan importante.

Mi móvil sonó algunas veces, mientras yo dormía y despertaba durante el día. No tuve el coraje de devolver la llamada. Era Dante Vasconcelos, una de las indicaciones de Damian Antoniou, antes de aceptar su propuesta de tener un hijo.

En una de esas llamadas, yo estaba bien dispuesta y acabé atendiendo una posible oportunidad de negocio.

—¿Aló? —El corazón casi saltó por la boca. Sentada en mi sofá, lugar del que necesitaba salir, antes de que creara raíces, yo intentaba no enloquecer.

—¿Natalia Laje? Aquí es Dante Vasconcelos, de GTC Emprendimientos.

—Sí, soy yo. ¿Todo bien con el señor?

—Estoy genial. ¿Podríamos marcar una reunión?

—¿Cuál es el asunto? —Hice una mueca por haber sonado poco interesada—. Acabo de llegar de viaje, aún me estoy organizando.

—Ah, sin problema. —Él no parecía incómodo, para mi alivio —. Mi esposa y yo estamos reclutando algunos corredores para lidiar con emprendimientos que serán lanzados por el país. Siento mucho no poder compartir más que eso por teléfono. ¿Podemos marcar en algún restaurante o en alguna oficina?

—¿Alguien me indicó para esto?

—En realidad, yo guardé su nombre desde aquel día que nos encontramos, en el San Marino.

—¿Fue solo eso mismo? —soné demasiado desconfiada y me sentí culpable cuando el hombre se rio incómodo del otro lado.

—Es un contacto profesional genuino, Natalia. Sé que es extraño que el dueño de la empresa llame para algo tan comercial, pero yo soy de aquellos que se involucra en el proceso, en cada sector de mi empresa. Mi esposa es igual, si prefiere, ella puede entrar en contacto.

—Imagínese, sin problema. Mis preguntas están fuera de contexto, disculpe. Estuve viajando, algunas cosas sucedieron... ¡En fin! ¿Cuándo podemos reunirnos? ¿Mañana?

—En realidad, podré solo la semana que viene, estoy viajando.

—Está bien, me queda mejor a mí también. Envíe un mensaje de texto o correo electrónico con el compromiso, estaré allí.

—Claro, me alegro de que esté abierta a esta oportunidad. Hasta la semana que viene.

—Gracias. Hasta luego.

Terminé la llamada y gemí fuerte, tenía mi radar de desconfianza encendido y casi pierdo una gran oportunidad.

Antes de que me volviera loca, busqué el contacto de la psicóloga, le envié un mensaje y esperé que ella me respondiera. Tardó algunos minutos, pero ella lo vio y segundos después, hizo una videollamada.

¡Dios mío, yo estaba pésima, pero no iba a rechazar!

—Disculpe molestar, Doctora Juliana, yo no tenía a nadie con quien pudiera conversar. —Hice una mueca, Juliana estaba andando, mirando a los lados—. ¿Está ocupada?

—Más o menos, estaba viendo televisión, mientras Cameron vuelve de viaje y mis hijos están en clase. —Ella ajustó el móvil en algún lugar que quedó quieto, después la vi sentarse, parecía una oficina—. Listo, remueva el Doctora de mi nombre, podemos conversar. ¿Qué sucedió?

—¿Está segura? No quiero molestarla.

—Usted necesita resolver su problema de confianza y conseguir amigos. Mientras tanto, yo le hago el favor y ejercito ser menos terapeuta. Mis hijos lo agradecen. —Sonrió ampliamente a mi mirada desorbitada—. Esto no es una consulta y yo estoy inspirada. ¿Preparada para oír algunas verdades?

—Sí —soné insegura.

—¡Genial! ¿Qué le aflige?

—¿Se acuerda que recibí una propuesta para tener un hijo? Entonces, acepté, viajé a Grecia, pero cancelé todo y volví a Brasil.

—¡Vaya! ¿Cómo así? Eso fue... ni siquiera un mes completo. —Inclinó la cabeza hacia un lado—. ¿Cómo va el divorcio?

—Avanzando.

—¿Y aceptó tener el hijo de otro sin cerrar la relación anterior?

—Es solo burocracia, ya no hay vuelta atrás. La verdad es que todo no pasó de una aventura. Me siento tan perdida, casi estropeé una oportunidad de negocio porque creí que el CEO griego estaba involucrado en eso.

—¿Y cuál es el problema de ser indicada por el hombre que usted rechazó? Acepte o niegue, no hay elección correcta, las consecuencias son suyas para cualquiera de ellas.

Abrí y cerré la boca, ella respiró hondo y se frotó el rostro con las manos. Yo no debería haber llamado a alguien que no quería darme apoyo emocional, como ella misma dijo, yo necesitaba amigos de verdad.

—Lo siento mucho, Juliana. Gracias por haberme escuchado, voy a pensar un poco aquí.

—Yo no estoy bien. —Ella se frotó la frente y respiró hondo —. Me hice un examen ginecológico, dio una alteración y necesito repetirlo, para confirmar si es un tumor maligno o benigno. ¡Tengo tres hijos! ¿Cómo puedo enfermarme de esa manera? Yo soy un desastre. Acabé desquitando mi frustración con usted, en realidad, quien necesita hacer amistades y desahogarse soy yo, no usted.

—¡Pucha, Ju! —Yo quería abrazarla, porque creí que una psicóloga estaba hecha de acero, inquebrantable, pero ella era tan humana y mujer como yo—. La medicina está lo suficientemente avanzada para resolver cualquier problema que usted tenga. Todo va a salir bien.

—Estoy exagerando, puede que no sea nada.

—Entonces, será motivo para celebrar, con su familia, consigo misma. Usted es demasiado especial, tiene un gran corazón, esa será solo una fase superada cuando repita el examen.

—Mi marido canceló todos los trabajos para quedarse conmigo. Yo estoy entorpeciendo su vida, no quiero ser un peso para nadie.

—Estoy segura de que él vendería todo lo que tiene para hacerla sonreír. Cualquiera estaría orgulloso de poder darle apoyo, ya que es usted quien siempre ayuda a los demás.

—Yo creí que nunca necesitaría a nadie para eso, que mis estudios serían suficientes.

—Ni siquiera la edad y la madurez sirven de apoyo, cuando necesitamos sentir el amor, viniendo de dentro, compartido con las personas.

—Usted tiene razón. —Ella comenzó a reír y le cayó una lágrima mientras ella respiraba hondo. Yo no sabía decir de dónde venían aquellas palabras, solo que sirvieron no solo para ella, sino para mí misma—. Usted llamó pidiendo ayuda y acabó siendo lo contrario. Alguien que indica la dirección de la luz para otra persona no está perdida, como usted dijo.

—Entonces, ¿qué tengo?

—Usted renunció a una relación de muchos años, por miedo. Escogió una aventura y la interrumpió, por miedo.

—¿Miedo de qué?

—Usted me lo dice, Natalia. No podemos impedir que cosas malas sucedan en nuestra vida, pero controlamos cómo reaccionamos a cada adversidad. Vivir no es sobre ver el vaso medio lleno en todos los momentos, sino entender que el vaso medio vacío también forma parte. ¿Cuál es su miedo?

La imagen de mi madre, llorando en la cocina, cuando nadie podía verla, surgió en mi mente. Ella parecía tan solitaria, triste, me sentí tan insignificante, porque mi existencia no era capaz de alegrarla.

A pesar de ese recuerdo, yo sabía que mi madre había sido feliz, que amaba a su familia e hizo todo lo posible para criarme bien. Aun así, había un agujero, el cual yo no podría llenar, que tenía que ver solo con ella.

—El amor duele —murmuré, acordándome de lo que dijo Prócion, sobre mi huida de Grecia.

—Nacer también duele, y es la mejor cosa que nos sucedió, tanto como persona, como para nuestra madre. ¡Dios mío, yo nunca

había pensado en eso!

Ella sorbió y comenzó a llorar, yo la acompañé y nos quedamos juntas, entre lágrimas, memorias y profunda comprensión sobre nuestro comportamiento, nuestra existencia.

Natália



Capítulo 24

Natalia

Meses después...

Me senté en una de las sillas disponibles en la recepción de la clínica de ultrasonido y respiré hondo. Me acordé de lo que conversé con la psicóloga Juliana, era solo un examen, dejaría para enloquecer después de que saliera el resultado. De la misma forma que sucedió con ella, yo tenía una sospecha y sufrir antes de la confirmación podría ser en vano. En el caso de ella, creyó que sería algo grave, pero fue simple y tratable.

La única certeza que yo tenía era que estaba embarazada, pero había algo malo con el bebé. El aire que entró en mis pulmones casi me indujo al llanto, yo tenía que ser fuerte, yo sería madre, aquella vida dependía de mí.

Las economías que tenía y no gasté en el viaje a Grecia estaban siendo aplicadas en aquel examen, que no era pagado por el plan de salud.

Una pierna se sacudía a mi lado y desvió mi atención del sufrimiento precoz. Miré a la mujer que estaba cerca, era joven, hermosa y parecía tan solitaria como yo. Cuando su mirada encontró la mía, yo sonreí y encontré una brecha para conversar. Cosa de vendedor, sentíamos cuando la persona estaba abierta para recibirnos.

—Hola. ¿Vino a hacerse un ultrasonido también? —cuestioné lo obvio.

—Hola, no. —Ella miró hacia abajo, después suspiró—. Estoy esperando que mi marido llegue. Examen de rutina, pero no consigo relajarme. El historial en la familia me traumatizó

—Ni todo lo que es hereditario llega a nosotros. —Alisé el papel en mi mano con los dedos, era el recibo para recoger el resultado del examen.

—Soy Emanuelle, mucho gusto. —Ella extendió la mano y yo la apreté.

—Natalia. Estoy embarazada. —Intenté sonreír, pero el dolor no me lo permitió y su semblante cambió, incluso la pierna paró de sacudirse—. Mi primer hijo.

—Felicidades. —Su mano acarició mi brazo—. ¿Puedo hacerle una pregunta íntima? ¿Hay algo mal con el bebé?

—Aún no lo sé, voy a confirmarlo hoy. —Tragué saliva, no podía llorar—. ¿Usted tiene hijos?

—Sí, tres. Empecé temprano, con dieciocho. —Soltó una risa y miró hacia arriba, probablemente recordando su historia—. En aquella época, ni pensé en cuestiones de salud. Todos tendrán que hacerse un seguimiento, por causa del padre.

—¿Manu? —Una voz conocida hizo que mi sangre se helara.

Alcé la cabeza al mismo tiempo que la mujer se levantó para recibir a su marido. Era el abogado de Damian Antoniou, a quien yo había ignorado hacía meses, cuando volví de Grecia.

El universo era un canalla sin noción al ponerme al lado de la esposa de Giuliano Camargo.

—Hola, Natalia.

—Doctor.

Educado, él extendió la mano para saludarme y se sentó en el lado opuesto de la mujer. Me cerré, no iba a conversar más, yo no quería que él supiera algo y se lo contara a Damian. ¿Y de qué serviría? Mi bebé podría tener algo que transformase mi sueño en pesadilla.

—¿Una cliente de la oficina? —Emanuelle cuestionó bajo a su marido, con una pizca de celos.

—No, tiene que ver con un asunto de su padre y la familia Antoniou.

—¡Ah! —La mirada de la mujer encontró la mía, sorprendida. La simpatía fue sustituida por malicia y dureza, yo no estaba entendiendo aquella reacción— . —Usted me engañó muy bien, creí que era una extraña compartiendo asuntos que tocan el corazón.

—Curiosa —el hombre la llamó con afecto, y ella se giró—. No es como usted está pensando.

—Entonces, ¿qué es? —Ella se volvió hacia mí y cruzó los brazos, lista para iniciar una pelea. Normalmente, yo entraría en la disputa y no saldría perdiendo, pero estaba demasiado afectada—. Espere, algo no tiene sentido. Usted está embarazada...

—¿Natalia Laje? —Alguien me llamó, yo me levanté rápidamente y huí de esos dos.

Tragué mi llanto, acompañé a la técnica hacia dentro de la clínica, entramos en una sala y me entregaron una camisola para vestir, con abertura hacia adelante. Ignoré todos los pensamientos que intentaron invadir mi mente, yo no iba a crear ninguna teoría, dejaría para decidir qué hacer después del resultado de aquel examen.

Me acosté en la camilla, puse la mano en mi vientre y miré hacia el techo, esperando. Varios minutos pasaron antes de que la médica apareciera con mis exámenes. Ella me dio una sonrisa forzada y se sentó en el taburete, delante del aparato. La empleada estaba junto y se quedó de pie, cerca de la puerta.

—Hola, ¿todo bien? Soy la Doctora Alyne, voy a examinarla y comprobar cómo está el bebé. Puede quedarse tranquila, ¿está bien?

—Sí —refunfuñé, poniéndome más nerviosa—. ¿Usted vio el informe del último examen? ¿Realmente es eso?

—Sí, pero no vamos a precipitarnos. Doble las piernas y baje un poco la cadera. —Cogió la punta de la máquina, me ajusté como ella pidió e intenté espiar la pantalla, sin éxito.

Cada segundo que pasaba parecía la cuenta regresiva para el fin de algo especial. Yo quería tanto un bebé y él vino, solo por algunos meses.

Apreté los labios con fuerza para no llorar, contuve el aliento y esperé. Lágrimas escurrieron cuando oí los latidos del corazón del bebé resonando por el ambiente y la médica sonrió hacia mí, con piedad.

—Usted se hizo un examen antes de las siete semanas de gestación, la probabilidad de oír el corazón eran mínimas. Y su útero está en una posición invertida, no debería ser un problema, pero sus órganos se ordenaron fuera del estándar.

—¿Cómo así? ¿Yo tengo algo? —Sorbi y limpié mi rostro con la mano.

—Tendría que ser investigado, pero no creo que sea necesario. Una gestación mueve el cuerpo de la mujer. —Ella apretó mi mano, que había vuelto al vientre, cerca de mi seno—. Su bebé está bien, creciendo conforme a lo esperado.

—¿Está segura? ¿No tiene nada en el corazón? ¿Soplo?

—Doce semanas aún es muy pronto para hablar sobre eso. Haga el prenatal correctamente y los exámenes de ultrasonido aquí conmigo. ¿Está bien?

—Sí. —Alcé el cuello—. ¿Puedo ver?

—Claro. Mientras tanto, voy a teclear el informe para que usted se lo lleve a su médico.

Ella empujó el aparato para que yo pudiera ver la pantalla, admiré la parte blanca alrededor del negro, ya tenía la forma de la cabeza, pero no conseguía identificar el resto.

Lo importante era que el bebé estaba bien, mi hijo crecía sano en mi vientre. Continuaría cuidando mi alimentación, haciendo ejercicios moderados y disminuyendo el ritmo de trabajo.

Salí del examen sin el peso en la espalda que cargaba. Finalmente, podría contárselo a mis padres y vivir la maternidad, sin la preocupación de que contaría una noticia buena y luego vendría la mala. Después de que les hablé del divorcio, yo estaba andando con pies de plomo con mi familia, ellos creían que yo había enloquecido.

Yo quería la ligereza de la maternidad, pero desde el inicio, solo encontré el caos.

Pedí el resultado del examen, me indicaron que fuera hasta un área de la recepción y olvidé que me había cruzado con el abogado de Damian. Esperé algunos minutos, fue suficiente para que los dos también concluyeran el examen que se estaban haciendo y fueran al mismo lugar que yo, a recoger el resultado.

Los ignoré, yo no necesitaba ser educada con quien nunca formaría parte de mi vida.

—Disculpe, Natalia, todo lo que envuelve a mi padre me hace enloquecer. —Emanuelle tocó mi brazo—. Nano me explicó mejor.

—Está bien, sin problema —respondí, seca y crucé una mirada con Giuliano, él estaba neutro.

—¿Cómo fue su examen?

—Ok. —Me encogí de hombros, fingiendo tranquilidad, pero acabé sonriendo demasiado emocionada—. El bebé está bien.

—¿Va a contárselo al padre? —Emanuelle preguntó en voz baja. Crucé una mirada con ella, después con el abogado y negué con la cabeza—. Él merece saberlo, necesita esto.

—Usted no sabe quién es el padre de mi hijo. Déjenme en paz o hablo con la policía.

La empleada apareció con mi examen, lo cogí y me fui, sin mirar hacia atrás. Entré en mi coche, una sensación de miedo y necesidad de huida me hizo planear ir hasta la casa de mis padres y esconderme.

Esconder a mi hijo del mundo desconocido que dejé atrás cuando volví de Grecia, era mi prioridad. Aquel bebé sería solo mío.



Damian Antoniou

Capítulo 25

Damian Antoniou

Como prometí hace años, recibí las coordenadas por mensaje de móvil, conduje solo hasta un área desierta y esperé a mi segador. Yo no huiría de mi sentencia, hacía mucho tiempo que cargaba aquella culpa y estaba dispuesto a pagar el precio.

Aquel era el día de mi muerte.

Haber herido a Natalia demostró cuánto yo no tenía el derecho de hacer planes después de mi partida. Beneficiar a la única persona que vio más allá de mi dinero, de mi apariencia, fue una misión fracasada.

Mi legado terminaría conmigo, el dinero sería dividido entre los parientes distantes, además de mis asociados. Giuliano garantizó que la cuenta rellena que yo había preparado para Natalia sería entregada a ella, solo que yo no sabía si la ayudaría o la estorbaría, yo estaba harto de equivocarme.

Paré el coche en medio de la carretera de tierra y salí. Dejé el paletó en el asiento, la puerta quedó abierta y usé los faros para guiar mis próximos pasos. Elías desconfió que yo haría algo sin él, por eso le arreglé otros servicios para que hiciera, además de cuidarme.

—Usted vino. —El dueño de mis pesadillas y culpa apareció delante de mí, salido de los árboles y yo paré de andar. Él estaba más viejo, pero no abatido—. ¿Quién más?

—¿Qué? —Tiré de la corbata y me la desaté del cuello—. Vamos a acabar con esto.

—No tengo prisa. —Él sacó el arma de detrás del cuerpo y se acercó a mí—. Póngase de rodillas.

Obedecí, acordándome de las varias veces que me imaginé quitando otra vida, para poder vivir, sin el peso del compromiso. Yo ya había hecho mal a alguien, no soportaría añadir otro a la lista.

—¿Usted sabía que fue grabado? —Con la mano libre, él sacó el móvil del bolsillo y lo manipuló, el arma apuntaba hacia mí—. Yo lo veo todas las noches, antes de dormir.

Tragué saliva cuando vi la pantalla del móvil, la avenida conocida, el coche colisionando con otro, el momento en que todo en mi vida cambió.

Yo salí del velatorio de mi padre. Estaba triste, desconsolado, había bebido y conduje con imprudencia. Tenía diecinueve años, estábamos en Brasil y yo quería haber vuelto a Grecia, allí era donde mi padre debería estar siendo enterrado.

Totalmente descontrolado, entré en el carril contrario a alta velocidad y causé un accidente de tráfico, la mujer embarazada en el asiento del pasajero falleció. El marido de la víctima no era cualquier persona, sino un alemán rico y peligroso que estaba de paso en el momento equivocado, en la hora equivocada.

Fueron días, semanas, meses siendo perseguido por ese hombre. William Galli me acosó, los abogados de mi familia consiguieron aliviar mi pena, pero no la culpa que yo cargaba, a causa de las imágenes de ultrasonido, de los vídeos de la familia feliz, de aquel que iba a ser padre, pero por mi culpa, tuvo su sueño destruido.

Llegué a un acuerdo con mi futuro hace mucho tiempo, pero la llegada del día en que permití ser asesinado lo cambió todo. Casi desistí de la promesa, al reencontrar a la única persona que pasó por mi vida y nunca fue olvidada. La única que me veía más allá de las cosas que yo hacía.

Cerré los ojos, porque el vídeo estaba repitiéndose y algo dentro de mí se destrozaba, una vez más. Porque aquella no era solo la memoria del accidente que causé, sino de la muerte de mi padre, uno de los días más tristes de mi vida.

Yo estaba tan adormecido y en piloto automático que ni sentí la muerte de mi madre. Tantos lutos que ignoré, sofocados por la culpa.

—Abra los ojos, vea lo que usted me hizo pasar. —Sentí el cañón del arma en mi mejilla y obedecí, un nudo en la garganta se formó—. Usted me quitó todo y yo haré lo mismo con usted.

—Haga lo que tiene que hacer. —Lo encaré, firme—. Dispare.

—Usted no facilitó mi vida.

—Ni usted.

—Si no estuviera conduciendo, nada de eso habría sucedido.

—Yo era joven e irresponsable.

—Usted era mayor de edad y merece pagar el precio.

—¡Entonces, hágalo de una vez!

—La decisión es mía, no suya. Creí que usted iba a implorar por vivir bueno, vamos a intentar otra cosa, algo especial para usted.

Él manipuló el móvil, mostró un examen de ultrasonido y temblé, de rabia, de odio, de todos los sentimientos malos por mí mismo. No solo porque yo había causado aquel dolor, sino por acordarme de Natalia, por haber considerado tener un hijo con ella, pero estropeándolo todo.

—¿Cómo así? ¿Yo tengo algo? —aquella voz era conocida e hizo que mi mundo girara.

William se carcajeó, intenté oír el diálogo de aquel vídeo, pero no fue posible, porque en el fondo yo sabía, no era un ultrasonido del pasado, sino reciente, de Natalia.

Ella cargaba a mi hijo.

Él la estaba vigilando.

—Usted hizo más de lo planeado.

—No.

—Yo finalmente podré vengarme y tener a mi familia de vuelta.

—¡No la lastime!

—Ah, yo cuidaré muy bien de ella, usted podrá acompañarlo desde la otra vida.

—Espere... —intenté levantarme, él se alejó y apuntó hacia mi pecho. Alcé las manos en rendición, yo no podía morir sin antes hablar con Natalia.

—¿Últimas palabras?

—Yo necesito...

—Adiós.

Antes de que pudiera ponerme de pie, el estampido me detuvo, el dolor en el pecho me derribó hacia atrás y caí al suelo. Sentí la sangre subir por la garganta, tosí, temblé y vi mis fuerzas yéndose junto con el hombre que podría hacerle daño a mi mujer.

Mi hijo.

Pasé tanto tiempo moldeándome a causa de un único acto fallido de mi existencia. Mi éxito profesional era la huida perfecta para no acceder al dolor de haber matado a una mujer y a su hijo. Yo destruí una familia y no merecía tener la mía propia. Y, por más que esa verdad estuviera perdiendo fuerza, yo no podía soñar. Mi fin había llegado.

Intenté no cerrar los ojos, forcé la mano a llegar hasta mi pecho e impedir que la sangre brotase. No sabía si habían pasado

segundos o minutos, pasos apresurados llegaron hasta mí y un rostro desconocido y femenino apareció en mi campo de visión.

¿Sería un ángel llevándome al cielo, porque pagué mis pecados? ¿O la anfitriona del infierno?

—Usted es un pez resbaladizo, casi se me escapa. Aguante firme, su tiempo en este mundo aún no terminó.

Natália



Capítulo 26

Natalia

Semanas después...

Alisé mi vientre y amé sentir los cambios de mi cuerpo en poco tiempo. La ropa empezó a quedarme ajustada, las personas me miraban de una manera diferente, además de aquellos que insistían en que yo debía tener preferencia, ya fuera en las filas o en las atenciones.

Yo no sabía que quedarme embarazada cambiaría tantos detalles. Y, por más que estuviera amando cada momento de mi

rutina, yo la cambiaría para volver a la casa de mis padres.

La oportunidad de trabajo que Dante Vasconcelos me dio, contribuyó a eso. Yo podría trabajar desde casa, por el ordenador, durante los próximos dos años y solo entonces, volvería al campo. Sería tiempo suficiente para adaptarme a la maternidad y crear una rutina que fuera capaz de administrar, conmigo y con mi hijo.

Sola, yo no me sentía lo suficientemente fuerte para protegernos. Aunque nada diferente hubiera sucedido después de mi encuentro con el abogado Giuliano y su esposa, yo estaba segura de que él se lo contó a Damian, si es que todavía estaba vivo.

Un pinchazo de dolor en mi pecho vino y se fue. Pensar que mi bebé no tendría a su padre y que yo no había decidido cómo abordaría aquel asunto con mi hijo, me causaba dolor de cabeza.

El próximo ultrasonido sería para descubrir el sexo. Aun sabiendo en mi corazón que era niño, sería especial, porque yo tendría la compañía de mis padres conmigo.

Hice una maleta grande con ropa, otras dos más pequeñas con zapatos, accesorios, y guardé cosas importantes en cajas, para llevar hasta el coche y conducir hasta la ciudad de mis padres.

Miré alrededor de mi apartamento, sonreí al ver las flores enviadas por mi exmarido y fui tomada por la nostalgia. Nosotros, finalmente, firmamos el divorcio y llegamos a un acuerdo amigable con nuestras emociones. Él no lo confirmó, pero yo tenía casi la certeza de que había otra mujer en su vida, por eso paró de intentar salvar nuestro matrimonio.

Pero, él aún tenía la necesidad de mantener contacto y enviaba regalos. El último habían sido las flores, parecía que él había

descubierto sobre mi embarazo.

Un motivo más para estar lejos de todos, yo no quería explicar que el padre no era él, yo me había divorciado antes.

Cogí el asa de la maleta y la empujé fuera de mi apartamento, haría varios viajes hasta el coche, pero yo no tenía prisa. Bajé en ascensor hasta el aparcamiento y a la vuelta, paré en la portería para ver si tenía alguna correspondencia.

—Señor Manoel, ¿hay algo para mí? —cuestioné, poniendo mi rostro en la ventana de su cubículo.

—En realidad, sí. —Él tenía el teléfono en el oído y apuntó hacia el portón—. Llegó un encargo para usted. ¿Puede recibirlo?

—Claro. —Puse los ojos en blanco, Vitor necesitaba parar de gastar dinero conmigo y vivir su propia vida.

Di la vuelta a la portería, fui hasta el pequeño portón de acceso y me extrañó el repartidor. El hombre no se parecía a uno, era más fácil confundirlo con uno de los ejecutivos con los que yo trabajaba, a causa de su cabello canoso y ropas formales.

El frío en el vientre y el corazón acelerado deberían haber sido suficiente para que me diera cuenta de algo raro. Pero yo me arriesgué, porque no imaginaba que alguien pudiera hacerle daño a una embarazada.

Cuando el hombre me vio acercarme, él sonrió y levantó un paquete en tonos pastel. Un zumbido indicó que el portón había sido abierto y yo podría salir. Forcé la sonrisa y cogí el envoltorio de la mano del hombre.

—¿Quién es usted? —pregunté, inocente.

—Alguien que quería conocerla hace mucho tiempo. —Su mirada no se desvió de la mía y sentí un escalofrío—. ¿Podemos ir a un lugar más tranquilo, a conversar?

—No. —Yo intenté devolverle el paquete al hombre, él se acercó y cerró el portón detrás de mí—. Espere...

—Quédese tranquila, Natalia Laje. Yo no voy a lastimarla, si usted coopera. —Puso un dedo delante de mis labios para callarme, cuando abrí la boca—. Piense en su bebé.

—¿Por qué? ¿Qué está sucediendo? —cuestioné, andando al lado del hombre, en dirección a un coche. Giré el rostro para mandar alguna señal al portero, pero rápidamente giré, porque sentí algo duro en mi vientre, sobre la caja.

—Ni lo piense.

Yo no estaba entendiendo nada, solo hice como él ordenó y empecé a orar. Me senté en el asiento de atrás del coche negro, la caja estaba en mi regazo. El hombre se quedó a mi lado y un matón malencarado estaba en el volante.

—Ábralo, vea si es de su gusto —el señor habló amistoso, en su mano tenía un arma apuntada hacia mí. El coche entró en movimiento y mi desesperación aumentó.

—Por favor —murmuré, con lágrimas llenando mis ojos.

—Oh, qué exagerado soy. Somos todos una gran familia. —El señor dio un golpecito en la caja y me asusté—. Abra —ordenó.

Cerré los ojos brevemente y respiré hondo. Tiré del lazo que cerraba la caja, empujé la tapa para un lado, después la otra y encontré una ropa de bebé, blanca y azul. Si no estuviera tensa,

seguramente podría admirar la belleza de aquel regalo, pero yo solo veía terror.

—¿Entonces? —El hombre se inclinó hacia mí.

—Lindo —tartamudeé, tensa.

—No le gustó, tendremos que comprar otro.

—¿Quién es usted? —cuestioné, buscando en sus rasgos alguna semejanza con alguien—. ¿Qué le hice?

—Se lo contaré todo cuando lleguemos.

Un grito se quedó atrapado en mi garganta. Puse la mano en mi vientre, cerré los ojos e hice una oración, una promesa, implorando para que nada malo nos sucediera. Yo no había pasado por tantas cosas para llegar casi a la mitad de mi gestación y que algo grave pasara.

Necesitaba encontrar una salida, una forma de escapar. Miré por la ventana, aproveché que el hombre se había quedado en silencio y un torrente de informaciones vino a mi mente. Los regalos que recibí no eran de mi exmarido, sino de él, él sabía de mí desde el primer contacto que tuve con Damian Antoniou.

¿Será que mi secuestrador era algún pariente de él? ¿Este hombre era el motivo de Damian tener una fecha de muerte programada?

STARSET - Telepathic

Los latidos agitados de la música que sonaba aumentaron mi tensión. El coche se detuvo frente a una obra de construcción de un

edificio. Él no necesitó decirme que saliera, me arrastré por el asiento y dejé la caja.

Con una mano en mi brazo, el señor me condujo hasta una entrada lateral. Memorizé todo lo que estaba a mi alrededor, en la primera oportunidad, yo saldría corriendo o gritaría.

Subimos un tramo de escalera y un apartamento decorado estaba con la puerta abierta. El aire acondicionado estaba encendido, las luces estaban prendidas, porque las cortinas mantenían el ambiente privado. Había una mesa de desayuno puesta. Él indicó una silla para que me sentara, yo lo hice, pero me quedé solo en el borde, preparada para correr en la primera oportunidad.

—¿Le gustaría café o té? —Fue hasta el mostrador y cogió dos tazas de una bandeja.

—Yo preferiría volver a mi apartamento, por favor —intenté sonar tranquila, como él.

—Este es mucho mejor. —El señor se sentó delante de mí y alzó los brazos, mostrando a su alrededor. La decoración era lujosa, pero el edificio parecía abandonado hacía mucho. —Podríamos construir nuestra familia aquí.

—¿Qué familia?

—Usted está embarazada y el padre de su hijo no está entre nosotros. Yo puedo hacer ese papel.

—¿Damian murió? —Acabé entregando mi preocupación y fragilidad, él sonrió ampliamente, loco.

—Debería.

El hombre alzó un control, que yo no sabía de dónde lo había sacado y apuntó hacia una televisión. Había varios cuadrados, cámaras de algún hospital.

Intenté encontrar algo familiar, la pantalla fue llenada por Damian acostado en una cama de hospital, intubado, tan pálido. ¿Él estaba enfermo? ¿Qué había sucedido?

—Vea mi problema, Natalia Laje, él debería estar a metro y medio bajo tierra, enterrado, sin herederos, como fue acordado. Él escogió ese castigo, años atrás. Pero él incumplió el acuerdo y yo me tomé la libertad de hacer lo mismo

—No estoy entendiendo. ¿Qué tengo yo que ver con esto?

—Su hijo tiene que ver. —Él apuntó con el control hacia la televisión—. Damian Antoniou mató a mi esposa embarazada, conduciendo borracho.

—¿Qué

—Asesino, el peor de todos.

—No... —Yo estaba en shock con la revelación.

—Acabar con su vida sería demasiado fácil, la justicia no lo arrestaría por ser hijo de un millonario con muchas conexiones. Entonces, hicimos un acuerdo. Él se quedaría vivo hasta la edad que mi mujer tenía, exactamente en el mismo día de vida en que ella murió. Y a cambio de la vida de mi hijo... él entregaría la suya.

—¡No! —Me levanté, con la mano en el vientre, protectora.

—¡Siéntese, joder! —ordenó, soltando el control y cogiendo el arma, para apuntarme. Con las piernas temblorosas, yo obedecí. Damian no pudo haberme hecho eso—. Coma.

—Ese hijo es de otro hombre, estoy casada —mentí y el hombre se rio.

—¿Y viajó con otro? ¡Qué vagabunda!

—Nos estábamos dando un tiempo. Por favor, yo no tengo nada que ver con esto. Ese hijo no forma parte de una deuda.

—No importa, Damian gusta de usted, es suficiente para que yo cobre la promesa. —El hombre puso el arma encima de la mesa, cogió un pan de queso y masticó, mirando la televisión que tenía a Damian reposando—. Hasta me gusta la idea de quedarme con usted mientras él no puede hacer nada. —Se rio, asustándome aún más—. Pasé demasiado tiempo planeando este momento. Finalmente, yo podré tener mi venganza

Natália



Capítulo 27

Natalia

Miré la televisión y tragué saliva, la saliva no bajaba por la garganta y yo me ponía cada vez más nerviosa. Damian no tenía el derecho de involucrarme en esta confusión, al mismo tiempo que yo, finalmente, asumía mi responsabilidad en el acuerdo que hicimos, para tener un hijo.

Recordé la conversación con la psicóloga, no fue una sesión de terapia, pero sirvió al propósito de incentivarme a tener una experiencia desconocida. Yo tenía que lidiar con las consecuencias, buenas o malas, de mis deseos.

Alisé mi vientre, implorando para que mi hijo no sintiera la mitad de las emociones, cuánto miedo y rabia yo tenía. Mis ganas eran de saltar al cuello de aquel hombre, sin importarme que estuviera armado.

—Pensé en darle mi nombre a nuestro hijo —el hombre soltó como si creyera en aquella mentira. Dios mío, él había enloquecido de forma patológica y miraba sin foco, como un villano de película—. William Galli, sin su apellido, no combina con el mío.

—Yo no formo parte de ese acuerdo. Por favor, déjeme ir. —Arrastré la silla, el arma fue apuntada a mi rostro. Contuve la respiración por algunos segundos y sostuve nuestras miradas, yo no iba a someterme sin intentar usar mis habilidades de vendedora para salvarme—. Siento mucho lo de su esposa e hijo, puedo imaginar su dolor. Pero yo no puedo ayudarlo, el acuerdo fue hecho con Damian, él está vivo, necesita revisarlo directamente con él.

—Usted es la heredera, asume todo en nombre de él. ¡El desgraciado está huyendo del castigo y yo no voy a permitirlo! ¡Deje de protegerlo!

—El único que me importa está en mi vientre. Soy una madre soltera por elección, porque no confío en los hombres, tengo mis traumas y voy a lidiar con todo eso en la terapia. —Uní las manos en oración, yo estaba usando el exceso y palabras inconexas para comunicarme con él—. Necesito irme.

—Usted está mintiendo, quiere ir detrás de Damian. Él no puede vivir.

—¡Yo no hablo con él hace meses!

—Seré un padre mejor que aquel asesino.

—William...

—¡Mire! —Alzó el control hacia la televisión y miré en aquella dirección—. Necesita ver cómo sucedió.

—¿Qué?

La imagen de Damian en un cuarto de hospital cambió a una oscura, una carretera. Un coche iba despacio en una dirección y otro apareció, invadiendo el carril contrario y chocó de frente.

Me asusté con el impacto, fue violento, aterrador. En lugar de que el hombre dejara rodar el vídeo del accidente, volvió a segundos antes del impacto y así lo hizo, varias veces, como un obseso.

—Yo veo este vídeo varias veces antes de dormir. Esperé por mucho tiempo para hacer que Damian pagara. Él debería estar muerto, mi venganza aún no llegó al final.

Obseso.

Trastornado.

Un hombre que perdió todo, incluso la sanidad.

¿Cómo yo lucharía contra aquel psicópata?

Me levanté, mirando la pantalla, con la mano en mi vientre saliente y arriesgándome a recibir un tiro. No miré a William, di pasos hasta la televisión, yo necesitaba alejarme de aquel hombre, para poder escapar.

Fingiendo que estaba hipnotizada, alisé los laterales de la pantalla y respiré hondo, teatralmente.

—Qué triste —dije, siendo más sincera de lo que me gustaría. Era desolador saber que el secreto de Damian era tan

pesado, la responsabilidad de una vida interrumpida. Más triste aún saber que la muerte de él era inminente, real, no una exageración. La soledad me abrazó como una manta confortable, porque yo sabía que nadie vendría a salvarme, yo tenía que resolverlo todo sola.

—Asesino. Mi mujer tardó muchos años en conseguir quedarse embarazada, para que un imbécil millonario me la quitara. ¡Cruel! ¡Canalla!

Para torturarme, el hombre cambió la velocidad del vídeo a lento, era posible ver el momento de la colisión, de los cuerpos moviéndose dentro del coche, la muerte de la mujer.

La emoción se apoderó de mí, me puse en el lugar de aquella familia y comprendí su dolor. No justificaba enredarme en el conflicto de los dos, pero cuando estábamos sufriendo, no nos importaba la coherencia, solo alimentar aquel sentimiento negativo que nos corroía.

Antes de que las lágrimas escurrieran, algo en la pantalla me llamó la atención. Como estaba en cámara lenta, fue posible ver la trayectoria de un punto minúsculo, pero perceptible, al estar en una pantalla tan grande, y tan próxima.

Antes de la colisión, ese punto acertó al coche de Damian, haciendo que él se asustara e invadiera el carril lateral. No era suficiente para eximirlo del acontecimiento, pero con seguridad, cambiaba algo.

Era mi punto de luz al final del túnel.

—¿Qué es eso? —cuestioné, girando mi rostro en su dirección y señalando con el dedo—. Parece que algo golpeó a Damian antes del accidente.

—Ese es el asesino que me dará una nueva familia —respondió, llevando una taza a la boca, observándome atento. El arma estaba encima de la mesa, de fácil acceso para él.

—No, hay algo allí.

—Yo vi este vídeo millones de veces. Sé todo lo que sucede, el minuto exacto en que mi mujer e hijo mueren.

—Pero... —Intenté insistir, él respiró hondo y apuntó a la silla.

—Vuelva a la mesa. Usted es mi mujer, ese hijo será mío y formaremos una familia, con el dinero de Damian.

Mis ganas eran de gritar, de desesperación, pero no serviría de nada ante aquel loco. Hice una mueca, controlando el llanto, intentando proteger a mi bebé, pero la sensación de impotencia hizo que mis piernas flaquearan.

—Necesito un baño —declaré, andando por la sala decorada.

—Usted no va a ir a ningún lugar lejos de mí.

—¡Entonces, haré pipí aquí, en cualquier lugar! —Lancé los brazos al aire, frustrada, encarándolo con severidad. Yo no sabía cómo accionar su orgullo, para poder usarlo a mi favor—. ¿Va a comportarse como Damian? ¿Una embarazada por otra?

—Yo no voy a matarla.

—Está bien que sea tortura, eso lo convierte en un hombre mucho mejor.

Me senté en la silla delante de él y respiré hondo, varias veces, exagerada. También hice mi mejor mueca de piedad, yo no quería llorar, porque sabía que sería verdadero y yo quedaría

vulnerable. Pero podría usar todo lo que envolvía dolor, sufrimiento, para arrancar un mínimo de empatía de aquel loco.

—¿Usted está sintiendo dolor? —el hombre cuestionó, sorprendido.

—Sí, necesito hacer pipí. ¿Usted no recuerda cómo era con su mujer? Las embarazadas se ponen nerviosas y el cuerpo reacciona.

¡Ah, finalmente encontré algo! Él se vio afectado por mi frase. Traer a su esposa al tema lo hizo tener un poco de consciencia, si es que era posible en el estado mental en que se encontraba.

—Está bien, vaya al baño, pero deje la puerta abierta.

—Gracias —murmuré, levantándome con la mano en el vientre y yendo lentamente hacia el pasillo, era la primera puerta.

Todo era grande y elegante en aquel apartamento, por eso no me di cuenta de que la puerta estaba entreabierta, no de par en par. Dejé la vergüenza a un lado, levanté la tapa del váter y bajé mis pantalones de gimnasia junto con la braguita. Justo cuando me senté, mi mirada fue hacia algo detrás de la puerta.

¡Era una mujer!

La reconocí de inmediato. Prócion tenía un dedo en la boca, en la señal universal para que yo me quedara en silencio. Con una ropa toda negra, pegada al cuerpo, el cabello estaba recogido en una trenza y a su alrededor, varios accesorios que indicaban armas.

Al darse cuenta de que yo permanecería en silencio, ella sonrió, guiñó un ojo y puso el dedo en la oreja:

—¡Hora del show! —susurró, empujando la puerta para que se cerrara—. Usted está protegida aquí conmigo.

—¿Natalia? Yo dije... —oí a William hablar alto y bravo—. ¡Espere! ¿Quién es usted?

Asustada, terminé lo que estaba haciendo, me limpié y me vestí.

Tiros sonaron, puse las manos en mi boca para ahogar mi grito. Ruido de muebles cayendo, más voces fueron ahogadas y yo no tenía idea de cómo aquella seguridad me encontró, después de tantos meses.

Prócion salió de la puerta, vino hasta mí y soltó la cadena, porque yo estaba en shock. Con las manos enguantadas, ella sujetó mis hombros, después alisó mis brazos, para consolarme.

—Terminó, todo está bien.

—¿Cómo?

—Usted fue genial, si lo hubiéramos combinado, no habría salido tan sincronizado.

—¿Por qué está aquí?

—¡Para protegerla! —Ella se alejó, en dirección a la puerta—. Creo que es importante ir hasta una sala de urgencias para revisar al bebé. ¿Qué piensa?

—Que no estoy entendiendo nada.

—Se lo explico en el camino. —La seguridad puso el dedo en la oreja, después asomó la cabeza fuera del baño—. Abran espacio, voy a llevar a Natalia a la sala de urgencias.

La mano enguantada encontró mi pulso, fui conducida por el apartamento decorado, mi vista se empañó cuando vi la mesa con la comida destruida, la televisión con una marca de bala, la pared también. Identifiqué que había otras personas, pero no tuve fuerzas para saber quiénes eran, de qué se trataba.

Salí del apartamento, sentí mi rostro mojarse, a causa de las lágrimas. Bajamos un piso por la escalera, el brazo de Prócion me envolvió con cariño y el llanto comenzó a fluir. Entramos en un coche, en la parte de atrás y oí conversaciones, pero no lo suficiente para prestar atención a lo que decían.

—Natalia, míreme —la seguridad exigió, poniendo una de las manos en mi rostro—. Usted está entrando en shock, pero no es necesario. Respire. Usted está bien y solo iremos al hospital, por precaución.

—Él tenía un arma —comenté, con un nudo formándose en mi garganta, ni el coche balanceándome parecía consolarme—. Dijo que Damian mató a su esposa embarazada, yo sería la sustituta.

—Olvídese de lo que William Galli dijo, él está enfermo.

—¿Por qué él hizo eso conmigo? ¿Por qué yo acepté?

—Calma, Natalia, no es así. Damian quería un heredero legítimo, porque sabía que William iba a tomar todo su dinero a causa del accidente. Hay muchos abogados involucrados en ese asunto.

—Yo no quiero nada de eso. El hombre perdió a su esposa y a su hijo, que él pague el precio, no yo.

—Lo combinado fue pagar con la vida, pero nosotros descubrimos toda la verdad y Arcturus llegó antes de que los planes

de William fueran cumplidos.

—¿Quién?

—La médica del equipo. Usted puede llamarla de Arc. —La seguridad estaba tranquila, recibí un mimo en el rostro y fruncí el ceño—. Usted todavía está en shock, después le explico todo con más detalles.

—¡Quiero saber ahora! —exigí.

El coche paró, la persona que conducía se giró hacia nosotros y sonrió. Ella parecía práctica y determinada, también estaba con una trenza y ropas negras.

—Damian mató por accidente a la esposa embarazada de William Galli. Él no es un hombre normal, sino un mafioso alemán, que tiene familia aquí en Brasil, esa es otra historia. Fue un accidente. Damian era demasiado joven para entender e hizo un acuerdo con el criminal, sin darse cuenta de que estaba alimentando a un loco con su deseo de dominar el mundo. Su bebé nunca estuvo en pauta. —La conductora apuntó con el pulgar hacia atrás—. Calme el corazón, embarazada, Damian no es el villano.

—Yo me las arreglaré para volver, no necesita esperarme Bet.

—¿Bet? —cuestioné, saliendo del coche.

—Betelgeuse.

—¿De dónde viene ese nombre?

—Estrellas, ¿recuerda? Las más brillantes de ellas. —Envolvió mi cintura con sus brazos y andamos por la acera, en dirección al hospital—. Voy a buscarle un obstetra y dejarla segura.

—¿Todavía existe peligro?

—Solo de un corazón roto, si Damian no resiste a la próxima cirugía que se hará para controlar la infección del tiro que recibió.

Entramos en la sala de urgencias y fui atendida rápidamente, Prócion sabía dar un show exagerado. Entré en el consultorio sola, ni conseguí despedirme de aquella que fue una amiga en Grecia y me había salvado en Brasil.

El médico que me atendió fue solícito y pidió que me quedara una hora en observación, para garantizar el bienestar no solo mío, sino también del bebé. Oír el corazón de mi hijo me hizo llorar nuevamente, de alivio, de desconsuelo.

Cuando recibí el alta, el abogado Giuliano y su esposa Emanuelle me esperaban en la recepción. No había motivo para despedirlos, yo estaba en piloto automático.

Ellos fueron mi viaje hasta casa y me aclararon un poco más de la historia que envolvía a un CEO griego, una promesa de muerte y un amor de infancia que sobrepasó tiempo, espacio y sueños.

Natália



Capítulo 28
Natalia

Semanas después...

Mi padre estaba terminando de montar la cómoda del cuarto del bebé, mientras mi madre y yo hacíamos el almuerzo. En lugar de ir yo a casa de ellos, a causa de mi incidente, ellos vinieron a mí, dispuestos a ayudarme en todo lo que yo no estaba preparada, o no era capaz de manejar.

Tanto tiempo independiente, viviendo mi vida solo con Vitor, que me había olvidado de que podía contar con el apoyo de aquellos

que me dieron la vida. Pronto, ellos se irían y yo ya estaba sufriendo, por no tener con quién conversar sobre la rutina de embarazada, el bebé moviéndose, la acidez estomacal, los antojos por comida.

—No puede olvidarse de tomar agua, Natalia. —Me entregó la botella llena, hice un puchero mientras revolvía la carne picada—. En estos momentos es cuando tener un marido ayuda, hija. Tu padre era quien siempre me llenaba la botella.

—Claro. —Di un gran trago, para no contar sobre Damian. Ellos solo sabían que había sido un momento, que aún no había contado sobre el bebé al hombre desconocido, porque sufrimos un accidente de tráfico. Cuando ellos descubrieran que era alguien de nuestro pasado, tendré que responder muchas preguntas.

—¿Cuándo va a contárselo a él?

—Él está hospitalizado, mamá.

—Debería ir a visitarlo.

—Mi médico no lo autorizó, a causa de los riesgos biológicos y emocionales. Yo ya pasé por sustos suficientes. —Era exageración por mi parte, pero yo necesitaba echar la culpa a alguien para cerrar el tema. Di otro trago de agua y mi madre fue a la mesa, a arreglarla para el almuerzo.

—¿Ya pensó si el muchacho muere sin saber que va a tener un hijo?

—Ya lo pensé y no me gustó. —Apagué el fuego y dejé la botella de agua encima del mostrador. Alisé mi vientre, preocupada no solo por Damian, sino por cómo le contaría a mi hijo la historia sobre su padre. Era muy compleja y yo prefería que él mismo lo

contara—. Si hubiera sabido que él era tan complicado, no me habría involucrado, mamá.

—Usted no debería haber acabado con su matrimonio, para empezar.

—¡Si continuara con Vitor, no tendríamos a Isac! —Puse los ojos en blanco, odiaba cuando nuestras conversaciones llegaban a ese punto—. Mamá, no voy a cambiar el pasado. Estoy feliz embarazada, yo siempre soñé con tener un hijo. Y si es necesario, pongo una alarma en mi móvil para hacer el papel de marido.

—Eso no fue lo que quise decir, Natalia. Yo también estoy feliz con mi nietito. —Ella cruzó los brazos—. ¿Escogió el nombre sin que el padre lo apruebe?

—Usted se está pareciendo a mi suegra. —Mi padre entró en la cocina, cogió mi botella de agua y se tomó lo que restó del líquido. Era agradable sentir el corazón calentarse por oírlo defenderme. La maternidad me hizo reflexionar mucho sobre mi propia infancia, y también, la relación de mis padres—. ¿El almuerzo está listo?

—¡Sí! Voy al baño y ya vuelvo.

Fui a mi cuarto, entré en el baño y cuando volví, espié mi móvil. Tenía una llamada no atendida de Giuliano. Ni pensé, devolví la llamada, porque yo solo hablaba con el abogado sobre el estado de salud de Damian.

¿Será que algo había sucedido?

Me senté en la cama cuando tardó, mi corazón estaba a punto de saltar por la boca. Mis diferencias con aquel hombre habían

desaparecido cuando surgió un hilo de esperanza sobre mi futuro con Damian Antoniou.

—Hola, Natalia, él despertó.

—¿Qué? —Puse la mano en el corazón, procesando la tranquilidad del habla del hombre.

—Damian acaba de salir de la UCI y está en el cuarto, despierto. Fue una mejora... milagrosa, por falta de una palabra para calificar.

—¿En serio? ¿Él está bien? ¿Va a vivir? —Cerré los ojos y las lágrimas escurrieron. Debo haber hablado demasiado alto, mis padres aparecieron en la puerta del cuarto, en expectativa—. ¿Cuándo puedo verlo?

—Su visita está autorizada desde siempre. Elias está con él, yo estoy yendo para allá. ¿Quiere que le dé un aventón?

—¿Qué pasó, Natalia? —mi madre susurró.

—Damian salió de la UCI, él va a vivir. —Respiré hondo y miré hacia abajo, escondiendo mis emociones—. Sí, Giuliano, yo acepto el aventón.

—Llego en pocos minutos. —El abogado finalizó la llamada.

—¿Es mi yerno? —Mi padre estaba demasiado animado, mi madre hizo una mueca.

—Padre de su nieto, Natalia no va a ser obligada a casarse, solo por causa de un bebé.

—Yo voy al hospital, después converso con ustedes. —Me levanté, abrí el armario y cogí un vestido azul. Miedo y esperanza

me agitaban por dentro y un movimiento del bebé me hizo reír y llorar—. Sí, vamos a ver a papá, Isac.

—Hija, no exagere, coma primero antes de ir.

—Voy a comer una manzana, a la vuelta almuerzo. —Entré en el baño, para una ducha rápida e intento de calmar mis nervios.

Me pasé un hidratante neutro en el cuerpo, me vestí lo más rápido que pude y dejé un beso en la mejilla de mis padres cuando pasé por la cocina. Cogí la manzana, la botella de agua y bajé hasta la portería, Giuliano ya me esperaba delante del edificio.

—Hola, gracias. ¿Le importa que coma dentro del coche? —cuestioné, después de ponerme el cinturón de seguridad y acomodarme.

—Sin problema, sé cómo funcionan las embarazadas. —Él condujo, prestando atención al tráfico.

—¿Cómo está Emanuelle?

—Bien. Ella quería venir, pero le dije que podremos reunirnos después, cuando Damian esté recuperado. Este momento es suyo y de él.

—Ni tanto, Giuliano. Él es el padre de mi hijo, solo eso.

—No sea tan rígida. El griego tiene una forma peculiar de amar.

—Demasiado. —Alisé mi vientre, al sentir un movimiento. Comí un trozo más de la manzana y encaré mi vientre redondo—. Usted no necesita ser igual a su padre. Llame a la mujer para salir, tenga citas como una persona normal, en lugar de hacer un contrato.

—Por experiencia propia, cuanto más deseamos que los hijos hagan diferente a nosotros, más iguales se vuelven.

—¿Qué hizo usted para que su hijo esté imitando?

—Por ahora, solo gustar de chicas cuyos padres lo odian. Espero que nunca llegue a la fase del club de fetiches y mujeres más jóvenes. —Él me encaró de reojo, y parecía más viejo de lo que aparentaba—. Son veinte años de diferencia con Emanuelle.

—Quien lo ve, no se imagina que tuvo un romance tan agitado.

—Ah, Natalia, esa no es ni la mitad de mi historia.

Él entró en el estacionamiento del hospital, salimos juntos y dejé la manzana a medias en la papelera que encontré por el camino. Pasamos por la recepción del hospital, subimos hasta la planta de internación y Elias estaba esperándonos, con una mirada cansada, pero satisfecho.

—Menos mal que llegaron, él me está volviendo loco detrás de ella.

—¿Yo? —Alisé mi vientre, porque el bebé se agitó de una manera, como alguien que se animaba al ver una sorpresa buena.

—Vaya a descansar, a tomar un baño y coma, Elias. Yo me quedaré con él hasta que usted vuelva. ¿Cuál es el cuarto? —El abogado me condujo por el pasillo, sin esperar respuesta.

—¡Cuatrocientos tres!

Yo no sabía qué hacer, cómo iniciar la conversación, compartir mis sentimientos o solo mirar. Fueron tantos días de incertidumbre, algunos momentos en que yo me permití soñar sin la presencia de Damian, una vez que él no estaba a mi lado.

—¡Basta de remedios, yo descansé demasiado! ¡Estoy bien! —la voz del CEO griego era lo suficientemente alta para ser oída en el pasillo.

Apresuré mis pasos hasta la puerta, abrí sin anunciarme y encontré a Damian sentado en la cama, con camisón hospitalario, peleando con dos enfermeras. Pobres mujeres, que parecían no saber qué hacer con un hombre fuerte y terco. Él estaba más delgado, pero no lo suficiente para perder el porte que siempre tuvo.

Tan pronto como su mirada encontró la mía, yo no le di oportunidad para que osara salir de la cama, corrí hasta él y lo abracé. Mi cuerpo giró, porque la barriga me impedía quedarme más cerca, apretar su cuello, sentir su olor. Él correspondió con besos en mi cabeza, alisando mi espalda, murmurando palabras inconexas en su idioma materno.

—Damian. —Respiré hondo y sonreí a mi vientre. Busqué su mano, para atender el pedido sin palabras de nuestro hijo y me aparté, solo lo suficiente para que él sintiera también—. Hola, papá —suavicé la voz, hablando en nombre de nuestro bebé.

Mis ojos se llenaron de lágrimas al ver al imponente CEO desarmarse. Con la boca abierta, él miraba de mis ojos a mi vientre, alisaba toda la parte frontal, acompañando los movimientos del bebé que hacía alboroto.

—Natalia, yo...

—Usted va a ser padre. Sobrevivió para enseñar sobre cuidado y perdón a su hijo. —Puse mi mano encima de la de él, para que parara un segundo. No sabía de dónde venían las palabras, solo que necesitaban salir—. Yo estoy aquí y no voy a alejarme. ¡Basta de

culpa y de secretos, déjeme ayudarlo en lugar de arrojarme a un camino desconocido!

—Usted necesita quedarse acostado, o tendremos que hacer una nueva cirugía, porque está haciendo esfuerzo. —Una de las enfermeras apareció del otro lado de la cama y Damian no puso resistencia, cuando lo empujaron para que se acostara boca arriba —. Él necesita descansar. —La mujer pidió ayuda con la mirada.

—Puede dejarlo conmigo.

Miré alrededor, Giuliano no estaba cerca y todos salieron del cuarto. Yo iba a coger la butaca para sentarme al lado, pero Damian se arrastró hacia un lado, dándome espacio a la altura de la cadera para sentarme en el borde.

Con un impulso, yo acepté su sugerencia y gané un beso de él en mi vientre, y él mantuvo la cabeza bien cerca de mí. Fascinado, Damian acarició mi vientre, aunque el bebé estuviera más calmado.

—Usted se quedó embarazada —él constató lo obvio. Toqué su frente, alisé su cabello, él cerró los ojos, apreciando mi contacto —. ¿Es niño?

—Sí. Le puse el nombre de Isac, pero podemos cambiarlo.

—Yo no tengo el derecho de pedirle eso.

—Es su hijo también.

—Mi plan no era ese. —Besó mi vientre nuevamente—. Yo no debería haber sobrevivido.

—Espero que haya superado la culpa del accidente, no invente otra promesa sin sentido y me incluya.

—No era la intención. No estaba en mis planes tener un heredero, pero el deseo vino y solo era lo correcto que debía hacerse. Yo no quería que mi legado fuera para ningún otro además de mi hijo. Acabé no pensando en el riesgo. Cuando me di cuenta de que William Galli iba a ir detrás de usted, era demasiado tarde.

—Yo sé.

—Elías dijo que él no está muerto, pero tampoco nos va a incomodar nuevamente. La SAI se encargará de eso. ¿Está sabiendo algo?

—Usted paga la cuenta de las agentes secretas, yo no tengo nada que ver con eso. —Sonreí, aliviada por conseguir hacer bromas sobre el asunto—. Póngase bien pronto, salga del hospital y acompáñeme en estas últimas semanas de gestación. Si después de eso, usted quiere volver a Grecia y no vernos nunca más, estoy de acuerdo.

—¿Por qué voy a querer estar lejos de la razón por la que sobreviví?

—Yo no hice nada, Damian. Huí, cuando me di cuenta de que estaba demasiado involucrada.

—Hoy lo entiendo. Usted me dio esperanza, Natalia. La coincidencia me hizo soñar con un futuro diferente. Fue muy poderoso.

—Fue otra cosa. Amor. —Acaricié su mejilla, su mirada encontró la mía, tan perdida e intensa, diferente de la primera vez que nos vimos, confiante y rígido—. Yo no quería que me gustara tanto usted.

—No la merezco.

—Usted entregó su vida por la culpa. Es hora de hacer que valga la pena esa segunda oportunidad y cuidar de su familia.

Damian se quedó sin palabras, y yo tampoco tenía nada más que decir. ¿Quién era yo, exigiendo amor del otro, pidiendo que el padre de mi bebé se comportara de una determinada manera?

Aquella era mi nueva versión, la mujer que lucharía por lo que deseaba, en lugar de esperar que el otro hiciera por voluntad propia. Tenía la certeza de que las hormonas del embarazo me ayudaron a actuar de aquella manera, no se podía esperar que el mundo se alineara a mi favor, yo también podría actuar.

Yo podría pedir.

Aún en silencio, nos quedamos mirándonos, tocándonos y apreciando nuestra presencia. Damian cerró los ojos cuando le acaricié el pelo y rápidamente se durmió, él era fuerte, pero no invencible.

Él necesitaba recuperarse para atender mis expectativas.

Natália



Capítulo 29

Natalia

Damian estaba en el cuarto conmigo apagado, mis padres se irían aquel día y dormían en la sala, porque en el cuarto del bebé no cabía nada además de los muebles que fueron montados por el abuelo.

A pesar del ambiente casero y familiar, las últimas horas habían sido de tensión y constreñimiento. Cuando Damian tuvo el alta, aproveché que estaba cómoda para pedir las cosas y exigí que el padre de mi hijo se quedara conmigo en mi apartamento. Por más

que él tuviera todo el dinero del mundo para tener quien lo cuidara con más técnica que yo, él aceptó todo sonriendo.

Yo necesitaba aquel momento con él, de algunos días juntos, para alinear nuestras expectativas y poner un punto final en el pasado, para que pudiéramos hablar sobre el futuro. Mis padres ya lo trataban como yerno, yo no me quedaría en una relación si no fuera verdadera, el amor necesitaba ser una vía de doble mano.

Fue difícil pedir que mis padres volvieran a su casa y me dieran espacio para lidiar con mi vida, una vez que fueron ellos quienes me socorrieron cuando más lo necesitaba. Pero mi padre fue eficiente al juntar los puntos sin que yo necesitara verbalizar y decretó que tenía que irse, porque surgió un compromiso en su ciudad y la embarazada tuvo sus deseos atendidos con el cuarto del bebé. Ellos prometieron que volverían cuando Isac naciera.

Mi móvil sonó en las primeras horas de la mañana. Silencié el aparato, salí de la cama lentamente a causa del tamaño del vientre y fui al área de servicio del apartamento, para tener privacidad.

—Hola —hablé bajo, sonriendo, al atender la videollamada.

—¿Recibió?

—Sí. —Los ojos de Juliana brillaban con lágrimas no derramadas—. No puedo creer que usted haya hecho eso, qué cosa más linda.

—Necesitaba agradecerle todo el apoyo que me dio en estos días de alguna manera. Como sé que usted lo tiene todo, tuve que ser creativa y preparar algo personalizado.

Ella alzó el cuadro decorado al estilo scrapbook, con palabras positivas alrededor y una foto de familia suya, con Cameron Reynalds y sus tres hijos. Aquella imagen había sido divulgada en algún lugar en internet, una de las pocas que existía de aquella poderosa familia del ramo de la hotelería.

Mandé a hacerlo en un sitio web y después lo envié por transportadora internacional. Fue carísimo, pero valió la pena cada centavo gastado.

—Muchas gracias, Natalia. Usted también me dio apoyo aquel día, de los exámenes. Somos amigas, aprendimos a serlo.

—Sí, usted es una gran amiga, Juliana.

—Me encantó. —Juliana abrazó el cuadro y yo sonreí, satisfecha de que le hubiera gustado—. ¿Cómo está usted?

—En las últimas semanas de gestación. Despertando bastante en medio de la noche, comiendo hasta el revoque de la pared. —Me reí de mi exageración—. Damian está en casa.

—¿Tuvo el alta?

—Sí. Y no dejé que se quedara en un hotel o lejos de mí, con atención hospitalaria en casa. Él está bien, solo necesita a alguien que le impida hacer esfuerzo. El hombre sobrevivió a una bala, cree que es invencible.

—¿Ustedes van a quedarse juntos?

—Depende. —Respiré hondo y miré la ventana del área de servicio—. Vamos a conversar y esta vez, voy a decir lo que quiero, como quiero. También estoy dispuesta a adaptarme, si es para que nos quedemos juntos.

—Tengo la certeza de que será fácil adaptarse a la exigencia de no pagar las cuentas y vivir viajando. Yo pasé por eso y lo recomiendo. —Ella miró del cuadro hacia mí y suspiró—. ¿Alguna noticia de su exmarido?

—Después de que firmamos el divorcio, nunca más nos hablamos. Los regalos que pensé que eran de él, en realidad, eran de William Galli, el loco que me secuestró. Es decir, Vitor nunca corrió detrás de mí de verdad, yo lo imaginé.

—Pero él apareció el día que usted fue a viajar a Grecia.

—Debe haber sido algún momento de debilidad. Vitor tiene su propio orgullo, va a encontrar un nuevo amor rapidísimo.

—¿Y si él ya está con otra?

—¿Por qué está desenterrando ataúdes, Juliana? —Solté una risa, y ella puso su mirada misteriosa. Alisé mi vientre y sentí ganas de ir al baño—. El único pasado que no está bien resuelto es el mío con Damian Antoniou.

—Puede llamarme, yo iré a la boda.

—O al cumpleaños de un año de Isac. No tengo la ilusión de que un CEO se someta a mis exigencias y caprichos. Estaré feliz si él forma parte de la vida de nuestro hijo.

—¿Qué pasa? —Damian apareció en el área de servicio, vistiendo solo unos pantalones de chándal y sin camisa. Los músculos estaban menos hinchados, pero todavía existían y resaltaban la herida cicatrizante de la bala que casi segó su vida—. Vuelva a la cama, usted también necesita dormir.

—Estoy en una llamada, ya voy. —Estiré el brazo, para que él no se acercara. Giré el móvil hacia mí y sonreí—. Gracias, una vez

más. Le iré actualizando por mensaje.

—¿Actualizar qué? ¿Quién es? —Los celos de Damian cambiaron el tono de su voz. Demostré mi descontento con aquello con una mirada seria.

—Adiós, Natalia. ¡Damian! —Juliana habló alto por la llamada y la finalizó.

—Ah, era mujer. —El CEO griego tuvo la capacidad de sonreír y venir en mi dirección para abrazarme—. Buenos días.

—Todavía no, vuelva a la cama. Dentro de poco mis padres se despiertan, se van, después conversamos.

Pasé por él, mi vientre se frotó en su cuerpo e Isac despertó, animado en mi vientre. Desde muy pequeño, él ya mostraba su prioridad, yo tendría que trabajar mis emociones para no hacer dramas innecesarios, porque no era la preferida. Yo era la madre, aquel lugar nadie me lo quitaba.

Fui a mi cuarto, aproveché para tomar un baño y después, hacer el desayuno. Por más que yo obligara a Damian a quedarse acostado en la cama, él se quedó en el sofá conversando con mi padre, sobre todo tipo de asuntos.

Intenté no rebatir las preguntas e insinuaciones de mi madre, ella estaba preocupada conmigo criando un hijo sola. Una hora, yo no estaba obligada a casarme. A la siguiente, ella listaba todos los motivos por los que yo debía obligar a Damian a casarse conmigo en el próximo día hábil, para garantizar el soporte financiero. Mal sabía ella que la cuenta, del primer acuerdo que hice, todavía existía y tenía dinero suficiente para que yo viviera independiente.

Tan pronto como mis padres se fueron, Damian volvió a sentarse en el sofá, con solo un pantalón de chándal y me llamó a su lado. Con una mirada más firme, él no solo me convenció de ir hasta él, sino también de bajar mis protecciones emocionales

—Sus padres son increíbles —él comentó, admirado.

—Sí. Me extrañó que no lo reconocieran, de mi infancia.

—Solo su padre, pero no es un problema. —Puso el brazo en el respaldo del sofá y me jaló con la mano libre, para quedarnos más cerca.

—Su herida —refunfuñé, él me abrazó sin importarle—. El médico pidió que usted estuviera en reposo, Damian, en la cama. Lo necesito entero hasta el día del parto.

—Yo ya estoy bien. —Besó mi cabeza—. Con usted a mi lado, no necesito nada más.

—Pero yo sí. —Besé su pecho, cerca de la herida y me aparté. Puse la mano en mi vientre, porque Isac se movió y Damian hizo lo mismo—. Tiene que prometerme que nunca más va a hacer acuerdos que me involucren, sin consultarme.

—Está bien. —Él se acomodó en el sofá y se puso serio, su mano no salió de mi vientre—. Yo prometo que voy a amar y a proteger a los dos. No tengo otra razón para vivir si no es para estar aquí, con ustedes.

—Usted no tuvo la culpa en aquel accidente.

—Es un tema cerrado.

—No. —Negué con la cabeza, Damian sufría al encararme—. Necesito hurgar en esa herida, para que se cure de una vez. Usted no es culpable por la muerte de aquella mujer.

—Sí, lo soy.

—Yo vi el vídeo, algo golpeó su coche, usted se asustó y giró el volante.

—No voy a discutir eso con usted. —Apartó la mano.

—Ese asunto será una sombra en nuestra vida. Yo no estaba en el accidente, pero fui envuelta en la penitencia de ese pasado, estoy enredada en esta historia. Entonces, aunque no haya un consentimiento, yo necesito decir lo que creo.

—Su corazón es demasiado bondadoso para ver la gravedad de la situación. La mujer era como usted, Natalia, deseaba un hijo, no lo conseguía. Cuando ella finalmente se quedó embarazada, yo surgí en la vida de ellos y todo acabó.

—Usted era solo un adolescente, que acababa de perder a su padre.

—Mayor de edad, responsable por mis actos.

—Exactamente, Damian, los suyos. Solo los suyos. —Me incliné en su dirección, sujeté su rostro, él se quedó inmóvil, mirándome—. La parte que le corresponde a la piedra que acertó su cristal y a William Galli, es de ellos. ¡Usted está tomando posesión de todo!

—¿Quiere responsabilizar a la víctima? Yo maté a alguien, Natalia, y entiendo si eso es demasiado para que usted lo absorba.

—Yo vi lo que sucedió y los accidentes son así, cada uno que pasó por él tiene una percepción. Lo que olvidamos, es analizar por el lado de la única persona que no está presente para contar la historia. Póngase en el lugar de la mujer embarazada, de la víctima. ¿Usted querría venganza o que la persona que usted ama pudiera

recomenzar? ¿Usted desearía que la vida se resumiera en perseguir a un chico que ya sufría por el luto, hasta la vida adulta o que encontrara una nueva razón de vivir?

—No sé.

—Yo no puedo cambiar el pasado, el accidente no puede deshacerse, solo las consecuencias de él. Y usted necesita mirar hacia esa dirección, Damian, porque yo estoy aquí. También formo parte de un pasado, acepté generar su hijo, viajamos a Grecia, me enamoré y huí, en lugar de luchar por nosotros. —Cogí su mano y la puse de vuelta en mi vientre, el bebé se movió—. Isac es nuestro presente y futuro, necesita a su padre entero. Cuando él necesite un consejo, cuando se sienta culpable por algo, yo no puedo temer que usted incentive que él se castigue, como usted hizo, sino que reconozca su parte y haga algo bueno con la segunda oportunidad que le sea permitida.

Yo jadeaba, a causa de las emociones y cuánto aquellas palabras me envolvieron profundamente. Servía también para mí, para aceptar el pasado como fue y tener argumentos para incentivarlo a ir detrás de su propia felicidad.

—Yo te amo —Damian soltó, sutil, calmado. Parpadeé varias veces, él se inclinó y paró sus labios cerca de los míos—. Yo te amo, Natalia Laje. Cásese conmigo, no porque yo invadí su vida y la puse en medio de mi caos, sino porque usted escogió arriesgarse, desde el día en que defendió a un desconocido en lugar de unirse a todos los que se burlaban de mí. No porque aceptó tener un hijo, basándose en estadísticas y parecer técnico, sino porque se entregó de cuerpo y alma al único hombre que hará de todo para merecer su amor.

Cerré los ojos cuando sentí sus labios en los míos, besé su boca, gemí de alivio, de deseo, de nostalgia. Abracé su cuello, me arrastré a su regazo y Damian paró, haciendo una mueca.

—¿Lo lastimé? —Me levanté, preocupada—. Vaya a acostarse, por el amor de Dios.

—Usted aún no aceptó mi petición.

—No terminamos de conversar.

—¿Qué más quiere de mí? —Él se levantó y me besó, correspondí, porque él consiguió activar todos mis sentidos con solo aquel toque—. Diga lo que usted desea, que yo haré lo imposible para atenderla.

—Descanse, por favor. No se arriesgue, ni por mí, ni por nadie. Y cargue solo el peso de sus elecciones, no de los otros.

—Siento mucho no prometerle eso, Natalia. —Él sujetó mi rostro y me dio un beso corto. —Usted me entregó algo precioso a mí, en mis manos, solo con mi vida podré retribuirlo. Entonces, sí, yo voy a arriesgarme, si eso significa que usted estará bien. Yo voy a protegerla, cueste lo que cueste. Yo voy a cambiar de opinión, incluso si no estoy de acuerdo, si eso la hará feliz. Porque si usted está bien, valió la pena.

En lugar de rebatir, yo finalmente acepté que no había nada más que exigir, era mi turno de ceder.

Natália



Capítulo 30

Natalia

Estaba en el centro comercial acompañada de Elías cuando sentí un pinchazo en el vientre. Me paré con la mano en la barriga, el seguridad de Damian cambió a una posición protectora, sujetando las bolsas. Había sido una ida rápida al centro comercial, para comprar lo que faltaba para mi maleta de maternidad, además de un regalo especial para el padre de mi bebé, en la joyería.

Fui, incluso bajo protestas del hombre que había dominado mi casa, como si fuera parte de ella hacía mucho tiempo. Él todavía

necesitaba reposo y no podría estar sentado o de pie por mucho tiempo, por eso vine acompañada.

—¿Qué pasó? —Elías cuestionó, atento. —¿Contracción?

—No sé. —Respiré hondo y sentí un líquido escurrir por el lado interno del muslo. Por llevar vestido, mi rostro se calentó, pasaría vergüenza si se me hubiera escapado pipí. —Necesito un baño.

—¿Está goteando? —El hombre no esperó mi respuesta, fue ágil en poner todas las bolsas en una de las manos y con el brazo libre, envolver mi cintura, para conducirme. —Vamos para el coche, la llevo a la maternidad.

—No necesita tanto.

—Yo pasé por eso otras veces con mi esposa y le digo, el bebé no espera el lugar ideal para venir al mundo.

A cada paso que daba, sentía el líquido escurrir entre mis piernas. Mi barriga se puso dura, un dolor de cólico surgió y acabó con mi duda sobre lo que estaba sucediendo con mi cuerpo, Isac iba a nacer.

—Necesito llamar a Damian —declaré, dándome cuenta de que muchos en el centro comercial nos observaban.

—No se preocupe por él. Voy a pedir que alguien lo busque en seguridad, antes de que se suba a la primera moto que vea y cause un accidente, a causa de la fuerte emoción.

—¡Yo lo necesito conmigo! —solté, movida por las emociones y apreté la camiseta de Elías.

—Y lo estará, no se preocupe.

—¡Mi hijo necesita a su padre!

—Puede dejarlo en mis manos.

Tardó, las contracciones empezaron a aparecer y mi mente voló lejos, con mil y una posibilidades. Llegamos al coche, me senté en el asiento delantero y me concentré para controlar los pensamientos y las emociones.

Sentí que el seguridad ajustaba el cinturón en mi cuerpo con cuidado, después encendió el coche, maniobrando con velocidad. Una música sonó en el coche y me ayudó a centrarme, solo cuando estaba más calmada, abrí mis ojos.

Shallow Side - Try to Fight It

—Gracias. —Toqué el brazo de Elías, que sonrió con la boca cerrada, enfocado en la dirección—. Disculpe el ataque de pánico, yo no estaba preparada para este momento.

—Nadie lo está. Todo saldrá bien.

—Voy a avisar a mis padres. —Cogí el móvil y, en piloto automático, llamé a Damian en lugar de a mi madre.

—¿Hola? ¿Todo está bien? —él contestó, en alerta.

—¡Maldición, llamé al número equivocado! —Hice una mueca al conductor, él negó con la cabeza, pero sonreía—. ¿Cómo está usted? —salió demasiado tenso.

—¿Sucedió algo? ¿Dónde está Elías?

—Conduciendo. No quería asustarlo, la bolsa se rompió, estamos yendo a la maternidad.

—¿Qué? Cierto, yo estoy de camino.

—¡No! —Puse la mano en el rostro, la preocupación volvió con todo. Yo tenía que encontrar una manera de que él no se pusiera en riesgo—. ¡Necesito la bolsa del bebé y la mía, no terminé de hacer ninguna de ellas!

—¡Ah! Nuestra... y ¿qué coloco?

—No sé, Damian. Llame a mi madre, investigue en internet, ¡solo aparezca en el hospital con las dos maletas!

—Usted está extraña.

—Sí, estoy a punto de traer a Isac al mundo y lo necesito a mi lado. ¡Usted casi se murió, no puede morir nuevamente! —Comencé a llorar, yo estaba un desastre emocional.

—Daré un modo, yo estoy yendo.

—¡Si yo tengo que preocuparme por usted, voy a enloquecer! Espere que alguien vaya a buscarlo, mientras tanto, arregle las maletas. —Finalicé la llamada y busqué el contacto correcto, que yo debería haber hecho primero. —¡Mamá!

—Hola, hija, ¿todo bien? Su padre acaba de hablar sobre usted.

—Va a nacer. —Mi corazón dio un salto y sonreí en medio de las lágrimas. Nunca pensé que yo diría aquellas palabras, después de tanto tiempo intentando, tanto sacrificio que hice, para tener mi propia familia—. Estoy yendo a la maternidad, la bolsa se rompió.

—Ah, mi hija, respire hondo y no se preocupe por nada. Ese es su momento y del bebé, tenga fe y resiliencia.

—Damian la necesita.

—¡De ninguna manera, voy a ayudar a mi hija!

—No, mamá. —Solté una risa, feliz de que en aquel momento, ella me puso como preferencia—. Damian está en casa, necesita hacer las maletas de la maternidad. ¿Puede llamarlo y ayudarlo con eso?

—¿Por qué no están listas?

—Porque yo vine al centro comercial exactamente para eso, comprar las cosas que faltaban, pero Isac creyó que el momento era este.

—Está bien, yo lo hago. Mañana tomamos la carretera y vamos a verlos, a conocer a mi nietito.

—Sí. Gracias, mamá.

Envié el contacto de Damian, guardé el móvil en mi bolso y observé el tráfico, hasta llegar a la maternidad. Elías paró delante de la sala de urgencias. Él salió del coche, dio la vuelta corriendo y me ayudó a entrar en la recepción, caminando lentamente.

Una enfermera apareció con la silla de ruedas, fui llevada para ser consultada y me sentí demasiado sola, sin preparación. Cada pregunta que el médico hacía que yo no sabía responder, porque no tenía los exámenes a mano, me hacía sentir la peor persona del mundo.

¿Será que yo debería llamar a mi médico? No sería posible, yo no había combinado nada con él.

Yo hice seguimiento con un obstetra que no hacía guardia en la maternidad. Para que él viniera a atenderme a cualquier hora, yo debería pagar algo extra. Incluso teniendo recurso financiero, yo no

acepté, porque creí que los médicos de la maternidad serían suficientes para que yo me sintiera segura y acogida.

Yo estaba equivocada, no tenía a nadie conocido conmigo, nadie que supiera mi historia. Yo quería gritar.

Aún dentro del consultorio, cambié mi ropa por un camisón hospitalario, la enfermera fue muy generosa al sujetar mi mano al darse cuenta de mi nerviosismo.

Acostada en una camilla, con las piernas dobladas y la cadera hacia adelante, el médico hizo el examen de tacto y no existía nada más doloroso que eso.

—Es el momento, Natalia. Tres centímetros de dilatación, usted puede internarse para que hagamos el seguimiento. ¿O se hará una cesárea?

—¿Tengo que decidir eso ahora? —Alcé mi cuello, para encararlo a mis pies—. Yo tengo una consulta mañana con mi médico para hablar sobre el asunto.

—Usted puede llamar a él y a su familia, para que la acompañen.

Comencé a llorar, porque mis padres estaban en otra ciudad, Damian necesitaba arreglar mi maleta y Elías no era lo suficientemente íntimo para darme el apoyo que yo necesitaba.

—No se ponga nerviosa, usted lo está haciendo bien, necesita pensar en el bebé —la enfermera intentó calmarme, pero solo empeoró la situación.

Intenté respirar hondo, buscar mi autocontrol y todo lo que aprendí en esta vida, pero en un momento como aquel, yo me había transformado en otra persona.

No sé cuánto tiempo pasó, solo que Damian surgió como una aparición y yo me giré de lado, para sentarme y abrazarlo. Sentir su olor, su presencia, el confort, todo hizo que mi inseguridad se evaporara.

—Shhh, yo estoy aquí, usted va a estar bien, nuestro hijo también. —Acarició mi cabello—. ¿Vamos para el cuarto? Estamos solo en el comienzo y yo no voy a salir de su lado.

—No puede hacer esfuerzo, Damian.

—Yo estoy cuidando de mi familia, claro que puedo. Es mi deber. —Se apartó, sujetó mis manos y me sacó de la camilla, mis pies tocaron el suelo frío y me erizó. Lo encaré con preocupación, pero pronto se volvió admiración. Damian estaba con la misma postura determinada y confiada de la primera vez que nos vimos—. Traje las maletas y ya llamé a su obstetra, él está viniendo.

—Pero yo no combiné nada con él.

—Su preocupación, en este momento, es solo usted e Isac. De todo lo demás, y de ustedes dos, yo me encargo.

—Yo te amo —murmuré las tres palabras que yo aún no había dicho. Estaba preparando un momento especial, para también aceptar su propuesta de matrimonio, pero todo no salió como fue planeado. Por su mirada intensa, él estaba esperando aquello hacía mucho tiempo—. Disculpe no haberlo dicho antes, yo te amo, desde nuestra ida a Grecia.

—También te amo, un poco más hoy, un poco más mañana y por todos los días, por el resto de nuestras vidas. —Se acercó para besar mis labios—. Usted es la mujer más chingona que he conocido en mi vida.

Iba a agradecer el cumplido, pero una contracción me hizo encogerme y gemir. Una silla de ruedas llegó junto con la enfermera, yo sería llevada a uno de los cuartos, para hablar con mi médico y decidir los próximos pasos.

Yo estaba tan confiada de que todo saldría del modo que pensé y leí relatos en internet sobre el parto, que nada me preparó para un momento único y especial que fue la llegada de Isac, con Damian a nuestro lado, acompañando mis latidos cardíacos, cada respiración.

Natália



Capítulo 31

Natalia

Semanas después...

Alcé a Isac sobre mi hombro, para que eructara después de largos treinta minutos de mamar y sonreí a Damian, que dormía a mi lado en la cama. Él se había levantado conmigo cuando el bebé lloró, se quedó observándome por un tiempo, pero luego se durmió, aquellos días estaban siendo agotadores.

Mi madre se había ido hacía dos días. Damian sugirió contratar una niñera y yo solo permití que encontrara a una persona

de limpieza por días para limpiar la casa, de mi hijo, yo me encargaba.

Bostecé mientras golpeaba suavemente su espalda. Isac era tan bueno, que hasta su llanto era suave, al punto de hacerme admirar en lugar de preocuparme de que algo estuviera mal.

Me arrastré por la cama, di pocos pasos hasta la cuna móvil al lado de la cama y lo puse a dormir. Mi hijo, mi niño, él existía y era una mezcla mía y de Damian.

Había una luz amarillenta de enchufe en la esquina del cuarto, fui hasta ella para apagarla, después a la cocina, a tomar un poco de agua. Acabé soltando un largo bostezo y dándome cuenta de que me había despertado, yo tardaría en dormir.

Oí pasos y encontré a Damian con el cabello despeinado en la puerta. Admiré su cuerpo, él estaba solo en shorts, su cuerpo estaba retomando la forma anterior, él había vuelto a hacer ejercicio aquella semana.

También había retomado las reuniones online, yo no entendía mucho sobre lo que él hablaba, a causa del idioma, pero mi corazón interpretaba a la perfección, él necesitaba regresar a Grecia. Yo tenía mis planes en Brasil, aunque no necesitara trabajar para mantenerme, siendo la futura esposa del CEO griego.

Me gustaba nuestra rutina provisional, sin compromiso, pero tenía los días contados.

—Disculpe, me dormí —murmuró, ronco, se acercó arrastrando los pies en el suelo hasta jalarme a sus brazos. Correspondí el cariño e inspiré profundamente, yo amaba su olor tanto como el de nuestro hijo.

—¿Isac mamó bien?

—Sí.

—¿Hizo caca?

—No, solo pipí. Creo que los cambios de madrugada podrán ser jubilados naturalmente. —Alisé su espalda, besé sus labios y tomé otro trago de agua. —Vaya a dormir, sé que tiene reunión más temprano. Yo perdí el sueño, voy a ver algo antes de volver a la cama.

—Se está cansando demasiado.

—Forma parte.

—Déjeme contratar una niñera.

—Yo me encargo. —Me puse seria.

—Usted ya mostró que hace eso y mucho más. Este soy yo dándole un día de alivio, para dormir, pasear, o para un spa.

—Esperé tanto para tener a este hijo, ¿usted cree que yo cambiaría un día al lado de él para tener esa endorfina barata?

—Cuidar de usted misma es tan importante como todo eso que usted habló. No se olvide de sus sueños.

—Gracias por cuidar de mí, pero yo ya escogí mis batallas. La semana que viene voy a comenzar el proyecto con Dante Vasconcelos, trabajando desde casa.

Esta mujer solo piensa en negocios.

—Y este hombre solo piensa en mimarme.

—Mi segunda oportunidad es mejor a su lado.

Me jaló para un abrazo y acarició mi cuerpo, con tanta posesión y deseo, que olvidé que estaba en cuarentena postparto y

me derretí. Besé su cuello, después me puse de puntillas y uní nuestros labios, con hambre, con todo lo que yo había reprimido durante la gestación.

—¿Sabe qué día es hoy? —él cuestionó, bajando besos por mi mejilla, cuello y oreja.

—No.

—El día en que usted acepta ser mía para siempre.

—Creo que ya se ha entendido que eso es un hecho.

—No, si usted no dijo nada.

Damian dio un paso hacia atrás, alzó un dedo en una señal para que yo esperara y salió de la cocina. Di otro trago de agua, para apagar el fuego que aún no podría ser usado para satisfacerme.

Él volvió con algo en su mano, se arrodilló delante de mí y alzó el anillo. No una alianza simple, como vi e imaginé que usaría, sino una elegante, imponente, con un brillante solitario en la cima.

—¿Cuándo compró esto? —cuestioné, cogiendo la joya y admirándola—. Es lindo, Damian.

—Cásese conmigo, Natalia.

—Sé que usted necesita volver a Grecia, pero yo no quiero irme de Brasil. —Cogí su antebrazo y lo hice levantarse.

—Usted no va a rechazar mi petición a causa de mi trabajo, algo que yo soy capaz de resolver.

—¿Por cuánto tiempo? Lo estoy estorbando.

—Yo lo veo como nuestra nueva rutina, cambio de prioridad. Oblígueme a escoger entre la familia y mis ambiciones profesionales.

Haga que yo lo deje todo lo que construí, basado en una fecha de caducidad, para entregarme a aquello que es eterno, incluso si ya no estoy vivo. —Damian sujetó mi rostro y respiró hondo—. Desordene mi vida, exija que yo cambie. Estoy amando cada segundo a su lado, yo cambiaría todo mi patrimonio para tener esta vida con usted para siempre.

—Esto no es de verdad —solté, shockeada con tanta intensidad. ¿Yo merecía todo aquello? ¿De dónde vino este hombre? —Damian, el amor no puede anular al otro.

—Si hoy estoy vivo, es por su causa. Su amor me fuerza a ser un hombre mejor. Diga que sí, Natalia. Por primera vez, yo deseo un futuro.

—¿Cómo así?

—Permita que nuestra familia continúe creciendo.

—¿Usted quiere más hijos?

—Todos los que nos sean permitidos. Todos los que abdiqué, porque creí que la solución era la muerte. Nada más tiene importancia sino usted, Isac y todo lo que construyamos.

—Sí.

—¿Sí?

—Por toda nuestra vida.

Salté a su cuello, él me besó y sellamos nuestra promesa de vida, de un nuevo comienzo, de una pasión que comenzó de la manera más inusitada y terminó como todo cuento de hadas, felices para siempre.

¡Y más allá!

FIN



Epilogo

Damian Antoniou

Años después...

Cargué a mis hijos, uno en cada brazo y miré a Natalia, que sujetaba la bolsa de viaje. Sería nuestro primer viaje en familia y el destino era Grecia, para conocer la casa que se quedó atrás, la ciudad que traía recuerdos de mis padres y de todo lo que viví.

Isac y Miguel tenían tres años de diferencia. Natalia había desistido de tener un segundo hijo, cuando la prueba de farmacia

dio positivo y vivimos días de tensión y euforia. De aquella vez, yo estuve a su lado en todos los momentos, fue muy especial.

—Papá, yo quiero un helado. —Miguel apuntó a uno de los quioscos del aeropuerto.

—No, compra pan de queso. —Isac balanceó las piernas para salir de mis brazos y, como siempre, recurrió a la madre, sujetando su brazo—. Tengo hambre, mamá.

—Ustedes merendaron antes de salir. —Ella se puso seria e intercambió una mirada conmigo, sabiendo que yo iría a ceder a cualquier momento. Por mí, yo daría todo a mis hijos, pero aprendí que la mejor herencia para ellos, era la educación y valorar las conquistas. —Vamos a pasar por el control de seguridad, después vemos la comida.

—No, mamá, yo quiero helado. No hay helado allá —el más nuevo reclamó, encarandome con desesperación—. ¡Papá!

—Escucha a tu madre. —Besé su frente y lo puse en el suelo —. ¿Qué les parece comprar un libro? ¿O un cuaderno para pintar?

—Cosa de bebé —Isac reclamó y como siempre, Miguel concordó con el hermano—. ¿Puedo usar la tablet?

—Yo traje el Uno y el peggame. ¿Vamos a jugar juntos? — Natalia sonrió cuando los niños se quejaron.

—Qué viaje aburrido. —Isac cogió la mano del hermano—. Vamos a hacer una carrera.

—¡Vamos!

Los dos salieron corriendo por el área de embarque del aeropuerto antes de que yo pudiera impedirlo. Bastó una mirada

hacia atrás y Elías fue detrás de los dos, él continuaba trabajando para mí, pero no a tiempo completo como antes.

El seguridad cogió a los dos, los sujetó cada uno en un brazo como si fueran bolsas y los giró. El tío Elías era el favorito de los dos, principalmente cuando los llevaba a su gimnasio los fines de semana, e interactuaba con otros niños.

—Ellos son demasiado. —Natalia sujetó mi brazo y suspiró, yo entendía aquel sentimiento—. A veces pienso que ellos no son míos.

—Son nuestros. —Besé su frente—. Pena que sus padres no quisieron venir, sería divertido tenerlos cerca.

—La próxima. Este era nuestro viaje. —Abrazó mi cintura—. Sé que he sido demasiado exigente en estos últimos años, usted me deja tan confortable, que acabo exagerando. Te amo, Damian. Gracias por tanto amor en forma de paciencia.

—Lo que es complejo para usted, para mí, es lo que hace que todo haya valido la pena. No fue fácil, pero con usted, mi vida ganó un nuevo sentido. —Nos giré para quedar de frente.

—Usted es muy romántico.

—A causa de usted

—Creí que se cansaría en el primer año, pero todavía tiene mucha inspiración para declaraciones de amor.

—Por todos los "yo te amo" que dejé de decir. Por usted, siempre, Natalia.

Ella sonrió, capturé sus labios con los míos y oí la habitual queja de mis hijos, cuando me veían con su madre.

—Asco, qué horror. —Isac jaló a su madre, ella puso los ojos en blanco y siguió con él.

—Papá, brazos —Miguel pidió y yo atendí, mientras Elías se posicionaba un poco detrás de nosotros, cuidando de la familia.

Fuimos hasta la parte de embarque, pasamos nuestras tarjetas y seguimos hasta el control de seguridad, aunque no lo necesitáramos. Yo tenía acceso a un avión particular, pero mi esposa quería proporcionar una experiencia diferente a nuestros hijos. Yo argumentaba, pero no peleaba, aceptaba todo lo que ella pedía. Era novedad, un respiro para la vida que nunca soñé vivir.

Para algunos que veían de lejos, un momento normal y rutinario. Para mí, la vida que yo necesitaba para entender que errores del pasado y accidentes que nos ponían en posición de agresor podrían ser resignificados si nosotros solo miráramos más allá de la razón.

Con Natalia y mis hijos, aprendí que lo mejor de la vida era vivir.

Agradecimientos

Antes de empezar esta historia, inicié otras tres y no las terminé. Estoy en una fase en la que el marketing me motiva a escribir. Por eso, cuando comencé los primeros capítulos de este libro, sabía que llegaría hasta el final, porque Damian y Natalia me entregaron el conflicto inusual desde el primer encuentro.

Amé escribir cada capítulo. Tuve la compañía de Fran Barbosa y de muchos conflictos personales. Después de que el huracán pasó, es un tanto gracioso recordar la cantidad de apuros que Fran y yo pasamos, mientras este libro era producido, hasta su lanzamiento. Todo salió bien al final, gratitud por la compañía y por compartir más que solo el trabajo conmigo.

Doy gracias a mi familia, que me enseña a vivir, a ser más persona, más humana, más resiliente. Fabricio, Amanda y Daniel, mi trabajo tiene un pedazo de vosotros. Os amo.

Mi camino no es solitario, porque tengo el mejor ambiente colaborativo virtual para escritores que viven de la escritura. Gratitud, autoras del Desafío Mari Sales, por estar conmigo a diario y compartir un sábado de reunión, de chismorreos y diversión. Formáis parte de mi crecimiento personal y profesional.

¡Mis lectoras amadas, apasionadas e increíbles, es por vosotras, por cada una de vosotras, que publico un libro más y me dedico a entregar lo mejor del cliché inusual! Gratitud por estar conmigo, por interactuar en las redes sociales, por evaluar, por

valorar mi trabajo. Que este libro sea tan hermoso e importante para vosotras como lo es para mí.

Con amor, cariño y gratitud.

Mari Sales

Sobre la Autora

Mari Sales es la tercera autora más leída de Kindle Unlimited Brasil en los últimos diez años, con más de 50 e-books best-sellers y más de 100 publicaciones en Amazon Brasil, desde libro infantil a romance adulto. Una cuiabana viviendo en Campo Grande-MS, trabajó 14 años como Analista de Sistema y publicó su primer e-book en junio de 2016. Intercambió escribir líneas de código por historias de romances clichés inusuales en 2018. Conocida por los dedos ágiles, publicó también más de 30 títulos en versión física en asociación con el Grupo Editorial Portal, 5 títulos en audiolibro por Audible y comparte su conocimiento con otras autoras a través del proyecto DesafíoMariSales.

Web: http://www.autoraMariSales.com.br

Instagram: https://www.instagram.com/autoraMariSales/

Newsletter: http://bit.ly/37mPJGd

Mari Sales
ESCRITORA DE ROMANCES

Otras Obras



Visite mi sitio web en Amazon y tenga acceso a mis eBooks, audioLibros y libros físicos.: https://amzn.to/3YpgDIY

[1] Señor en griego.

[2] Mi sueño, amor.

[3] Ojalá no quisiera vivir contigo para siempre.

[4] Te quiero tanto